



COLECCIÓN EVOCACIONES / NOVELA

# El Legado

Lizeth Mansur

CULTURA *Fam*



# El Legado

Lizeth Mansur



**CULTURA**  
TAMAULIPAS

*El Legado*  
© Lizeth Mansur  
Primera Edición 2019

ISBN en trámite

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Lic. Sandra Luz García Guajardo  
*Directora General del  
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de la presente edición  
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)  
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y  
C. Gaspar de la Garza N° 421, Zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C.P. 87000  
Tel. (834) 315 29 77

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

Para mi familia que siempre me apoya,  
y a esa amiga que ha sido la primera en  
animarme y leer todas mis ideas,  
ya que está igual o más loca que yo.



## Prólogo

Había tomado el asiento más cercano a la chimenea, debido a que ver las llamas crepitar me daba cierta distracción. Sabía lo que tenía que hacer. Hablar con él como cuando lo hicieron conmigo hace demasiado tiempo.

Sé que no me queda mucho tiempo, así que es mejor que lo haga ahora.

Mejor yo que su padre.

Para Julio todavía es difícil. No ha pasado demasiado tiempo desde que él fue la víctima, y temo que al hablar de ello, se le salga de las manos y las cosas se compliquen todavía más de lo que están.

Por eso, aunque sólo tenga 10 años, tendrá que saberlo. Es un chico listo y sé que lo entenderá. Y yo pondré todo de mi parte para hacerlo más sencillo.

—De acuerdo. Te contaré la historia, pero recuerda que debes poner mucha atención. Es muy importante.

—Sí, abuelo —contesta mientras se recuesta en la alfombra frente a mí.

Es duro ver su cara inocente y saber que después de esto, ya no lo será tanto.

Sólo de pensarlo, siento como si algo oprimiera mi pecho, pero no dejo que eso me detenga, lo mejor será no pensar tanto en ello, y verlo como sólo una historia, una de tantas historias que uno le puede contar a su nieto como si de ello sólo pudiera sacar una moraleja, no una forma de vida.

—Bien. Todo comenzó hace muchos, pero muchos años. Por allá de 1804. Cuando las calles eran de piedra, y la gente se transportaba en carruajes tirados por caballos. Los hombres vestían comúnmente de traje, y las mujeres usaban vestidos largos y esponjosos que les llegaban hasta los pies. Eran como un paraguas humano —los dos sonreímos ante esa imagen—. Nuestra familia siempre ha tenido dinero debido a los negocios que desde entonces ya era una tradición. Lo que nos lleva a nuestro antepasado, y el protagonista de esta historia.

—Se llamaba Alberto. Era considerado uno de los mejores partidos de la ciudad debido a la herencia que obtendría. Agregándole que era un tipo bien parecido, igual que todos los hombres de esta familia —me inclino hacia él y le toco su pequeña nariz con el índice—. Alberto era arrogante, presuntuoso, un sangrón como ahora les dicen. Todo le resultaba fácil. Jamás tuvo que esforzarse para conseguir lo que quisiera.

Observo a mi nieto, asegurándome que tengo su completa atención antes de proseguir. No quiero que pierda detalle de nada.

—Un día, llegó un grupo de gitanos a la ciudad. Toda la gente iba a verlos, eran la atracción de esos días. Así que, obviamente, Alberto fue. Ahí conoció a la chica más hermosa que jamás había visto. Con su piel morena, su cabello negro largo, y unos ojos verdes preciosos, como de gato. Era la bailarina principal. Alberto quedó impresionado con su belleza, así que después de que se acabara el espectáculo se acercó a ella para presentarse.

Todavía podía recrear en mi mente la historia como cuando me la contó mi abuelo, casi como si hubiera sido testigo de ello. Dejándome llevar por mis propias palabras.

*Alberto se acercó a la gitana, tomó su mano para besarla al mismo tiempo que se inclinaba en saludo.*

*—Buenas tardes. Permítame presentarme, soy Alberto Montreal.*

*—Mucho gusto —contestó ella mientras respondía su saludo inclinándose un poco en respuesta.*

*—Su espectáculo es un deleite para los ojos insulsos de este pueblo.*

*—Espero que hayamos ilustrado un poco sus mentes con una muestra de nuestra cultura.*

Él le sonrió.

—Y, ¿cómo se llamaba ella? —pregunta su nieto, sacándolo de su alucinación.

—La verdad no lo sé —admito después de soltar un suspiro—. Esa parte jamás la contaron.

Por lo que sabía, jamás se mencionó su nombre. No sabía si porque le dieron poca importancia o por la rabia de todo lo que había provocado. Pero la cuestión era que nunca supo su identidad.

Había veces que me cuestionaba que si de haberlo sabido hubiera causado alguna diferencia.

Jamás lo sabría.

—Bueno, como te iba diciendo...

—Abuelo, podrías usar palabras de esta década. Hay cosas que no te entiendo —dice frunciendo el ceño.

—Sí, tienes razón —sonríó, estaba tan inmerso en la historia que casi olvidaba que hablaba con un niño—. Entonces... bueno, después de que se presentaron, Alberto empezó a frecuentarla, salir con ella —aclaro antes de que haya otra crítica—. Él iba diario al lugar donde habían acampado los gitanos en las afueras de la ciudad, y ella siempre lo recibía feliz. Así fue durante unos cuantos meses. Él la llevaba a conocer todos los alrededores de la ciudad, dejándola deslumbrada con todas sus atenciones. Hasta que un día, no volvió.

—Pasó casi una semana sin que volvieran a verse antes de que ella tomara la decisión de ir a buscarlo a su casa. Seguro fue fácil dar con ella, debido a que todos lo conocían. Sólo bastaba con preguntarle a alguien que se cruzara en su camino. Cuando llegó ya había oscurecido.

—Desde una de las ventanas logró ver una docena de personas que vestían elegantemente. Tal parecía que asistían a una fiesta, así que decidió seguir observando. Fue entonces cuando lo vio. Estaba justo en el centro, acaparando la atención de todos, pero no estaba solo, a su lado estaba una mujer tan elegante como él. Ambos, al igual que los demás, tenían copas en sus manos.

—*Por eso agradezco el que estén aquí con nosotros, para celebrar nuestro próximo enlace matrimonial, al cual espero*

*verlos a todos. ¡Salud!* —dijo Alberto antes de que todos levantaran sus copas y luego tomaran un sorbo.

—¿Entonces se va a casar con otra? —pregunta su nieto.

—Sí. Alberto la vio por la ventana, pero no hizo nada mientras que la joven se había quedado paralizada. Se sentía destrozada y lo único que se le ocurrió fue correr lo más lejos posible.

—Oye abuelo, ¿y cómo sabes cómo se sintió?

—Bueno, supongo que así se puso. Aparte es para darle más emoción, y ya no me interrumpas —el niño hace seña de cerrarse la boca como si jalara de un cierre, sacándole otra sonrisa—. ¿En qué iba? Ah, sí, después de esa noche los gitanos no volvieron a presentarse en la ciudad. Se habían marchado.

—Casi un año después, toda la alta sociedad se preparaba para asistir a la boda tan esperada de Alberto y Catalina. El día tenía muy buen clima lo cual sólo enmarcaba lo glorioso del evento. Todo estaba listo. Se llevaría a cabo en la catedral principal, la cual lucía espectacular, como pocas veces se había visto. Él esperaba frente al altar con su sonrisa más política, y ella, Catalina, comenzaba a caminar por el pasillo sujeta al brazo de su padre. Cuando Catalina llegó junto a Alberto, una mujer que estaba en la última butaca del lado de los invitados del novio, se levantó y comenzó a caminar hacia ellos. Ella lucía un hermoso vestido de gala blanco, y su cara, al igual que su pelo, estaba cubierta por un velo tejido. Los invitados la vieron atónitos debido a su belleza y a la sorpresa de la dirección que tomaba como si fuera a ocupar el lugar de la novia;

mientras que los novios, ajenos a ello, seguían atentos la ceremonia. No se dieron cuenta de su presencia hasta que llegó a sus espaldas, haciendo que ambos giraran cuando el padre dejó de hablar. Fue ahí cuando se quitó el velo que la cubría para mostrar su identidad.

—Era la gitana, ¿verdad?

—Sí —asiento—. Ella lo saludó...

—*Buenas noches Alberto —saludó la gitana con una sonrisa cordial—. Hace tiempo que no te veía.*

—*¿Quién es ella? —exigió Catalina a su prometido al ver su cara de sorpresa.*

—*Soy la mujer con la que te engañaba —contestó la mujer en su lugar.*

—*¿Qué?! ¿Es eso cierto?*

—*Es mentira —Alberto vuelve en sí—, jamás haría eso, yo no sé quién sea esta mujer —dijo despectivamente.*

—*Es una de esos gitanos que vinieron —se oyó decir a uno de los invitados.*

*El resto de los asistentes no tardaron en murmurar “Sí, es ella”, “¿Pero qué hace aquí? Debería irse”, “este tipo de gente sólo causa problemas”, “hay que tener cuidado, tienen fama de ser ladrones”.*

—*¿Ahora me niegas? —prosiguió a pesar de los comentarios—, cuando hace unos meses ibas a buscarme todos los días diciéndome que me querías y que no podías vivir sin mí.*

—*Yo no la conozco señorita —insistió él—, pero ahora que recuerdo, sí... sí la conocí. Después de una de sus funciones me acerqué a presentarme y a alabar su trabajo, pero fue sólo eso, después no tuve contacto alguno con usted o su gente. O —dirigiéndose a los invitados— ¿acaso alguno de*

*ustedes me vio acompañado de esta dama? ¿Alguno? —nadie habló—. Lo ve señorita, al parecer me está confundiendo con otra persona.*

—Dos hombres avanzaron hacia ella, listos para sacarla a la fuerza si era necesario.

—*Por eso siempre me llevaste fuera de la ciudad. No querías que te vieran —su ira era palpable.*

—*No sé a qué se refiere. Mejor acompañe a estos caballeros a la salida —uno de los hombres la tomó del brazo para indicarle la salida.*

—Pero ella no estaba dispuesta a que se saliera con la suya.

Bien decían que no había peor cosa que una mujer desechada.

—*¡Te vas a arrepentir! —lo amenazó después de liberar su brazo—. ¡Te vas a arrepentir de esta humillación! ¡Jamás serás feliz!, ¡tanto tú como todos tus descendientes quedan malditos! —los invitados exclamaron de la sorpresa mientras que Catalina se quedaba muda de la impresión—. ¡Te maldigo a ti y a toda tu stirpe! La primera mujer que encuentren digna de desposar, después de nacer el primogénito, morirá —dijo en voz sombría.*

—*¡Saquen a esta loca de aquí! —ordenó Alberto.*

—*Alberto —apenas pudo pronunciar Catalina por el pánico.*

—*¡He dicho que fuera!*

—Los hombres jalaban de la gitana hacia la salida mientras ella se resistía. Aún después de quedar detrás de las enormes puertas de la catedral se podían escuchar sus gritos.

—*¡Todos sufrirán! ¡Todos están malditos!* —siguió diciendo desde afuera.

—Alberto tomó a Catalina, quien parecía que iba a desmoronarse, y la ayudó a sentarse.

—*Voy a morir* —susurró la novia.

—*Claro que no querida, sólo lo dije para asustarte. No le creas a esa mujer.*

—*¿En serio lo crees?, ¿crees que sólo fueron palabras sin sentido?*

—*Sí, estoy seguro* —se acercó a su oído—. *Nada ni nadie nos va a separar* —ella asintió.

—Así que siguieron con la boda, y al final de la noche ya eran marido y mujer; mientras que la joven gitana era encerrada en un calabozo, llorando su pérdida. La mañana siguiente, Alberto fue a ver a la mujer que casi arruinaba su boda, pero al llegar a su celda la encontraron colgada con parte de la tela de su vestido.

—Pasaron los meses, y todos olvidaron a esa pobre jovencita, era como si no hubiera existido. Alberto estaba ocupado entre sus negocios y su mujer embarazada.

Dejo atrás mi imaginación, centrándome en el presente para ver a mi nieto. Él seguía con su completa atención en mí, esperando el desenlace que seguro sentía que venía.

—La noche que nació su primogénito. Su único hijo. El parto fue difícil, pero el niño salió sano, lo cual no se podría decir de la madre, quien murió apenas nació. Hubo qué sirviente recordara el incidente de la boda y su maldición, pero las muertes en parto no eran algo extraño, ocurrían,

por lo que Alberto negó cualquier relación, y aún a pesar de su dolor, cuidó del niño por sí sólo. No fue hasta tiempo después, cuando su hijo lo convirtió en abuelo y poco después su esposa muriera en un accidente de caballo, que empezó a tomar en serio la maldición.

Tomo un poco de aire para darme valor.

Siempre era difícil para el vocero tener que comunicar el destino al que estaban designados. Porque quien mejor podía entender lo que se sentía que aquellos que ya lo sufrimos.

Pero a pesar de todo lo preparados que estábamos, y las medidas que utilizábamos, no por eso dejaba de ser menos doloroso.

—Así que desde entonces, generación tras generación, llega el momento en que todo hombre Montreal cuenta esta historia a su descendencia. Toda persona tiene rasgos heredados, ya sean rasgos físicos o gestuales, bueno pues nosotros compartimos el gusto por los negocios, las fiestas de sociedad, pero también está éste... legado —al ver la cara triste del pequeño—. Pero no te preocupes, al igual que lo anterior, también compartimos una fuerza interna para seguir adelante.

Le hago seña para que se acerque. Una vez está parado frente a mí, le limpio el par de lágrimas que le salieron, y lo siento en mi regazo.

Él lo sabía. Sabía que todo esto que le había contado era real, y que un día caería sobre él.

—Te equivocas abuelo —responde después de unos minutos—, yo no pienso casarme.

—¿Ah no?, ¿así que piensas que nuestro apellido termine contigo? —le alboroto el cabello tratando de animarlo un poco.

—Sí. No quiero que pase lo mismo que con la abuela y mamá.

—Eso es algo que no podrás evitar Daniel —lo estrecho contra mí, deseando que así pudiera protegerlo—, tendrás que aprender a vivir con ello.

## Capítulo 1

Veintitrés años después.

—¡Daniel!

Era Miguel que se aproxima junto con Alfredo, abriéndose camino entre la multitud que había en el bar.

Estaba sentado en la barra, esperándolos para unas copas después de la oficina.

—¿Y qué plan para este fin? —pregunta Alfredo tan pronto se sienta quedando en medio.

—Pues lo que sea que planeen, no cuenten conmigo —tomo un trago de mi whisky.

—¿Y eso? —pregunta Miguel después de pedirle al bar tender.

—Mi papá —dijo con fastidio—. Quiere que me quede para que veamos unas cosas del nuevo proyecto.

—¿Y no lo pueden ver la otra semana? Se supone que veríamos a unas amigas en tu casa de la playa —dice Alfredo casi tan feliz por las noticias como yo.

—Lo intenté, pero ya sabes cómo es, salió con lo de costumbre. Que la empresa quedará en mis manos y todo eso —mi celular suena justo en ese momento.

¿Y adivina a quien se le ocurre marcar?

—Lo que me faltaba.

—Dile que no puedes ir. Que te vas a pasar este fin de semana en la cama y que no te van dejar salir de ella —dice Miguel.

—Sí, ya me gustaría que le dijeras eso a Karen —Alfredo se burla.

Miguel y Karen llevaban juntos más tiempo del que lo conocía.

Nosotros habíamos hecho amistad en la universidad, y por lo que sabía, ellos empezaron poco antes de eso.

Ahora tenían seis años de vivir juntos, y seguían igual de inseparables como cuando los vi por primera vez el día que nos la presentó. Algo que me era difícil de comprender, ya que no pasaba más de unos cuantos meses con la misma mujer.

No quería nada serio, así que pasaba fácilmente de una a otra.

—Eso ni hablar. Bien sabes que no iría sin ella —Miguel contesta sin problemas.

No importaba cuánto le dijeran sobre lo apegado que era a su pareja, él siempre lo tomaba con buen humor, tanto que desde hacía tiempo que optaron por dejarlo, ya que no tenía caso continuar cuando el receptor de las burlas no contribuía.

Como dije, difícil de entender para mí.

—Por eso prefiero seguir así, sin ataduras. De ninguna forma voy a estar como tú con tu noviecita a todos lados —sigue diciendo Alfredo—. Y Daniel está de acuerdo conmigo.

Le doy una palmada en la espalda confirmándole que estaba con él en eso, mientras hago mi camino hacia la puerta para contestar el teléfono que ya estaba por su segunda llamada.

—Digan lo que quieran... —es lo último que alcanzo a escuchar de Miguel antes de dejarlos.

—¿Qué pasó? —pregunto tan pronto cierro la puerta, dejando la música del bar atrás.

—Hijo, ¿podrías venir a adelantar un poco del trabajo? —pregunta mi padre.

¿Viernes en la noche, y quiere que me encierre con él? Ni hablar. Ya era suficiente con que arruinara mi fin de semana.

—Papá, es tarde, mejor lo dejamos para mañana.

—¿Y si te quedas a cenar esta noche en la casa?

—Estoy ocupado. Mañana vemos todo lo que quieras y me quedo a cenar.

—De acuerdo, nos vemos mañana.

—Sí, adiós —cuelgo antes de que se le ocurra otra idea, o me hiciera sentir culpable.

Daniel había colgado, así que hago lo mismo.

Es una lástima a lo que ha llegado nuestra relación. A sólo unas cuantas palabras, y saber que el tiempo que le había pedido para vernos este fin, fuera como lo último que mi hijo deseaba, pero que lo hacía porque no tenía alternativa.

La pesadez recayó en mí, así que me recosté en la silla sintiéndome agotado.

Estaba en el despacho de la casa, sentado frente a mi escritorio. En él había puesto una foto de mi difunta esposa con nuestro hijo recién nacido. Se la había tomado tan pronto se pudo, no queriendo perder ningún momento más, ya que no lo teníamos realmente. También había otra de Daniel de niño, esta vez con mi padre.

Mi padre.

Él y Daniel habían sido muy unidos, a diferencia de mí.

Murió a los 72 años, cuando Daniel sólo tenía 12. Dejándolos solos a los dos en esta enorme casa que tanto pesaba.

Fue duro.

—Te equivocaste viejo —le digo a la foto de mi padre—, Daniel se parece mucho a él. Sólo espero que eso no empeore las cosas en esta familia.

Desde pequeño, Daniel había mostrado cierta arrogancia que tanto habían dicho de aquél que inició todo este problema. Así que, temeroso de que todo resultara peor, opté por ser severo en su educación, mandándolo a internados donde sabía que forjarían el carácter y la disciplina.

Claro que mi padre había estado en contra, y mientras estuvo, lo evitó de toda forma. Pero cuando se fue, no pude posponerlo más, Daniel estaba peor que antes y se me estaba saliendo de las manos. Y dado a que ya nos regíamos por una maldición, sabía que cualquier cosa podría ser posible.

Aunque al parecer fue eso lo que nos distanció.

Daniel se encerró en sí mismo. Jamás fue en busca de mi consejo, ni siquiera habló conmigo acerca de cosas personales. Todo lo que parecía contarme era meramente escolar, y después laboral; y todo limitándose a responder mis preguntas.

Nuestra relación padre-hijo se lleva más como una de jefe-empleado. Éste sólo me habla de sus progresos como deber pero nada que me haga conocerlo realmente.

Así que a pesar de todos mis intentos por acercarme a mi hijo, nada funcionó. En cambio, parecía que sólo lo llevaba más a tomar la actitud que tanto había intentado borrar en él.

—Y eso es lo que temo —le digo tanto al retrato de mi padre como a mí mismo.

Guardo mi celular en el bolsillo, listo para volver adentro.

Iba abriendo la puerta cuando alguien más pasa por ella. Y no era cualquiera, era una hermosa morena la que salía justo en ese momento.

—Hola —la saludo con una sonrisa.

—Hola —contesta igual de sonriente.

—¿Te vas?

—Sí. Es que... —voltea hacia atrás—, mis amigos ya se van...

—¿Y si te quedas conmigo? —tenía que conocerla.

—No soy ese tipo de mujeres —sonríe con incredulidad al mismo tiempo que se daba la vuelta para comenzar su camino junto a sus amigos que se abrían paso detrás de ella.

—No. Lo siento —rectifico al ver que tendría que usar otra forma para acercarme—. No trataba de decir eso, sólo... me encantaría que te quedaras para que pudiéramos platicar. Conocernos un poco.

Es hermosa, justo el tipo de mujer que me gusta. Claro que en cuanto a mujeres no tengo un tipo específico, aparte del que me gustaran y no hubiera compromisos de por medio, con eso estaba bien.

Pero había algo en ella que me hace desear no dejarla escapar.

Ella me estudia por un momento antes de ver hacia donde la esperaban sus amigos.

Estaba indecisa, lo cual era bueno.

—¿Qué te parece si eres tú el que me acompaña? Vamos a casa de un amigo, ¿qué dices? —ladea la cabeza esperando mi respuesta.

—De acuerdo, vamos. Sólo... espera un minuto. Enseguida vuelvo.

—Bien.

Estaba a punto de volver a entrar cuando recuerdo que ni siquiera sabía su nombre. Así que me detengo con la mano en la puerta.

—Por cierto, soy Daniel Montreal.

—Maite.

—Maite...

—Sólo Maite.

—Bien, sólo Maite —sonríe pero sin ceder—, no tardo.

Llego a la mesa para terminarme mi bebida y arrojarle un par de llaves a Miguel, junto con mi parte de la cuenta.

—Se divierten —les digo, listo para partir.

—Espera —me detiene Alfredo—. ¿Qué hay con lo del fin? Estoy seguro que hay alguien quien estaría encantada de verte ahí.

Él también podría asegurarlo. Las amigas que Alfredo llevaría el fin no eran otras más que las hermanitas González.

Ya había salido con la mayor de ellas, y sabía que estaría encantada de encontrarse conmigo, lo cual no habría ningún inconveniente, excepto que justo ahora tenía a alguien más en la mira.

—Como les dije. No cuenten conmigo —me alejo antes de que se me vaya a escapar esa morena.

Regreso a la entrada del bar contento de que ella siguiera ahí, esperándome.

—¿Nos vamos?

Ella sólo asiente antes de conducirme hacia el resto del grupo que la esperaba.



## Capítulo 2

Eran casi las 11 de la mañana y Daniel seguía sin aparecer.

Sólo doy vueltas de un lado a otro. Necesitaba ponerme a trabajar pero no quería comenzar hasta que mi hijo estuviera presente.

Él necesitaba empezar a hacerse cargo del negocio, y éste es el proyecto propicio para ello.

Cada vez terminaba más cansado, y era difícil continuar el ritmo. Si no fuera sólo por el hecho de que no me agradaba la idea de pasar todo el día en esta enorme casa vacía, ya me hubiera retirado.

Y no es que a mis 70 años fuera demasiado anciano como para continuar. Había unos cuantos socios alrededor de mi edad que seguían trabajando en la empresa. Pero la tristeza había hecho mella en mi salud.

La herida seguía abierta después de todos esos años. Casi tanto como la culpa. Porque mi Beatriz se había ido por causa mía y de mi maldición. Y eso era algo que jamás podría olvidar.

El reloj marca las 11, haciendo que volviera al presente y a lo que se suponía debería estar haciendo en estos momentos.

Así que sin otra opción, tomo el teléfono y marco a Daniel.

—¿Bueno? —no fue hasta la tercera vez que llamaba cuando por fin contestó con voz ronca, lo que indicaba que se había quedado dormido.

—Te estoy esperando.

—Ah, sí. Ya voy saliendo —escucho como un bostezo se le escapa, haciendo que mi molestia incrementara.

—Date prisa. Hay mucho que ver.

—Sí —contesta antes de colgar.

Intento calmarme. Enojarme no serviría de nada, sólo haría que perdiéramos más tiempo del que ya lo habíamos hecho. Pero era tan difícil después de ver lo poco que le importaba todo esto. Es su futuro, lo único que podemos sentir como algo seguro en nuestra vida, y no le interesaba.

Respiro profundamente, intentando concentrarme en lo importante aquí.

Tengo la esperanza de que ésta sea una buena oportunidad de acercarnos. Pero para eso necesito que él estuviera dispuesto a ello.

No quiero morir sin haberlo antes conocido.

Así que sin más que hacer, mejor voy a decirle a la cocinera que empiece a preparar el almuerzo, y así esté servido para cuando Daniel llegue.

Me sentía agotado. Lo cual no era raro debido a que había pasado toda la noche, y parte de la mañana, con Maite.

Aunque me había unido a su grupo, prácticamente desde que llegamos a la casa de su amigo, la había acaparado para mí solito.

Todo el tiempo estuvimos conversando, conociéndonos. Fue hasta que los demás comenzaron a despedirse que habíamos tomado consciencia de la hora.

Por supuesto no perdí la oportunidad de ofrecerme a llevarla, feliz cuando ella aceptó en esta ocasión. Y a pesar de que eso sólo sirvió para un casto beso en la mejilla como despedida, había valido la pena llegar al departamento a las 7:30 a.m. sabiendo que sólo tendría un par de horas de sueño.

Que al parecer fueron más de lo que había esperado.

Así que si no fuera por la llamada de papá, quien sabe hasta qué hora me habría levantado.

Pero antes, necesitaba un baño para despertarme completamente, ya que lo que tendría que hacer durante el día lo requería.

Media hora después llego a la casa donde me esperaba Julio con el almuerzo listo.

—Ya era hora —dice papá apenas entro.

—Tuve que ir a unos pendientes antes —miento. Aunque por la cara que tenía, sabía que no había creído nada.

—Está bien.

Bien, al menos no iban a empezar con una discusión. Tal vez lo dejarían para más de rato.

Así que primero lo primero. Me siento a la mesa, contento de comer al fin.

Toda la tarde estuvimos analizando cifras, checando papeles del proyecto, viendo los pros y contras. Lo que ya me esperaba, excepto por las constantes miradas que llegué a captar que mi padre me daba. Me llevaba a cuestionarme sobre qué aspecto tenía, lo cual no estaba seguro, ya que ni siquiera tuve tiempo de detenerme para verme en el espejo mientras salía del departamento. Pero en vista de que no me decía nada, preferí no sacar el tema.

No fue hasta que comenzó a oscurecer, que empieza con el interrogatorio.

Estábamos tomando un descanso, sentados en los sillones del despacho disfrutando de una taza de café, cuando se decide a hablar.

—Estás diferente.

—¿Diferente?

—No sé. Más animado, supongo.

—Ha de ser por el avance que hicimos ahora.

—No. Es algo más —al no ver respuesta, insiste—. ¿Pasó algo recientemente? ¿Algo que quisieras mencionar?

—No, nada —contesto despreocupadamente, pero al parecer mi indiferencia no logra convencerlo.

—Habla.

Por lo visto estaba en uno de esos momentos en lo que quería ser el padre y no el jefe.

Como si unos cuantos días fueran suficientes para ganarse la confianza que no hizo en todos los años que tenía de vida.

—Bien —le contesto sabiendo que no me dejaría irme hasta conseguir algo de información. Aparte, no es que fuera algo importante la verdad, sólo una chica que

me había gustado. No sería la primera vez—. Sólo tuve una buena noche.

—¿Con alguien en especial? —pregunta sonriente.

*Ya sé por dónde vas.*

—Todas son especiales —continúo bebiendo mi café. Prefería no dar más detalles.

—¿Y piensas hacer, no sé, algo formal con ésta en especial?

*Tenía que estar bromeando.*

No pude evitar darle una sonrisa incrédula.

A pesar de todo este tiempo, él seguía con la esperanza de que encontrara a alguien. Lo que era estúpido. ¿Encontrar a alguien para luego perderlo?, no es algo que me muera por hacer.

Soy de los que les gusta vivir el presente. El pasado ya fue, en el futuro puede pasar cualquier cosa, así que para que mortificarnos por él. Mejor vivir el momento, esa es mi prerrogativa.

Y de una extraña manera, esa idea me pesó por primera vez en mi vida.

Me sacudo esas ideas tontas y me centro en dejarle claro las cosas a mi padre.

—Sé a dónde quieres llegar, y te recuerdo que eso de ninguna forma pasará. Sabes muy bien lo que pienso. No he cambiado de opinión, ni lo haré.

—Pero es algo inevitable...

—No. Claro que se puede evitar. Sólo no sigas, ¿de acuerdo? —al parecer la tregua había terminado—. Aparte, apenas si la conozco, no hay nada entre nosotros.

—Lo veo en tu cara...

—Papá —le advierto.

—Sólo quiero que seas feliz, ya sea con ésta persona o con otra, pero no te quiero ver solo y amargado —insistía.

—¿Y crees que sería feliz teniendo una muerte en mi consciencia? ¡Eh! ¿Lo crees?

Ahora sí estaba cabreado.

El punto es que ya se lo había explicado demasiadas veces. No iba a permitir que una mujer muriera por mi culpa, y menos una que llegara a amar. Ni siquiera entendía cómo ellos lo habían hecho. ¿Cómo podían dormir por las noches después de lo que, indirectamente, habían causado?

Ya había demasiadas muertes en la familia para cargar con una más. Tal vez era momento de que pusiera fin al apellido. Algo que debieron hacer desde hacía demasiado tiempo.

—Como yo lo hago —dice su padre casi como si me leyera el pensamiento.

—No quise decir eso —sabía cuánto le seguía doliendo la muerte de mamá. Aún seguía en duelo después de todo este tiempo. Jamás lo vi salir con nadie más, ni siquiera lo intentó—. Es tarde, debo irme.

Me marcho de inmediato, antes de que las cosas se pongan peor de lo que estaban.

Cuando llego al departamento, me siento en el sofá de la sala y saco el celular.

Mis dedos de inmediato buscan el número de Maite, el cual había obtenido justo antes de dejarla.

Deseaba llamarle, como nunca antes lo había deseado, pero, ¿qué debería decirle?, era la gran cuestión.

Podría ser otra chica más de con las que me he divertido, sabía que no le había sido indiferente. La decisión que había tomado de jamás formar una familia de ninguna manera había detenido mi vida sexual, obviamente. Incluso era más activa que otros. Ellas tenían claro hasta donde podrían llegar, y si pensaban que me harían cambiar, era su problema, no el mío.

Pero por otra parte, algo me decía que sería diferente en esta ocasión. Como cuando sabes que algo terminará mal pero no puedes evitar hacerlo.

Así que vuelvo a guardar el teléfono antes de caer en la tentación de la cual estoy casi seguro no saldré bien librado, y vuelvo a salir.

Necesitaba aire, distraerme para dejar de pensar en tanta tontería que no valía la pena, y centrarme en lo que sí creía, como lo era vivir el momento sin complicaciones.



### Capítulo 3

Estaba alistándome para tomar un largo y tranquilizante baño de burbujas cuando escucho sonar el teléfono. Como sabía bien que Vicky contestará, no me preocupé por hacerlo.

—¡Maitel!, ¡te hablan! —grita Vicky.

—¿Quién? —me pongo la bata. Por lo visto mi baño tendrá que esperar un poco.

—No sé, no pregunté —dice en la puerta de mi habitación, pero extrañamente sonriente—. Era voz de hombre.

—Sólo dámelo —tomo el teléfono de su mano antes de que se le ocurra decir algo más.

Ella sabe bien qué llamada estaba esperando, había sido parte del grupo de esa noche. Claro que ésta debió haber llegado hace varios días.

No estoy acostumbrada a que me hagan esperar.

—Seguro es la llamada que esperabas —alcanza a decir antes de que logre contestar. Fue bueno que tapara la bocina antes.

—¿Bueno? —contesto dándole una mirada de advertencia a Vicky para que mantuviera la boca cerrada.

—Hola Maite, soy Daniel Montreal.

—Daniel... —finjo no acordarme. Es una buena táctica el parecer indiferente al principio, y no conocía a nadie que se lo mereciera más que él.

Se suponía que sabría de él de inmediato. Al menos eso siempre había ocurrido. Pero por lo visto él no había sentido lo mismo, ya que esperó casi toda la semana para reportarse.

Claro que sabía que los hombres no llaman de inmediato, pero jamás me habían hecho esperar tanto. Casi me había convencido que había perdido el interés en algún momento.

—El del bar. Fuimos a la casa de tu amigo, ¿recuerdas? —¿era diversión lo que percibía en su voz?, ¿le parece divertido? Veremos.

—Ah, Daniel —sigo en mi postura de indiferencia—. Sí. ¿Y qué cuentas? ¿Qué has hecho? —a Vicky se le ocurre reír en ese momento, ganándose otra mirada de advertencia.

—He estado ocupado estos días, pero ¿qué te parece si vamos a cenar?

—¿Y cuándo sería eso?

—¿Te parece en una hora?

—¿Hoy?

—Sí.

—Estoy algo ocupada y... —Vicky mueve los labios diciendo “oh, por favor”.

—Vamos, no te vas a arrepentir.

—No sé... —el tipo sonaba muy seguro, lo cual en cierta forma me gustaba, y al mismo tiempo me enojaba.

—Vamos —insiste.

—Está bien. Pero que sea en dos horas.

—Bien. Nos vemos entonces.

—Adiós —digo antes de colgar.

—Siempre consigues lo que quieres —dice Vicky desde su lugar.

—Sólo es cuestión de que sepas lo que quieres —le guiño el ojo antes de regresar al baño, y tomar una ducha en lugar de lo que había planeado.

Poco más de las dos horas que me había dicho, debido a que tuve que esperar unos cuantos minutos a que terminara de arreglarse, lo cual tenía el presentimiento había sido calculado; por fin estábamos cenando en uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad.

Sabía que el lugar le encantaría. Y ya que era un buen cliente, no tuve ningún problema en que me asignaran una mesa de inmediato.

Una vez estuvo sentada, en lugar de colocarme frente a ella, opto por hacerlo a su derecha. De esta forma podría estar más cerca. Incluso estaba a mi alcance para cualquier contacto que pudiera obtener.

—Así que has estado muy ocupado estos días —dice una vez se retiró el camarero con nuestras órdenes.

Por su tono de voz, bien podría pasar por reclamo, lo cual no podía culpar. Era obvio que a ella no la hacían esperar.

Sólo que la verdad es que ni siquiera debería estar aquí. Estaba jugando con fuego, pero no me había podido resistir.

Me gusta, mucho, y no quería perder la oportunidad de tenerla.

Por lo visto, a pesar de las consecuencias.

—Sí. Cosas del trabajo, ya sabes. Hay un proyecto nuevo en el que estoy trabajando, y he estado metido en eso todo este tiempo —me inclino un poco hacia ella—. No creas que no lamento haber tardado tanto, lo hago.

—¿Y en qué trabajas? —pregunta haciendo que el espacio que se había reducido entre nosotros, volviera a ser tan grande como al principio.

No cedería tan fácil, estaba escrito con letras mayúsculas en su cara.

—Bueno —me reacomodo en mi asiento captando la indirecta—, digamos que todo empezó con un viñedo que poseía mi familia, pero en la actualidad no sólo es eso. Nos hemos metido en otras ramas. Hemos adquirido otras empresas, y así. De hecho, justo el proyecto en el que estamos trabajando es sobre adquirir unas franquicias para que se manejen aquí en el país.

—¡Vaya!

—¿Y qué hay de ti?

—No, yo sólo soy una pequeña empresaria que va comenzando, de hecho. Acabamos de abrir una boutique mi amiga Vicky, la que vive conmigo, y yo. Claro, ahorita las ventas han estado muy bajas, pero esperamos que aumente en los próximos meses. Actualmente estamos

trabajando en su publicidad, así que sólo esperamos que todo salga bien.

—Estoy seguro de que así será.

—Gracias —me da una pequeña sonrisa.

*Así que es algo importante para ella.*

—Quien sabe, tal vez el día de mañana te conviertas en un fuerte contrincante.

—O, termine por vendértela por no poder sostenerla —sonríe, esta vez por diversión.

—Eso no va a pasar —sonríó confiado en que jamás dejaría que eso pasara—. Lo sé.



## Capítulo 4

Estábamos en su cama, casi como todas las noches desde que estamos juntos. Recostados entre los brazos del otro, en ese trance en que no hay nada fuera de nosotros.

A veces siento que él quiere que me quede permanentemente, pero jamás lo ha dicho. Así que siempre estoy esperando a que se decida, pero no sé cuánto tiempo más podré seguir engañándome.

—Te amo —le escucho decirme antes de que me bese, mientras me acaricia el rostro con el dorso de su mano.

—Y yo a ti —contesto, pero de inmediato recuerdo que no parece que quiera dar más que sólo esto, por lo que bajo la mirada no pudiendo verlo a los ojos.

Llevábamos poco más de un año juntos, y aunque él jurara que jamás se había sentido de esta forma, seguíamos estancados. Y no era tanto el hecho de que nunca hiciera referencia a tener un futuro conmigo, que aunque no me hubiera pedido que me mudara con él, siempre hablaba de estar juntos. Pero, ¿qué clase de relación que se respete ni siquiera te lleva a conocer a su familia?

En este caso a su padre que era lo único que tenía.

Era incoherente. Por un lado me dice que soy lo más importante para él, y me lleva a cuanto lugar quiera, me consiente de casi cualquier forma. Excepto cuando le menciono sobre lo de querer ir a su casa. En eso, no había manera de convencerlo.

—¿Qué pasa? —pregunta tomándome de la barbilla, obligándome a verlo de frente.

—Sólo que... siento que no avanzamos, y tengo la impresión que eso no va a cambiar.

—¿A qué te refieres? —noto la tensión que empieza a aparecerle.

—Sabes bien de lo que hablo. Dices que me amas pero no quieres ningún compromiso —me siento con cuidado de que la sábana siga cubriendo las partes necesarias.

—Pero así estamos bien —se sienta también.

—No. Tú lo estás. A veces no sé si todo lo que me dices es cierto o sólo soy una idiota por creerte —suspiro sintiendo una gran pesadez. No quería discutir, pero no podía seguir así—. Ni siquiera estoy segura si tenemos una relación o no.

—No miento cuando digo que te amo —me dice tomándome las manos. Siempre hacía lo mismo cuando sacaba el tema, como si con eso lo solucionara.

*No esta vez.*

—Cuando amas a alguien te comprometes —le digo viéndolo directo a los ojos, demostrándole lo que quería que entendiera.

Daniel me suelta, haciéndome sentir perdida.

Esta vez, todo terminaría. Podía sentir que las cosas ya no serían igual. No habría más intentos de su parte para convencerme que todo estaría bien, ya no lo haría.

Casi empezaba a querer retractarme, pero si lo hacía, todo comenzaría de nuevo, una y otra vez.

—Te juro que me encantaría casarme contigo pero...  
—ahora era él quien no se atrevía a verme a la cara.

*¿Qué le gustaría? ¿Sólo eso pensaba decirme?*

—¿Pero qué? —casi podía percibir la desesperación en mi voz.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Es algo... muy loco. No entenderías. De hecho, no me creerías.

—Inténtalo.

Estuvimos como estáticos unos minutos, sin decir ni movernos en absoluto. Y aunque en otra situación ya me hubiera ido, necesitaba que me explicara qué lo detenía.

Si me quiere como dice, ¿cuál era el problema? Él sabe bien que lo amo. Jamás se lo he ocultado.

—De acuerdo. Pero sólo déjame hablar primero —dice como si temiera que me fuera justo en este momento—. No digas nada hasta que haya terminado, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo.

Empezaba a temer lo que fuera a decirme. Nunca lo había visto tan nervioso como ahora.

—Bueno, pues... ¿Recuerdas que te había contado sobre mi madre, que murió cuando apenas iba a cumplir el año? —asiento—. Pues mi abuela murió cuando mi papá tenía poco de nacido. Al parecer habían pasado sólo unos

cuantos días o algo así —frunce el ceño como si intentara recordar todos los detalles. Pero seguía sin decirme nada del asunto que nos compete en este momento—, y esa misma historia se ha repetido varias veces, en cada generación desde hace un tiempo— lo miro sin comprender bien qué tiene que ver con lo nuestro, pero él se encontraba demasiado concentrado en su relato que no parecía darse cuenta.

—Todos hijos únicos, varones, que primero crecen sin una madre y después pierden a su esposa. Siempre —remarca viéndome por primera vez desde que comenzó a hablar—. Y todo eso es debido a una maldición que tenemos y de la cual no hay forma de escaparse.

Me quedo atónita. No podía creer lo que me estaba diciendo. Era la excusa más tonta que había oído.

*¿Una maldición? ¿En serio pensaba que era estúpida como para creerlo?*

Aunque de todas formas esperé a que prosiguiera, a ver si con ello le daba un poco de sentido a todo esto, pero en vista de que no lo hacía, supe que era mi momento de hablar.

—¿No crees que sería más fácil decir que no estás listo u otra cosa que inventar todo esto? —digo con sarcasmo—. ¿Y meter a tu familia? ¿Cómo puedes inventar algo así donde metes a tu madre? ¿Creía que era algo sagrado para ti? ¿Pero usarla en una excusa tan idiota? —en algún momento me había puesto de pie, recogiendo mis cosas para vestirme

Estaba totalmente molesta por sus excusas tan pobres, tan idiotas

Sólo no puedo creerlo. Niego con la cabeza aún sin poder dar crédito a lo que había dicho.

Era tan decepcionante. Había esperado entender su aberración y me sale con una historia tan absurda.

—No son mentiras. Te estoy diciendo la verdad —me sujeta del brazo, deteniéndome—. Todo comenzó por un antepasado que se le ocurrió jugar con una gitana. Luego cuando se casó, ella se apareció en la boda y lo maldijo con que después de que naciera su primogénito moriría su esposa. Y así ha pasado por generaciones. Eso podría pasarte a ti —dice rápidamente sin siquiera respirar.

Detuve mi forcejeo, era inútil y sólo me hacía daño, pero eso pareció animarlo a explicarse un poco más.

—Desde que era muy pequeño me prometí que jamás le haría eso a alguien. No pienso condenarte. No podría.

No sabía si debía creerle. Es que todo parecía tan... irreal. Pero su cara me decía que no era así, que él estaba diciendo la verdad, o al menos así lo creía, por más loco que pareciera.

—Lo siento si para ti ha sido una pérdida de tiempo porque no te puedo dar nada más que lo que te doy ahora —dice ahora como si lo hubiera agotado el sólo mencionarlo.

Intento abrir mi mente, manejar la situación como si fuera un hecho. Sólo considerarlo por un momento.

—En ese caso. Hablando de que todo esto sea verdad...

—Lo es —me asegura Daniel.

—Sí, bueno. Debe haber alguna forma de terminar o evadir esta... —hasta decir la palabra me parecía de lo más absurdo— maldición que dices.

—Créeme que ya lo intentaron todo, y no ha habido alguien que lo haya logrado.

Volvimos a quedarnos en silencio. No se me ocurría qué más podría decir.

—Entenderé si quieres dejarme —fue Daniel quien rompe el silencio.

—No. De ninguna manera —digo plenamente convencida de que jamás pasará—. Sólo... necesito pensar. Es mejor que me vaya.

—Sí. Claro —lucía tan resignado que no pude resistirme a darle un beso antes de irme.

—Nos vemos luego.

Cerraba la puerta principal cuando siento la presencia de alguien que se me acerca por detrás.

Sé que Daniel, aunque dijera lo contrario, quería que no me fuera, pero en este momento necesitaba estar sola. Necesitaba procesar todo lo que había dicho y lo que haría.

Así que cierro la puerta antes de que pueda alcanzarme, ya que estaba segura de que podría convencerme de quedarme.

## Capítulo 5

Estaba sentado en la mesa de una cafetería esperando a Maite.

Me había hablado la noche anterior, tras cuatro días de no saber nada de ella desde que le conté la verdad sobre mi familia.

Llamó para decir que debíamos vernos, y aquí estaba, esperando que un milagro ocurriera y pudiera quedármela sin condenarla, aunque la razón apelaba a que lo más viable era que eso no pasaría.

Pero qué podía decir, mi corazón era egoísta, por eso mismo había preferido dejar la decisión en manos de Maite.

—Hola —dice Maite al llegar, saludándome con un beso en la boca.

Sólo que su beso no era tan desconcertante como su actitud.

Lucía feliz. Era como si ese día de confesión no hubiera ocurrido.

—¿Llevas esperando mucho?

—No.

Sólo más de media hora.

—Bien —se sienta a mi izquierda pidiendo al mesero que se acercara.

Una vez nos tomaron la orden, lo que consistía en la primera taza para ella y la tercera para mí; Maite se puso seria, lo cual significaba que era el momento de hablar.

—Estuve pensando en lo que me contaste. Lo de la maldición y eso —asiento—. No te miento si te digo que llegué a pensar que sólo lo hacías en una forma de deshacerme de mí, pero estuve investigando, y tal como dijiste, todo estaba ahí. No sé cómo nadie más ha sospechado sobre el asunto pero supongo que ha estado todo tan claro, accidentes evidentes que no había duda de ello, por lo que no había escándalos que recordar.

—Sí. Era casi como si después de un tiempo todos olvidaran excepto nosotros.

—Sí. Sólo se necesitaba saber del asunto para relacionar los puntos. Así que te creo. Completamente —vuelvo a asentir, presintiendo lo que seguiría—. Pero no pienso dejarte. Vamos a estar juntos —dice decididamente.

Bueno, en realidad no sabía lo que ella iba a decir, por lo visto.

Había imaginado que diría todo lo contrario, que no podría seguir conmigo porque no podía darle lo que necesitaba. Era lo más lógico.

—¿Estás segura que estarás bien con una relación como la que hemos tenido hasta ahora? —pregunto no muy seguro de que ella lo hubiera pensado bien.

—No. Me refiero a que al final vamos a estar felizmente casados.

—De ninguna manera —digo rotundamente.

*¿Es que no había oído nada de lo que dije ese día?*

—Dijiste que eso querías.

—Pero también que no puedo. No voy a condenarte.

—Tengo un plan.

—No. No pienso arriesgarte. Ya te dije que han intentado de todo para deshacerse de la maldición, pero termina en lo mismo. ¿Y si piensas que con evitando embarazarte lo harás?, déjame decirte que también lo intentaron. No funcionó.

—Sólo escúchame —trata de convencerme, sólo que no había nada que dijera que lo hiciera—, así como yo lo hice contigo. Es tu turno.

No estaba a dispuesto a correr riesgo respecto a ella pero la dejaría hablar.

Así que una vez asiento, ella se dispone a explicarse.

—Dices que la maldición habla de que una vez nace el hijo la mujer muere, ¿cierto? —asiento—. Bueno pues eso es lo que haremos —me sonrío como si la respuesta estuviera ahí.

—No entiendo —siento como el ceño se me frunce tratando de ver lo que quería que viera.

Aunque su tono dijera que era obvio, aún no encontraba la respuesta que me mostraba.

—Digo que te buscaremos una esposa...

—¿Qué? —no estoy seguro de haber escuchado bien.

—Sí. Que te buscaremos una esposa. Y una vez que se cumpla lo de la maldición, podremos casarnos.

—¿Estás loca? —mi ceño se pronuncia más.

—Sé que suena cruel...

—Estás hablado de asesinato —le digo acercándome, tratando de hablar en voz baja, evitando que alguien pueda oírnos—. No voy a ser el causante de una muerte.

—Es la única forma que veo de evadir todo esto. Es la única forma de que podamos estar juntos.

—No. No hay forma de que lo haga.

—Entonces nos casamos y vivimos felices el mayor tiempo posible antes de que esto nos alcance —dice decidida.

—No —no me di cuenta que hablé alto hasta que vi que algunas personas de otras mesas voltearon hacia nosotros.

Intento calmarme, estaba a punto de perder la paciencia. Todo esto era una locura.

—¿Entonces qué es lo que quieres que haga? —pregunta frustrada.

Suspiro con pesadez.

—Que sigas con tu vida. Que seas feliz. Pero eso no será conmigo.

—De ninguna manera. ¿Cómo piensas que voy a ser feliz así? —niega con la cabeza casi de forma desesperada—. No pienso dejarte. Primero... primero me mato. A fin de cuentas así terminaré, ¿no?

—Eso no va a pasar...

—Vamos a seguir juntos, y esa maldición se puede ir al demonio porque seguiré contigo, pase lo pase —antes de que pudiera contradecirle, continúa—. Y no acepto un no por respuesta. Esto va a funcionar. Lo haremos funcionar.

## Capítulo 6

Era de noche. Maite dormía a mi lado. En mi cama.

Por más que había tratado de convencerla de que lo mejor era que se alejara, ella se había negado, y yo era demasiado débil para evitarlo. Estaba muy decidida a quedarse conmigo. Y eso, aunque le dijera lo contrario, era lo que más agradecía.

No quería que se fuera. No podía ni imaginar lo que sería estar sin ella. Era... adictiva. Una vez que la probabas no podías dejarla atrás.

Desde el momento en que la conocí sabía que sería importante en mi vida, por eso la evité en un principio. Traté de alejarme antes de que fuera demasiado tarde. El problema fue que no contaba con que ya lo había sido al minuto siguiente de haber cruzado palabra con ella.

Me volvía loco. Podía obtener de mí lo que quisiera. No había forma de resistirme.

Pero también estaba la parte de terminar siendo la causa de una muerte más. De una pobre mujer que ni siquiera sabría lo que pasaría. Alguien que, a diferencia

de todas las mujeres de mi familia, no tendría siquiera la oportunidad de elegir.

Todo eso iba en contra de lo que me había prometido a mí mismo. Siempre había asegurado, una y otra vez, a lo largo de mi vida, que jamás condenaría a ese destino a una mujer.

Nunca.

¿Acaso sólo necesité poco más de dos décadas para olvidarlo?

Maite se mueve un poco haciendo que vuelva mi atención a ella.

La observo detenidamente. Cada detalle de su rostro. Su cuerpo.

Era hermosa, cualquiera con dos ojos en la cara podría darse cuenta de ello. Ella lo sabía y lo explotaba. Era el tipo de mujer que hacía que giraras a verla tan pronto entraba en algún lugar. Y ahora estaba ahí conmigo. Ella me quiere y está decidida a seguir hasta el final. Así que, ¿qué me detenía?

*Tal vez su plan es la única forma de lograrlo.*

Es muy tentador pensar así.

Claro que sonaba cruel, pero también lo había sido tener que pagar por algo que otra persona hizo hacía demasiados años.

Aunque no me gustara, es la única solución. Ella merecía ser feliz, y yo sólo quería complacerla.

La quiero.

La quiero a mi lado.

¿Pero estaba dispuesto a todo para lograrlo?

Esa pregunta era la que me estaba quemando por dentro.

—Despierta dormilón.

Estaba en ese umbral entre dormido y consciente, pero me sentía tan agotado que prefería no abrir los ojos aún.

—¡Anda! —me sacude un poco.

Así que me doy por vencido y comienzo a despabí-larme.

Me estiro un poco mientras Maite se sienta a mi lado.

—Vaya cara que traes.

—No dormí mucho.

—Sí —resopla—. Se nota. Pero, ¿se puede saber por qué?

La miro a la cara antes de darle su respuesta.

—Tú ganas.

—¿A qué te refieres? —entrecierra los ojos sin apartarlos, como si quisiera estar segura antes de celebrarlo.

—A que te quiero —le tomo las manos— y quiero estar contigo. Y si eso requiere que me case con otra, que Dios me perdone, pero lo haré. Por nosotros.

—¿En serio? —pregunta sonriendo. Su cara se iluminaba cada segundo que pasaba.

—Sí.

Rápidamente me abraza, haciendo que cayéramos sobre la cama.

—Vas a ver que todo estará bien —me sujeta la cara como si me leyera la mente y quisiera convencerme de que hacíamos lo correcto—. Estaremos bien —me besa.

Sin un pensamiento más en la locura que haríamos, centro toda mi atención en la mujer que tengo sobre mí. Ya me encargaría después de mis remordimientos de consciencia. Ahora sólo importaba estar con ella.

## Capítulo 7

Casi era la hora del almuerzo cuando recepción me avisa que Maite me buscaba. Así que recojo algunas cuantas cosas y voy en su búsqueda.

Estaba girando una esquina, cerca de donde me esperaban, cuando topo con alguien.

Una vez pasado el impacto, me doy cuenta que a quien casi había arroyado por estar inmerso en mis pensamientos, no era otra que Ángela, la sobrina de Flores, uno de los abogados que trabajan para mi padre.

—Hola —la saludo de beso.

—Hola —contesta ella.

—Siento lo de... —comienzo a disculparme.

—No hay problema. Creo que no estaba poniendo atención por donde iba —dice aun avergonzada.

—Igual yo. ¿Vienes a ver a tu tío?

—Sí —me da una pequeña sonrisa cortés pero seguía sin verme del todo a la cara.

—Entonces no te quito más tu tiempo —me despido dándole otro beso—. Deberías venir más seguido a verlo

—digo mientras caminaba de espaldas hacia mi objetivo para mantener el contacto visual—, así tendríamos algo bueno que ver por aquí de vez en cuando —le doy una de mis habituales sonrisas, era normal para mi coquetear de esta manera.

—Sí, claro —sonríe, esta vez viéndolo a la cara—, como si necesitaras ayuda con eso —se da media vuelta y continúa su camino.

Apenas doy unos cuantos pasos más antes de ver a quien me esperaba. Maite. Podía sentir cómo mi sonrisa crecía inevitablemente.

Aún no la había presentado a mi padre, y después de lo que planeábamos hacer, menos lo haría. No porque pensara mantenerla como mi secreto sucio, sólo que sería lo más conveniente por el momento. Por lo que verla aquí, en la empresa de mi padre, era algo inusual.

Agradable, pero inusual.

Mi sonrisa estuvo a punto de desvanecerse con la idea, pero me recordé, como cada vez que sentía que desistiría, que por ella valía la pena intentar hacer todo lo que estuviera en mis manos.

Así que al llegar a ella, de nuevo estaba feliz.

—¿Tantas ganas tenías de verme? —pregunto al verla tan animada.

Maite da una mirada hacia la recepcionista antes de contestar.

—Deberíamos salir de aquí.

Una vez estuvimos frente a mi auto, listos para abordarlo, me sorprende dándose la vuelta y besándome de forma no muy decorosa.

—Vaya que si tenías ganas de verme —digo después de recuperarme.

—Estoy feliz de que por fin hayamos encontrado la persona perfecta para nuestros planes —contesta antes de meterse en el auto.

—¿Qué? ¿De qué me hablas? —mantengo la mano en la puerta, sin la menor idea de a quien se refiere.

Tal vez había conocido a alguien y por eso fue a verme para contarme, es lo primero que se me viene a la cabeza justo antes de que me lo aclare.

—La tipa esa a la que saludaste hace un momento —al ver mi confusión, agrega—. La mona esa con la que te topaste antes de que te reunieras conmigo.

—¿Qué? ¿Ángela?

—Pues no sé cómo se llama —sacude la mano como si no tuviera la menor importancia—, pero es la que necesitamos.

—No.

Cierro la puerta y tomo mi lugar frente al volante. Fue hasta poco después de que hubiera arrancado, que Maite prueba de nuevo con su argumento.

—Pero ella es ideal.

—De ninguna manera —digo tajantemente.

No iba a sentenciarla justo a ella. La chica me agrada. Y aunque no tuvimos un buen inicio, las cosas habían mejorado.

Cuando me la presentaron en una de las fiestas de fin de año de la empresa, de inmediato la puse en la mira. Era bonita, y estaba justo ahí, disponible. No necesitaba más que eso para ir al acecho. Excepto que me puso en

mi lugar, dejando en claro que no obtendría nada de ella de lo que buscaba. Así que respetando su opinión, fui en busca de alguien más que sí estuviera dispuesta.

Obviamente lo había.

Por un tiempo Ángela siguió antipática conmigo, hasta que sólo Dios sabe por qué, cambió de opinión, y comenzó a tratarme de forma más cordial. Lo cual habíamos mantenido hasta el momento.

—No veo qué diferencia hay —insiste Maite.

—Ella es la sobrina de uno de nuestros abogados. Tanto él como ella son buenas personas. Así que no.

Maite resopla.

Jamás la había oído resoplar.

—Porqué mejor no buscamos algo así como una mujer mayor —sugiero.

—Sí —dice como si fuera la idea más estúpida que hubiera oído—. Una que ya haya pasado por la menopausia, y por lo consiguiente, no se embarazaría.

—Bueno, tendrá que ser otra persona —sacudo mi cabeza, tratando de no pensar en que estamos hablando de matar a alguien, y todavía peor, a alguien que apreciaba—. Ni siquiera entiendo tu insistencia de que sea ella, podría ser cualquiera.

—Porque quién mejor que alguien que ya está enamorada de ti. Así no tardarás tiempo en convencerla para que se casen y tenga a tu hijo.

—¿Cómo? —ni siquiera puedo detenerme de desviar la mirada del camino para verla por un segundo.

Debe estar loca para pensar algo así.

—¿De dónde sacaste esa idea, por dios?

—Soy mujer, percibo esas cosas —esa es su respuesta.  
Conozco a Ángela desde hace tiempo, y ella en unos cuantos minutos que la ve, de lejos, decide que sabe más que yo sobre ella.

Sí, claro.

—Pues te equivocas.

—Créeme, esa tipa está loca por ti.

—Bien, si eso es cierto, ¿no debería preocuparte?  
—intento disuadirla de otra manera.

—Para nada. Ella definitivamente no es tu tipo. No es de nuestra clase. Aparte, estoy segura que no me traicionarás. Confío en ti —pone su mano sobre la mía.

—No puedo creerlo —niego con incredulidad.

—¿Qué?

—¿Cómo puedes decir que estás segura de que no te traicionaré y quieres me acueste con otra?

—Para mí tampoco es fácil, pero sé que es la única manera de que estemos juntos.

Me detengo en un semáforo en rojo.

—Es la única forma —repite Maite una vez que aprovecho el alto para verla fijamente—. Ya no puedo esperar más —había urgencia en su voz—. Ya quiero estar contigo. Que formemos una familia.

Lo entendía. Lo había aceptado. Pero era más difícil hacerlo a costa de alguien a quien conocía y apreciaba. Las cosas serían más fáciles, si así se le podría decir al hecho de prácticamente matar a otra persona, hacerlo con alguien que fuera una completa desconocida.

—¿Y si tratamos con alguien que esté cerca de la menopausia? —ella voltea hacia la ventana, no sin antes ver su cara de fastidio—. Lo suficiente como para embarazarse.

—Nadie lo creería. Ni siquiera tu papá.

—Que importa lo que los demás piensen.

—Tiene que ser creíble —gira de nuevo hacia mí—. Y comenzar a salir con alguien a la que ya conoces es algo creíble.

Nos quedamos en silencio, viéndonos fijamente a los ojos en un intento de persuasión por ambas partes.

El semáforo cambia a verde, pero antes de que me diera cuenta, alguien detrás de ella atrapa mi atención.

Por un momento me parece ver que una joven nos observa.

*La pobre seguro espera a que terminemos con nuestras idioteces y nos decidamos a avanzar para poder cruzar.*

Al menos eso me hace volver al presente. Eso y la bocina que está sonando detrás de nosotros. Así que, sin decir más, arranco.

—Sólo sigamos con el plan —insiste Maite pasadas unas cuadas.

—No me agrada tu plan.

—Recuerda que es para que estemos juntos. Aparte, la harás feliz por un tiempo —no puedo dar crédito a sus palabras—. La gente muere, ya sea estando joven o viejo. Igual y podría ser que el día de mañana, no sé, la atropelle un auto o algo como eso. Nadie sabe cuánto tiempo tiene de vida, y tú no tendrías la culpa. Es el destino el que se encarga de decidir.

Me limito a mantener la mirada en el camino. Pensativo. Enojado por la forma en que Maite veía las cosas. Pero resignado porque sabía que terminaría cediendo.

—¿Sabes que estamos cometiendo un crimen? —le digo una vez llegamos a su casa.

Ya no tenía hambre.

—No, mientras nosotros no seamos quienes la matamos, en todo caso sería una víctima más de esa gitana, no nuestra.

—Eso no me ayuda mucho.

—No te preocupes, todo saldrá bien —me asegura de nuevo.



## Capítulo 8

—Me sorprendió tu llamada.

Había invitado a Ángela a cenar, al día siguiente de la discusión que tuve con Maite. Al final me había convencido, así que aquí estaba, justo frente al restaurante donde la había llevado en su primera cita, listo para empezar con el plan.

—Y a mí que aceptaras después del fiasco de la última vez —contesta después de ayudarla a salir del auto.

—Digamos que ahora te conozco un poco más —se encoge de hombros—. Aparte que ya estás advertido.

—Sí —sonrío—. Soy muy consciente.

Al entrar doy mi nombre para revisar la reservación. Luego de que fuimos instalados en la mesa, sólo tardamos unos pocos minutos en pedir nuestros platillos.

—¿Y qué tal el trabajo? —pregunto después de que nos sirvieran el vino.

Era una táctica para romper el hielo, pero dirigiéndonos a un tema seguro. Y con lo presionado que me sentía, no era de extrañar que por primera vez no supiera qué decir.

Después de todo, no solía salir con alguien a la que debería convencer de convertirse en mi esposa. Ni siquiera yo podía creer que lo estaba haciendo.

—Bien. Las cosas han estado algo tranquilas por estos días, pero todo bien. ¿Y qué me dices tú?

—Por acá han estado las cosas más agitadas. Nuevas ideas del viejo.

—Sí, algo oí —me observa por encima de su copa, de una forma como si estuviera indecisa en decir o no algo.

—¿Qué pasa?

—Hay una pregunta que siempre te he querido hacer.

—Ah, sí —le sonrío con más seguridad de la que sentía en estos momentos—. Pregunta.

—Sí me escuchara mi tío me mataría —menea la cabeza— pero, ¿por qué sólo hay gente mayor? Digo, no es que sea algo malo, no tengo nada contra eso. Pero que todos sean... mayores. Excepto por ti, claro. Bueno, no es algo que vea mucho.

—Si, bueno. También idea del viejo. Piensa que es mejor la experiencia que la novedad. Palabras de él, no mías —levanto las manos en son de paz antes de que pudiera decirme algo—. Lo cual, como dijiste, no se aplica conmigo ya que “en mí caerá todo el peso de los negocios de la familia” —digo esto último imitándolo.

—Palabras de tu padre.

—Palabras de él.

Chocamos nuestras copas brindando por ello.

—¿Y piensas cambiar eso una vez estés a cargo?

—Sí, pienso hacerlo. Poco a poco tendré que ir cambiando esa mentalidad —ella asiente—. Y ya sé con quién podría comenzar —la observo detenidamente.

Ángela alza las cejas captando la indirecta.

—No veo en que te pueda servir la asistente de un editor.

—Seguro tendrás muchas ideas para aportar.

—Podría, pero tendrías que hacerme una buena oferta para convencerme —sonríe.

—No puedo reusarme a un reto. Estoy seguro que encontraré una oferta que no podrás rechazar.

Más noche, después de que la velada se había terminado, estábamos frente a la puerta de su casa.

La cena había salido bien, después de que pasara el inicio incómodo, lo demás se había dado por sí solo.

Incluso en un momento recordé que era como si al final, esa chica que me había dicho que no, terminó por ceder.

Así que no había perdido el toque después de todo. Claro que ya no estaba interesado en salir con alguien más, pero era bueno para mi ego.

—Gracias por la cena.

—Gracias a ti por aceptar la invitación, esta vez —ambos sonreímos.

—Todo depende de la forma en que se pide.

—Pensé que lo había hecho bien la primera vez.

¿Qué cambió en ésta?

—Supongo que como dije antes, ahora te conozco mejor.

Y seguía sin entenderlo del todo.

La manera en que lo decía parecía como si supiera algo que desconocía. Pero si eso facilita mis planes, ¿qué importa?, mejor no quejarse.

—Pues sea lo que sea, manténlo en mente para las siguientes citas.

Le doy un beso en la mejilla de despedida.

Sabía que no podía actuar tan rápido con ella si no quería que me volviera a dar un palmo de narices.

—Nos vemos.

—Sí.

Tarda un poco en abrir la puerta, y cuando la cierra, lo hace dándome una última sonrisa de despedida.

Una vez estoy solo, dejo de sonreír.

Era difícil sentirse orgulloso después de lo que estaba haciendo, pero al no haber otra alternativa, sería mejor intentar no pensar en ello.

Así que cierro mi mente, enciendo la radio, y trato que la música me llene mientras regreso a mi departamento.

## Capítulo 9

En el departamento, Maite se paseaba de un lado a otro, ansiosa.

Habían pasado tres semanas en las cuales había estado saliendo con Ángela a todo tipo de lugares, pero por cómo se quejaba mi ¿novia?, parecía que hubieran sido tres años.

—¿Cómo es posible que en todo este tiempo sigan sólo saliendo? Así nunca vas a lograr que se case contigo.

—Tranquila. Todo lleva su tiempo.

Yo, a diferencia de ella, sólo estaba sentado en la cama, con los brazos apoyados sobre las piernas.

Me sentía cansado. Sabía que el hecho de que no hubiéramos avanzado, en gran medida se debía a que le estaba dando demasiadas vueltas a dar el siguiente paso.

En la oficina ni siquiera me atrevía a ver a Flores a la cara por temor de que en algún momento dijera algo.

Claro que dudaba que Ángela le mencionara algo sobre su vida amorosa, si es que me consideraba dentro de esa categoría después de mi lento avance, pero aún con ello, era

difícil no sentir como si tuviera la palabra patán grabado en mi frente, por lo que prefería sacarle la vuelta aunque pareciera cobarde.

Maite detiene su vaivén.

—No. Tú vas demasiado lento —me acusa.

Cada vez que hablaba sobre que estuviera con otra me parecía tan bizarro. Y el hecho de que se veía demasiado segura en lo que respecta a nosotros, resultaba incluso molesto.

—¿Es que tanto te desagrada como para no querer perder tu tiempo con ella? —dice con desdén, recordándome una de las cosas que no me gustaban de ella.

—No es nada de eso —digo sin pensar.

Es cuando ella me lanza esa mirada de “más vale que me des una buena explicación”, que me doy cuenta de mi error.

Si no lo remendaba, ésta discusión jamás terminaría.

—No me refiero a que me guste —ella se relaja visiblemente—. Sólo... sabes que no me gusta nada esto.

—Ya hemos hablado de esto miles de veces —dice con fastidio—. Es hora de que te muevas —me jala del brazo para que me levante.

Cuando estoy parado justo frente a ella, pone sus brazos alrededor de mi cuello y me besa.

—Ahora arréglate y ve con ella —cambiando su tono a algo más suave.

Me vuelve a besar, pero esta vez de forma más ardiente, recordándome lo que me esperaba al final.

Como si pudiera olvidarlo.

Una vez se suelta, demasiado pronto para mi gusto, ya que sólo podía pensar en tomarla de nuevo y buscar un lugar en el cual apoyarla, ella gira hacia la salida, mostrándome sin palabras lo que debía hacer.

Siempre era así con ella, sabía cómo hacer que olvidara todo, excepto tenerla.

De nuevo frente a su puerta.

Esta vez habíamos asistido a la inauguración de unos de los antros más esperados. Algo más a sumar a la lista de las cosas que a ella le gustaba hacer. O al menos eso pareció, debido a que casi no se sentó en toda la noche.

Incluso, había conseguido que bailara mucho más de lo que acostumbraba hacer para satisfacer a mis acompañantes, ya que era de los que prefería quedarse en la mesa bebiendo.

Pero a pesar de que los pies me estaban matando, había sido divertido.

Así que ahora ahí estábamos al final de la velada.

Como habituaba, la acompañé camino a su puerta sin idea de qué hacer para apresurar las cosas.

—Por lo visto conoces todos los antros de la ciudad —dice parándose en el escalón frente a su casa.

—No sólo los de aquí —le doy mi habitual sonrisa.

—Ah. Me presumes —se cruza de brazos sin poder disimular su sonrisa—. Es bueno verte más relajado —comenta de repente, sacándome de balance.

—¿Acaso insinúas que no lo soy? —pregunto intentando sonar ofendido.

Lo cual realmente podía estarlo. Me sorprende que tenga una opinión así de mí después de todos los lugares a los que hemos ido.

Seguro se debía al hecho de estar tan lento con ella. Eso espero.

—De hecho lo afirmo —me da una sonrisa ladeada, de esas que acostumbra dar cuando me quiere tomar el pelo, o como ella dice, demostrarme que sabe más de lo que quiero admitir—. Siempre estás todo estirado. Necesitas relajarte más. Me sorprende que salgas a todos estos lugares, y por lo visto seguido ya que saben tu nombre, pero como que siempre estás cuidando cada movimiento que haces. Definitivamente te está afectando el estar rodeado de gente mayor, por no decir otra cosa —sabía que se estaba burlando de mí.

Tenía parte de razón, pero se burlaba.

Sí, no había pensado nada más que divertirme mientras me había obligado a seguir bailando con ella, pero eso no quería decir que... bueno, que lo que ella dijo sea verdad. Y podía demostrárselo.

*Así que estirado.*

—Eso no es verdad —contesto aparentando indignación, dejando a un lado a mi cerebro, antes de sonreír—. Y te puedo demostrar lo “relajado” que puedo ser.

—¿En serio? —se atreve a decir con incredulidad.

—En serio.

La tomo de la cintura, la acerco y la beso.

Al principio noto un poco de resistencia debido a la sorpresa, pero no tardó mucho en ceder, e incluso podría

decirse que me muestra que era casi tan buena besando como yo.

Y lo hacía bien.

—De acuerdo —logra decir cuando terminó el beso—, tú ganas —estaba sin aliento.

Había querido demostrarle que se equivocaba si pensaba de esa forma sobre mí, por lo que al besarla no me contuve. De hecho, también me resultaba difícil recobrar el aliento, sólo lo disimulaba mucho mejor.

—Entonces, ¿nos vemos mañana?

Estaba más que seguro que mi sonrisa mostraba lo satisfecho que me sentía.

—Sí —disimula indiferencia—, claro.

Entra a su casa despidiéndose con la mano antes de cerrar la puerta.

Todo salió bien. Así que me doy media vuelta, de regreso a mi auto, más que contento por el resultado de esta noche.

A ver si con eso volvía a pensar en la palabra tieso, o cualquiera de sus sinónimos, en relación a mí; o más bien en lo que respecta a mi actitud, porque bien podría usarlo en otros contextos que no fueran mi personalidad.

Estaba por abrir la puerta cuando la ventana del carro me muestra un reflejo algo distorsionado de alguien a mis espaldas.

*Así que quieres más.*

Estaba más que encantado de mostrarle a Ángela más de mis habilidades. Bien podríamos divertirnos un poco después de todo. El problema es que al voltear me doy cuenta de que estaba solo.

Mis ojos de inmediato volaron de regreso a la puerta en su búsqueda, pero la entrada seguía cerrada.

*Ya estoy alucinando.*

Seguro estaba cansado. Era tarde y había estado trabajando todo el día con mi padre por lo de unos ajustes. Así que sin darle más vueltas, me meto en el vehículo y me voy a descansar, que buena falta me hacía.

## Capítulo 10

Estaba en una de las tantas reuniones anuales que hacía mi padre donde invitaba a todos sus amigos y socios a la casa.

Acostumbro acudir solo, pero ya que era una buena oportunidad para mostrar mi relación con Ángela ante ellos, la traje. Y de paso me evitaba la molestia de responder a sus preguntas cada vez que alguno nos viera, de esta forma todos se enteraban al mismo tiempo.

Pero no me quejo, la verdad que es todo un placer tener de mi brazo a una mujer tan bonita. Se veía hermosa con ese vestido azul, que aunque de frente luce recatado, lo interesante es la parte de atrás con ese enorme escote que dejaba casi toda su espalda descubierta.

Y yo que creía que me veía bien en mi traje. Casi me dan ganas de usar, por única ocasión, la corbata que tanto me recuerda mi padre debería usar.

Casi.

El problema estaba en que esas cosas acostumbran a hacerme sentir demasiado nervioso. Siento como si por más que lo aflojara, aún estuviera apretado. Podría ser un

poco de claustrofobia, no lo sé, sólo que no me agradan y por ello los evito.

Incluso siempre uso las camisas con el botón superior desabotonado, y asistir a estas cenas no hacían la excepción.

—Buenas noches, Daniel —saluda uno de los más antiguos amigos de mi padre, dándome un apretón de manos.

—Buenas noches Rogelio. Permítame presentarle a mi novia, Ángela Flores. Ángela, él es Rogelio González, uno de los viejos amigos de mi padre.

—Mucho gusto —contesta ella.

—El gusto es mío —le sonrío antes de volver su atención a mí—. Es muy linda tu novia. Ya era hora de que alguien lograra domarte un poco.

*Domarme. Sí, claro.*

*Muy lejos de ello.*

Pero prefiero mantenerme callado.

—Aún estoy en eso —le contesta Ángela.

—Pues por lo que veo, va por muy buen camino. Sabe, en todos estos años, jamás había visto que Daniel trajera a alguien.

*Y ahí va.*

*¿Es que acaso a todos les preocupa que siga soltero?*

*Y cómo no estarlo. Fuera de lo que a la maldición respecta, es difícil traer a alguien si cada uno va a estar atosigándonos con sus preguntas y comentarios.*

—¿En serio? —pregunta ella antes de verme con las cejas alzadas, era claro que le sorprendía la revelación.

Pero cómo no, si todos parecían más que encantados de remarcar la diferencia que hacía con ella.

—Me está poniendo en aprietos —es lo único que se me ocurre decir para que lo deje de una vez—. Eran detalles que aún no esperaba supiera.

—Lo siento, pero no podría ocultarle nada a este bello ángel.

—En eso estoy de acuerdo.

Ángela se sonroja un poco, y aunque al principio me parece divertido, después me hace sentir como un patán diciendo aquello cuando sé perfectamente que hay mucho que le estoy ocultando.

—Bien, los dejo. Fue un gusto verlos.

—Igualmente —contesto antes de volver a estrechar su mano.

Lo observo mientras se retira. A veces era difícil pensar que tenía la misma edad que mi padre, porque aunque así es, Julio tiene esa expresión en la cara de como si hubiera vivido mucho más años que todos ellos.

Pero teniendo en cuenta la vida dura que tenían todos los hombres Montreal, no era extraño que se vieran más viejos de lo que realmente eran.

Y eso no pasaría conmigo. No lo permitiría.

Yo tendría mi final feliz.

Veo algo por el rabillo del ojo, haciéndome recordar a quien tenía por un lado.

*Bueno, al menos un poco feliz.*

—Muy halagador el señor —dice Ángela una vez se fue Rogelio.

—Sí.

Fuerzo una sonrisa sacudiéndome el pesimismo de encima. En estos casos era mejor actuar y no pensar, sino quería arruinar las cosas

—Demasiado —prosigo más relajado—. Si no fuera por el hecho de que está felizmente casado y tiene edad para ser tu abuelo, me daría cuidado.

Ángela, que estaba sonriente, de repente observa a su alrededor de forma extraña, viendo a los asistentes detenidamente, como si los estudiara a lo lejos.

—Y... ¿te diviertes con todo esto? —pregunta de repente, antes de que él pudiera hacer la misma pregunta.

—¿Ya te quieres ir? —digo avergonzado de no haber previsto que podría ser aburrido algo así para ella.

¿Y cómo no lo iba a ser? Si incluso para mí era difícil estar aquí sin nada mejor que hacer que estar parado viendo como todos hablaban de sus anécdotas.

No era que estuviera tan mal, sólo que después de asistir como por vigésima vez, era difícil mantenerse interesado en las mismas historias de siempre. Algo así como ver lo mismo una y otra vez.

—No. Por mí está bien, mientras tenga con quien platicar estaré bien. Hablaba de ti, con todo eso de que siempre vienes solo. ¿Te gusta?

A veces resultaba desconcertante la manera en que veía las cosas. Sólo que no de mala manera.

—Estoy acostumbrado —contesto quitándole importancia.

—Pero no te agrada mucho, verdad —no se me perdió el detalle de que no había sido una pregunta.

—Tengo que hacer acto de presencia.

—¿Y luego?

—¿Qué?

—Ya lo hiciste, ya te puedes ir, ¿no? —mira a su alrededor, y antes de que le pudiera argumentar dice señalando al resto de los invitados—. De hecho, no creo que noten tu ausencia.

Y vaya que tenía razón.

Cuando dirijo mi mirada hacia donde señalaba, podía darme cuenta de ello.

Todos estaban tan enfrascados en sus conversaciones que no podrían notar nada fuera de eso.

Por un lado estaban los hombres hablando de negocios, separados en diversos grupos; mientras que las señoras estaban en las mesas, charlando sobre sus pasatiempos, hijos, nietos, lo que fuera ya lo había oído cientos de veces.

Así que por primera vez pienso, *qué diablos*.

—Tienes razón —la tomó de la mano acercándola más a mí—. Vámonos.

Es así como nos escabullimos entre los asistentes, directo y sin escalas hacia la cochera, por donde podríamos salir sin ningún problema.

Al final, sí había habido un pequeño problema. Mi auto había quedado encerrado, por lo que no pudimos irnos en él. En su lugar tomamos un taxi, porque, obviamente, eso no sería un impedimento para nuestra libertad.

Ahora caminábamos tomados de la mano en un parque que había visto Ángela durante el camino.

El lugar estaba alumbrado por faroles dándole un ambiente íntimo a pesar de la gran cantidad de personas que nos rodeaban.

Era relajante, tanto, que aunque seguíamos con la ropa de gala, de alguna manera se sentían más cómodas.

—¿Qué? —pregunta Ángela al ver la sonrisa estúpida que tenía en mi cara.

—Sólo pensaba —meneo la cabeza—. ¿Sabes?, eres diferente a lo que creía.

—¿Diferente? —frunce el ceño, dudando de cómo sonaba.

—Diferente es bueno.

—¿Y cómo era según tú?

—Bueno... sabía que eras diferente a las mujeres con las que comúnmente convivo.

—Eso no es tan difícil —dice con evidente petulancia, era difícil no sonreír con ella.

—Tal vez la diferencia es la forma en la que me siento contigo —me detengo de caminar haciendo que ella lo haga también—. No me malinterpretes, pero creo que es más sencillo complacerte.

Tan pronto tomo consciencia de lo que dije se siento mal. De alguna manera siento como si con ello traicionara a Maite.

*Pero era parte del trabajo, ¿cierto?*

—No creo que eso suene muy bien para mí —hace una mueca.

—Tal vez, pero para mí está bien.

Le doy un beso rápido en la boca antes de que ahonde en el tema.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tú qué pensabas sobre mí? Seguro nada bueno ya que al principio apenas si me saludabas.

—No muy lejano a la verdad —intenta seguir caminando pero debido a que seguíamos tomados de las manos, y yo no pensaba moverme hasta que lo aclarara, tuvo que desistir.

—¿Así de mal?

Intenta no mostrar su sonrisa antes de girar de nuevo para vernos de frente, pero no lo había logrado. Había tenido un vistazo de ella.

—Bueno, dejando aparte de la impresión de arrogante, presuntuoso, niño mimado que me diste la primera vez que te vi...

—Ouch —me toco el pecho como si me hiriera.

—Me di cuenta de que no eres tan malo como suponía.

—¿Qué? ¿De repente tuviste una revelación? —me burlo.

—Digamos que estuve en el lugar y momento adecuado —alzó las cejas en una muda pregunta—. ¿Recuerdas la fiesta de navidad que dieron el año pasado? —asiento—. Ya ves que a mi tío le encanta invitarme a ellas, y ese año no fue la excepción. Pues te vi con el Sr. Reyna, el conserje.

—Nadie le había prestado atención. Él pobre hombre estaba apartado, casi como si no existiera. Imagino que todos estaban demasiado ocupados con sus cosas, o por qué no, quedando bien con sus jefes. Y de repente te le acercas tú, haciendo de alguna manera que se integrara. Tal vez, no sé, se deba a que no necesitas apantallar a nadie por ser el hijo del que está a cargo, o sólo —se encoge de

hombros— no eres tan presuntuoso como nos haces creer. Pero de todas formas, fue un buen detalle.

La observo detalladamente. Es como si la viera por primera vez.

No pude evitar darme cuenta de que ese azul hacía resaltar su piel clara de una manera que parecía que brillara. Y pensar que esta mujer me ve de esa forma, hace sentirme extrañamente complacido.

*Nadie puede culparme de pecar de egocéntrico después de oír algo así.*

—Gracias.

—De nada —dice con un breve asentimiento. Y de repente vuelve la tímida Ángela frente a mí.

Continuamos caminando, ahora en silencio, pero no por eso menos placentero.

—Así que, ¿no habías llevado a nadie a estas cenas antes? —pregunta con una sonrisa traviesa. Y ahí estaba de nuevo la Ángela que le gustaba confrontarme.

—No —sabía que en cualquier momento sacaría el tema.

—¿A ninguna de tus anteriores novias? —vuelvo a negarlo—. Me sorprende que no llevaras a esa chica, cómo se llama. La morena. Esa que fue una vez a la oficina.

“Maite”, estuve a punto de decir pero opto por hacerme el desentendido.

—¡Ah, vamos! No ha pasado demasiado tiempo desde que eran vistos en todos lados.

—Eso no es cierto —frunzo el ceño. No se me hacía correcto hablar de ella con Ángela.

—Así que ya recuerdas de quien hablo.

Había caído.

—Sí —digo derrotado—. Creo que ya sé a quién te referías. Y no, no la llevé jamás. ¿Por qué la pregunta?

—Simple curiosidad —se encoge de hombros como si no importara, pero podía ver ese brillo de autosuficiencia en su cara.

No me pierdo la ironía en todo esto.

—¿Y qué fue de ella? —mantiene su facha de indiferencia.

*¿Pero qué tienen las mujeres con eso de saber sobre las ex de sus parejas? Al menos yo no querría saber de los suyos.*

*O de los de Maite, para el caso.*

Todo esto de la doble vida me estaba comenzando a afectar.

—No sé, hace tiempo que no sé de ella —me limito a responder.

—Ah.

No puedo evitar sonreír.

*Lo dicho, jamás entendería esa fijación.*

—¿Algo más que quieras preguntar?

—No —se encoge de hombros.

Sin poder evitarlo, la atraigo a mis brazos para plantarle un beso en la frente.

—Espero que el hecho de que te llevara esta noche a la cena no haya sido un problema para ti.

—No, para nada.

—Bien, porque no será la última vez que vayamos juntos, ¿de acuerdo?

—Ni modo —dice con un suspiro de pesar, incluso se atreve a dejar caer sus hombros como si en verdad

lo sintiera, pero aún con su teatro seguía siendo una muy pobre actuación—, tendré que sacrificarme.

No puedo hacer más que reírme y seguir con nuestro paseo, manteniéndola bajo mi brazo.

## Capítulo 11

Estaba recostado en la arena, observando a Ángela de pie a la orilla del mar.

La traje a esta playa que tanto me gusta venir a relajarme debido a que poca gente la visita. Un lugar ideal en el que no habría interrupciones, en especial con lo que planeo hacer.

—Sabía que te iba a gustar —le digo en cuanto se acerca.

—Me encanta —dice con una gran sonrisa—. Siempre me ha gustado la playa, se siente... no sé cómo describirlo, como una paz, una tranquilidad que me ayuda a despejar la mente y ver las cosas más claras —se sienta a mi lado sobre la toalla que había extendido para ella—. Bueno, ¿y cuál es la sorpresa?

Le había dicho que iríamos a un lugar especial porque había una sorpresa que le quería dar.

Ya llevábamos seis meses juntos. En los cuales la había presentado a medio mundo, en especial a mi padre, quien estaba más que feliz de que su único hijo decidiera

cambiar de opinión, o por lo menos lo considerara, y así no me quedara solo después de todo.

Pero no por eso se me pasó desapercibida esa mirada de pesar detrás de la gran sonrisa que puso cuando la vio. Como si necesitara más recordatorios para sentirme culpable.

También estaba la otra parte, en la que Maite me exigía constantemente que me diera prisa con lo de la boda.

Por más que intentaba explicarle que si lo hacía de inmediato sólo la asustaría o sospecharía que algo no estaba bien, ella seguía insistiendo.

La entendía por supuesto, pero sabía muy bien que este tipo de cosas no podían hacerse tan rápido.

Así que ahora, estaba justo aquí. Listo para hacer la gran pregunta. Algo que pensé jamás haría, y que, probablemente, haría en dos ocasiones.

—Sí, pero primero...

Me doy la vuelta para sacar una botella de champagne y dos copas de la bolsa deportiva que había llevado.

—¿Y eso? —pregunta contenta por la sorpresa—. ¿Acaso estamos celebrando alguna fecha?

—Eso espero.

—No entiendo —ahora se mostraba confusa. Y cómo no, si no tenía idea de lo que venía.

—Deberíamos comer algo primero —necesitaba más tiempo, y aire. Empezaba a sentir que sudaba más de la cuenta.

Era bueno que hubiera escogido la playa como escenario, no veía como pudiera explicarlo si estuviéramos en un lugar cerrado con aire acondicionado.

De la misma bolsa saco un tupper y un paquete de galletas.

Al destapar el refractario para mostrar una ensalada de pollo, veo a Ángela reír.

—No critiques al cocinero —la reprendo con aparente severidad.

—Ni siquiera se me ocurriría hacerlo —cierra la boca pero no dejaba de sonreír.

Lleno las dos copas, entregándole una a mi acompañante.

—¿Por qué brindamos? —pregunta cuando levanto mi copa.

—Por nosotros.

—Salud.

—Salud —contesto antes de que choquemos nuestras copas y tomemos un sorbo.

—¿Ahora sí podrías decirme qué estamos celebrando específicamente?

—No seas tan impaciente. Come primero —ella me observa sin dar su brazo a torcer—. ¡Vamos! Mira que lo preparé especialmente para esta ocasión.

Ángela hace un sonido de frustración, recordándome que no es muy paciente, pero no discute y se pone a comer.

Aunque justo yo lo había sugerido, no era capaz de probar bocado. Por lo que después de que sólo habían pasado unos cuantos minutos, prefiero lanzarme de una vez y comenzar con lo que tenía que decirle.

O pedirle, en su caso.

—Bueno, el porqué te traje se debe a que hay algo muy importante que tengo que decirte.

Ángela deja de la comida a un lado, prestándome su completa atención.

—Supongo que pensarás que es un poco apresurado, pero, bueno, las cosas entre nosotros han sido algo así, sorpresivas —estaba evadiendo mirarla del todo a la cara, enfocándome en un punto detrás de su hombro—. A lo que me refiero es a que — me animo a verla por un momento pero no puedo mantenerla, si lo hacía no me atrevería—, me encantaría que aceptaras casarte conmigo.

Una vez termino de decirlo, me atrevo a darle otro vistazo para ver su reacción.

Ella estaba en completo asombro, lo cual no podría culparla, no creía que le hubiera pasado por la cabeza que saldría con algo así. No sólo por el relativamente poco tiempo que llevábamos como pareja, sino al hecho de que por mis antecedentes, seguro que esto era algo completamente inesperado.

—Wow —pestañea unas cuantas veces como si saliera de algún trance—. Estoy de acuerdo con eso de que es algo apresurado. No me mal interpretes, claro que me gustaría casarme contigo pero, ¿no crees que deberíamos esperar un poco?

—Si también lo quieres, ¿para qué esperar? —continúo antes de que me pueda argumentar—. Estoy seguro de lo que siento, ¿tú no?

—Sí, pero...

—Sé que no hay nadie más con quien quisiera hacerlo. Te quiero a ti.

Ella parece considerarlo por un momento, un largo momento si a mí me le preguntan, antes de volver a verme.

—Sí —suelta el aire que no sabía que estaba reteniendo—. Quiero casarme contigo.

Con una sonrisa que apenas podía disimular, le muestro la pequeña caja que había ocultado detrás.

La había llevado en la misma bolsa de los alimentos, así que cuando desempaqué, la escondí cerca para su fácil acceso.

Inmediatamente la abro y tomo el anillo para colocárselo en el dedo anular de su mano izquierda.

Apenas lo coloco, me doy cuenta de lo que significa.

—¿Qué? —pregunta al ver que reía.

—Sólo pensaba —digo meneando la cabeza de incredulidad—, si hace un par de años alguien me hubiera dicho que haría algo como esto, me hubiera reído en su cara —ahora ella sonrío conmigo.

—O sólo hace unos meses.

—¿Cómo?

—Sí, que con solo que lo hubieran sugerido hace unos meses, no lo creerías.

—Sí. Tienes razón —trato de mantener la sonrisa que se sentía ahora más pesada.

Debería tener más cuidado. Claro que para ella, y todos los demás, el hecho de que tuviera una relación formal era reciente, no de los más de dos años que llevo con Maite.

—Deberíamos ir a nadar —ahora había un brillo travieso en sus ojos.

—¿No quieres terminar de comer?

—Más tarde —dice justo antes de levantarse y quitarse la blusa, dejando expuesta parte de su ropa interior.

Ya que no le había dicho nada acerca de a dónde íbamos, y yo no había pensado en meterme al agua, ninguno llevábamos un traje de baño.

Esto, sumado al hecho de que el lugar estaba desértico, sólo podía aumentar las expectativas.

—Vamos —me insiste después de quitarse los jeans.

No necesité pensarlo ni un minuto más.

Así que mientras avanzaba de espaldas al mar, manteniendo su mirada sobre mí con su sexy conjunto verde, comienzo a seguir su ejemplo, y quedando solamente con los boxers puestos, camino hacia ella. Listo para alcanzarla.

## Capítulo 12

Ya era noche cuando fui a dejarla a su casa.

Pasamos mucho tiempo en el agua antes de que decidiéramos salir a tomar un bocado debido a que habíamos terminado hambrientos. Por lo que arrasamos con todo lo que llevé.

—Espero que te haya gustado lo de hoy.

—Pensé que eso había quedado muy claro —dice mientras me colocaba los brazos alrededor del cuello, aprovechando la ventaja de estar en el escalón y así quedar a la misma altura.

—Sólo confirmaba —sonrió antes de besarnos—. Entonces, nos vemos mañana —le recuerdo una vez que alejo un poco la cara de la de ella.

—Sí. Mañana —vuelve a besarme, esta vez demorando más tiempo—. Nos vemos —ahora ella osa terminar el beso ganándose un gemido de protesta por mi parte.

—Nos vemos —le doy un último beso rápido antes de alejarme para que pueda entrar a su casa.

Después de asegurarme de que esté dentro, regreso al auto.

Me siento relajado, las cosas resultaron ir mejor de lo que había esperado. Y la reacción de Ángela después de ello... sólo puedo decir que fue increíble.

De nuevo siento que alguien me observa desde atrás cuando estoy a punto de abrir la puerta. De inmediato me giro para ver si esta vez lograba ver algo, otra vez, no había nadie.

Esto no me estaba gustando. En más de una ocasión me he sentido asediado, pero por más que lo pienso, la única explicación que encuentro es la culpa. Sólo que algo no se sentía bien. No sabía cómo describirlo, pero era como si tuviera un mal presentimiento sobre todo esto.

Meneo la cabeza para despejarla un poco antes de entrar en el vehículo.

*Ya estoy pensando puras estupideces.*

El problema es que la sensación seguía ahí. Reviso los espejos, el retrovisor, no había nadie. Me reconforto con que pronto llegaría a mi departamento y todo estaría bien.

Seguía repitiéndome lo mismo una y otra vez, sin lograr deshacerme de esta inquietud. No es hasta que cierro la puerta de mi departamento, que me siento un poco mejor.

Camino rumbo a mi habitación. Necesitaba un baño para relajarme por completo.

No es hasta que estoy dentro que veo una figura sentada en mi cama.

*Diablos.*

—Ya era hora.

Incluso oírla me hace retroceder un paso, no es hasta que reconozco la voz que respiro con alivio.

—Maite —suelto el nombre con un suspiro.

Todo este remordimiento me estaba convirtiendo en un cobarde, por lo visto. Antes, jamás me había pasado algo así.

—¿Quién más podría ser? —dice en tono de broma, pero sabía por su cara, que no estaba del todo de humor.

—No. Nadie.

Me dejo caer a un lado de ella en la cama. De repente me sentía exhausto.

*Debería intentar encerrar mi conciencia en algún lado si quería seguir con esto.*

Me froto los ojos que empezaban a cerrárseme.

Maite se acomoda detrás de mí y comienza a masajearme los hombros. Eso se sentía muy bien.

—¿Y qué tal te fue?

Claro que venía por eso. Ella estaba enterada de cuál era el propósito del paseo. Incluso podría estar sorprendido que no mostrara más animo debido a que era la más interesada en el asunto, si no estuviera tan cansado como para sentir algo más.

No es que no quisiera estar con ella por fin. Sólo que era obvio que era el único a quien le importaba lo que le estaba haciendo a Ángela.

Y ahí están de nuevo los remordimientos.

A este paso sería tan voluble como una mujer embarazada.

—Ella aceptó —me inclino un poco hacia al frente para que tenga un mejor acceso.

—¿Y cuándo es la boda? —la sonrisa podía notarse en su tono.

—No sé —meneo la cabeza mientras me masajea el cuello. Ni siquiera había pensado en ello. Sólo me había concentrado en la propuesta, no en fijar la fecha—. No lo hablamos aún.

—¿Qué? ¿Por qué no? —para mi desgracia, deja de masajear—. Tuvieron demasiado tiempo para hablarlo, o ¿qué otra cosa les pudo llevar todo el día? —pregunta con recelo.

Y es ahí cuando recuerdo que habíamos acordado vernos una vez hubiera dejado a Ángela en su casa, lo cual habían supuesto sería más temprano. Ahora entendía bien su mal humor. Pero ya que ella había dispuesto todo este plan, tendría que enfrentar todo lo que ello contraía.

—Tampoco es como si le hubiera hecho mi propuesta apenas salimos de su casa —me levanto—. También tuve que convencerla de aceptar a pesar del poco tiempo que llevamos juntos —ella hace una mueca al oír las dos últimas palabras.

Sí, ella debía enfrentar todo lo que conllevaba que tuviera una esposa, pero de ninguna manera le diría que habíamos estado haciendo toda la tarde.

—Ahora resulta que se hace del rogar —dice con desdén.

—No sabes lo que dices.

—¡Ah! —ahora está indignada—. Ahora resulta que la defiendes. ¿Es que te importa? —se cruza de brazos.

—No es lo que estás pensando. Sólo... que pienso que ya es bastante con todo lo que estamos haciéndole como para que encima hables así de ella.

—No me gusta que la defiendas.

—¡Y a mí no me gusta todo esto, pero aun así aquí estoy! Si vas a seguir peleando cada vez que las cosas no salen tal como quieres, lo mejor será dejarlo.

—Lo siento —ahora le da una mirada triste—. Sólo que también estoy tan tensa con todo.

—Pero de todas formas piensas seguir —ni siquiera necesitaba que lo dijera, ya sabía la respuesta.

—Sí —se levanta para acercarse y abrazarme—. Si con eso podremos estar juntos, claro que seguiré —se aleja lo suficiente para poder verme a la cara—. Nada podrá separarnos.

Pone las manos en mi cara buscando mi completa atención, la cual siempre tenía.

—Te amo, lo sabes, ¿verdad? —asiento—. Si supieras lo difícil que es para mí tener que compartirte. Saber que estas con ella. Me... duele. Pero sé que lo necesitamos para estar juntos, porque eres lo que más quiero, y deseo estar contigo sea como sea.

—Yo también te amo —digo sintiéndome más culpable.

—Tranquilo. Sólo no le des más vueltas —dice de nuevo esa frase, antes de besarme.



## Capítulo 13

Sólo se necesitaron poco más de un par de meses para organizar la boda. Por supuesto que al principio le sorprendió a Ángela tanta prisa, pero al final la había convencido. Incluso su padre se había atrevido a preguntar sobre lo acelerado del asunto, dejando implícita la pregunta de si se debía a algún embarazo no planeado. Pero después de que ella le dejara claro que eran lo bastante mayores como para saber bien lo que querían sin necesidad de “circunstancias” que los apremiara a ello, no volvió a cuestionarnos.

En un comienzo me sorprendió lo bien que Maite llevaba el asunto de la boda por la iglesia. Pero unos cuantos días antes, cuando le pregunté, ésta contestó que no le preocupaba, que sería mejor que cubrieran todas las bases. No hizo falta que mencionara el que en el momento que ella muriera, al ser viudo, podría volver a hacerlo, era más que visible en su cara.

Pero me había prometido que no pensaría nada sobre eso este día. Me concentraría exclusivamente en la mujer que se acercaba tomada del brazo de su padre.

Se lo debía.

Así que ahí estaba yo, un día a mediados de agosto, parado frente al altar esperando a que Ángela llegara hasta mí.

Sí había pensado que se veía hermosa en su vestido azul, eso no era nada comparado con ahora.

Ella lucía radiante en su vestido de novia, el cual se abrazaba a su cuerpo hasta la altura de la cadera para luego caer suelto hasta casi llegar al piso. Recordaba vagamente escucharla nombrar algo de sirena, y al verlo ahora, bien podría estar de acuerdo, ya que parecía una sirena en él.

Casi podría estar de acuerdo con eso que decían sobre que no había novia fea. Pero sabía bien que esto era algo sólo de ella. Algo inigualable.

Cuando su padre me entrega su mano, la tomo con fuerza antes de girar hacia el sacerdote que oficiaba la misa.

—¿Estás bien? —me pregunta Ángela en voz baja mientras el padre seguía con la ceremonia.

No sabía que mostrara lo contrario.

—Si —le contesto con el mismo volumen, dándole una sonrisa para tranquilizarla.

Sólo dejó pasar unos cuantos minutos, en los que podía sentir su mirada sobre mí, antes de que volviera a preguntar.

—¿Seguro? Porque te noto algo extraño.

—Sólo son los nervios.

—Ok. Sólo espero no vayas a salir corriendo dejándome con todos estos invitados —bromea logrando que se me escape una risa antes de poder detenerme.

—No, eso nunca —le guiño un ojo.

Antes de que pueda volver mi vista hacia el frente, donde el padre seguía hablando, de reojo percibo como alguien de mi lado se levanta dirigiéndose hacia la salida.

Esperando que no fuera Maite quien hubiera asistido, volteo un poco para tener una mejor vista, sólo que la joven era alguien que no conocía pero aun así me resultaba vagamente familiar.

En vista que no había ningún problema, regreso mi atención a donde debe estar.

Mi boda.

Ahora oficialmente estábamos de luna de miel.

Daniel me había llevado a Los Cabos, y me encantaba. Había dicho que ya como me gustaba la playa, y justo en una me había pedido matrimonio, qué mejor lugar para pasar nuestros primeros días como recién casados que aquí.

*No podría estar más de acuerdo.*

Acabábamos de llegar del aeropuerto, instalándonos en la suite presidencial.

El botones apenas sale después de dejar las maletas, cuando Daniel me levanta en brazos y me lleva hasta la cama, colocándose sobre mí, sin perder más tiempo.

Ya me podía ir olvidando de lo que tenía preparado para la noche de bodas. A este ritmo no tardaríamos en estar desnudos.

Me lo pondré después.

Todo lo demás podría esperar, excepto por algo en específico que no debía olvidar.

—Espera —apenas si logro decir en un pequeño momento de lucidez.

—¿Qué? —Daniel frunce el ceño. Estaba igualmente agitado que yo.

—La pastilla —intento sentarme, sólo que era difícil cuando él no tenía la intención de moverse—. Debo tomar la pastilla.

—Eso no importa —vuelve su ataque, ahora besándome el cuello, empezando a hacer su camino hacia mi oreja.

—Un bebé no está en mis planes aún —apenas si logro decir, pero no muy convincente.

Sabía que el mencionar bebés en una situación como en la que estábamos, bien podría enfriar un poquito las cosas por un momento, pero ya me encargaría de calentarlas una vez me hubiera ocupado de lo que debía hacer.

Aunque por lo visto a él no le importaba en lo más mínimo, ya que no dejaba de atormentarme con sus besos y caricias, haciendo difícil recordar lo que se suponía debía hacer.

—Ajá —dice sin importancia.

—Estás loco —es lo último que puedo lograr decir antes de que me quitara el vestido.

—Mucho.

## Capítulo 14

—Buenos días —Ángela susurra en mi oído, despertándome con un beso en la boca.

Al abrir los ojos la veo sentada a mi lado usando una de mis camisas.

—De haber sabido que así sería el matrimonio no hubiera tardado tanto en proponértelo —me estiro un poco.

—Todo dependerá de cómo te portes.

Vuelve a darme otro beso en la boca, sólo que esta vez estaba despierto por completo, así que la tomo entre mis brazos, rodando con ella hasta dejarla debajo de mí.

Las cosas comenzaban a ponerse interesantes, hasta que al estúpido celular se le ocurre sonar.

—No era para eso que habías invitado a los del trabajo —bromea cuando dejo salir un resoplido de frustración—, para que supieran que estarías de luna miel, y por lo tanto, no disponible.

—Eso creí —le sonrío antes de tomar el celular del buró.

Al ver el identificador me levanto haciéndole seña de que sólo me tomará un momento, antes de alejarme para contestar en el balcón.

—¿Bueno?

—Hola amor —dice Maite.

—Hola. ¿Qué pasó? —pregunto sin dejar de estar al pendiente de donde se encontraba Ángela. No quería correr el riesgo de que escuchara algo.

—Sólo que te extraño.

—Igual yo.

Se siente tan extraño responderle mientras mi esposa me esperaba al otro lado de la habitación.

Ángela me atrapa viéndola, así que le sonrío y hago como si la llamada fuera un fastidio.

—Me muerdo de celos sabiendo que estás con ella en estos momentos.

—Mira, a mí tampoco me gusta esto...

—Pero sé que al final todo saldrá bien, y podremos estar juntos —me corta de inmediato con su tan recurrente frase, que cada vez sonaba más vacía para mí.

—Sí —sabía que sería inútil discutir, y menos en estos momentos.

—Vuelve pronto. Nos vemos.

—Adiós —cuelgo.

Lo último que necesitaba para avivar el ambiente era un recordatorio de todo lo que me esperaba.

Así que regreso al interior, donde mi esposa seguía recostada en la cama, sólo que necesitaba un baño para despertar del todo.

—¿Todo bien? —pregunta cuando ve hacia donde me dirijo.

—Sí. Sólo unos detalles, ya sabes cómo es esto —le digo abriendo la puerta del baño—. Deberíamos salir a almorzar. ¿Qué se te antoja?

No esperé por su respuesta antes de cerrar la puerta, pero si logré ver el resoplido de decepción que ella da sin que supiera que la observaba.

Sabía lo que eso significaba. El momento se había perdido.

Al regresar a la habitación, de inmediato me dejo caer sobre la cama. Mis pies me estaban matando.

Habíamos acordado que hoy iríamos a conocer los lugares que nos habían recomendado en la recepción. Sabía que sería mejor hacerlo los primeros días antes de que la idea de recostarse en la arena nos hiciera olvidarnos de la oportunidad de recorrer la ciudad.

Daniel, por su parte, hace lo mismo que yo, quedando recostado a mi lado.

—¿Cansada? —pregunta.

—Definitivamente —asiento.

—¿Muy cansada? —pregunta ahora con voz sugestiva, y por si no me hubiera quedado claro el mensaje, con sus dedos recorre mi brazo.

Giro la cabeza para verlo, y sólo eso me basta para estar del mismo humor. Había veces en las que sentía que no podría negarle nada a este hombre.

—No tanto —le sonrío después de girarme hacia él.

Como si fuera un resorte, de inmediato se lanza hacia mí, eliminando cualquier espacio que hubiera entre nosotros. Pero antes de que lograra hacerlo, me levanto en busca de mi maleta.

Aún no habíamos tenido tiempo para desempacar, así que casi todas las cosas, a excepción de las que requerimos esta mañana como la ropa que llevábamos y los útiles de aseo personal, seguían guardadas.

—¿Qué haces? —dice de rodillas sobre la cama mientras me veía escarbar en la maleta.

—Sólo me tomará un minuto —le aseguro.

De inmediato encuentro las pastillas anticonceptivas, ya que las había puesto en un compartimiento especial para su fácil acceso.

Voy por un vaso de agua, pero Daniel interfiere en mi camino.

—¿Qué haces? —estaba parado justo enfrente, bloqueándome el paso.

—Sólo voy a tomarme la pastilla —contesto mostrándole la caja de los anticonceptivos.

—No los necesitas —trata de tomarlos pero los alejo.

—¿De qué hablas? Claro que los necesito —no muy segura de sí estaba bromeando o no.

—Sólo digo que no tenemos la necesidad de ello.

No tenía ni idea de lo que hablaba. Y el que se viera tan tenso, como si algo no me estuviera diciendo, no ayudaba.

—Mira, estuvo bien para jugárnosla una noche, pero no más.

—¿Y qué si ya estas embarazada? Al tomarte la pastilla afectarías al bebé.

—No lo estoy.

Debido a que era muy exacta, sabía bien que no había peligro. No estaba en esa etapa específica, pero de todas formas era mejor estar precavida por lo que no me arriesgaría a que tuviéramos sexo sin tomar todas las medidas necesarias para evitarlo.

—¿Estás segura?

—Sí. Soy muy exacta y no había peligro. Sólo no quiero correr ningún riesgo. Un bebé no está en mis planes ahora.

Intento pasar por un costado de él.

—¿Y qué pasa si está en los míos? —dice así sin más, mientras vuelve a bloquearme.

—¡Qué!

*¿Un bebé? Tiene que estar bromeando.*

—¿Que qué pasa si está en mis planes? —repite.

—¿Cómo? ¿Ya quieres tener hijos?

Ahora era cuando me arrepentía de no haber tenido el tiempo para hablar sobre éste tema antes. Sólo que, simplemente, no imaginé que él los querría de inmediato.

El hombre estaba enfrascado en su trabajo, y sabe que adoro el mío. Jamás se me cruzó por la cabeza que pudiera estar pensando en ello justo ahora.

—Sí. Sé que no lo discutimos antes... —dice como si me leyera la mente, lo cual supongo no sería difícil de entender después de la cara que imagino tengo en estos momentos.

—Pero es muy pronto para ello. Apenas nos acabamos de casar. Quiero disfrutar esto más antes de que tengamos familia.

Me sentía completamente desconcertada.

Era demasiado pronto.

Una cosa era precipitarse para casarse. A fin de cuentas estaba segura de que eso era lo que quería, no importaba si pasaba antes o después de lo que pensaba. ¿Pero un hijo?

Eso era diferente.

Había varias cosas que quería hacer antes de ser responsable de alguien que dependería completamente de mí.

No estaba lista.

—Podríamos tenerlo después —argumento.

—Lo sé. Pero mira... mi papá ya está viejo, lo sabes —asiento, porque, ¿qué más podría decir?—, y uno de sus más grandes deseos es verme con un hijo. Sé que debí decírtelo antes, sólo que el tiempo se nos vino encima, la boda, todo; y no tuvimos la oportunidad de discutirlo.

—Es que es demasiado pronto —me oigo decir en voz baja, no muy segura de saber si me estaba dirigiendo a él o a mí misma.

—Lo mismo decías de casarnos, y que yo sepa, no nos ha ido tan mal —trata de bromear pero en estos momentos no tenía gracia para mí.

Entendía su punto. Pero también estaban hablando de responsabilidades que aún no quiero tener.

—Mira —digo tras tomarme un largo respiro—, ¿qué te parece si por el momento no decidimos nada? Disfrutemos estos días, y ya que regresemos lo discutimos, ¿qué dices?

—De acuerdo —cede.

—Bien.

—Bueno, voy a darme una ducha.

—Sí —asiento.

Al marcharse Daniel, veo la caja que mantenía en mis manos con decepción.

*Definitivamente no pasaría nada esta noche.*



## Capítulo 15

—Por fin en casa —me dejó caer en el sofá más cercano, en la sala.

Volvimos al departamento, en el cual acordamos vivir durante un tiempo, antes de considerar tomar la casa familiar o comprar una nueva. Era muy espacioso para nosotros, y para cualquier otro que pudiera venir. Así que no había problema con ello.

—Pensé que te había gustado el viaje —dice Ángela al sentarse a un lado.

—Claro que me gustó, sólo que odio los traslados.

Le doy un beso rápido, pero ella tenía otros planes, así que tan pronto estoy a punto de separarme, Ángela sujeta mi nuca, no dejándome escapar.

A veces me sorprendía lo equivocado que estaba con ella. Me había parecido muy seria cuando la conocí, del tipo que jamás tomaban la iniciativa. Que gran equivocación.

Apenas me había atrapado en un beso que prometía ser de esos largos que terminaban de una forma más... satisfactoria, suena el teléfono.

Tenía una buena idea de quién podría ser.

Maite me había interrogado tanto sobre el día como la hora en la que volveríamos. Por lo que no necesitaba ser un genio para saber de quién provenía esa llamada.

Así que, sin más remedio, me levanto y me alejo para contestar con la excusa de que era mi padre.

—¿Bueno?

—¿Qué tal el vuelo?

—Bien. Acabamos de llegar.

—¿Vas a venir a verme?

—No creo que ahora sea un buen momento.

—¿Por qué no? A mí me parece perfecto después de dos semanas de no verte. Tal vez tú no te sientas igual pero yo sí te extrañé.

Suspiro.

En serio que a veces me sentía manipulado.

—Si, tienes razón. En unos minutos llego.

—Bien, te espero —contesta de manera tan feliz que no puedo evitar sonreírle de vuelta.

—Sí.

Al colgar veo a Ángela con la cabeza recargada en el brazo que tenía sobre el respaldo, dándome esa mirada de “así que no va a pasar nada”.

—Era mi papá. Dice que si puedo ir a verlo.

—Bien —dice conforme, pero no muy feliz—. ¿Quieres que te acompañe?

—No. Seguro vamos a estar hablando de trabajo y te vas a aburrir. Mejor quédate y descansa.

—De acuerdo.

Le doy un beso antes de ir hacia la puerta.

—Es posible que tarde en regresar —le digo deteniéndome un momento—, así que no te preocupes, no necesitas esperarme despierta.

—¿Estás seguro?

—Sí. Seguro estás cansada con el viaje. Deberías dormir.

—¿Y tú?

—Ya lo haré después. No hay problema, ya estoy acostumbrado.

Ella asiente, y es todo lo que necesito para retirarme.

—Hola.

—Hola —contesta Maite antes de dejarlo pasar.

Apenas estoy dentro, ella cierra la puerta a nuestras espaldas y se cuelga de mi cuello con un apasionado beso de bienvenida.

—Te extrañé demasiado —dice entre besos.

Era bueno estar de vuelta. Necesitaba esto para enfocarme en mis propósitos. Me recordaba el por qué, o más bien dicho, el por quién valía toda esta situación.

La necesitaba.

Necesitaba estar así con ella para centrarme. Volver al camino que habíamos trazado, y no olvidar cuál había sido mi elección.

Eran casi las 3:00 de la madrugada cuando regreso a mi habitación. Junto a mi esposa. La cual se hallaba dormida en su lado de la cama.

Era difícil no observarla y sentirme como un gusano.

Claro que había arreglado las cosas para evitar que mi padre pudiera arruinar mi coartada, diciéndole que habíamos llegado bien y que estaríamos terminando de acomodar las cosas de Ángela durante el día, no sin antes prometerle que cenaríamos con él al día siguiente; por lo que estaba seguro que no se había puesto en contacto.

Pero había veces que me daban ganas de que ella averiguara todo.

Intento invocar la frase cada vez más odiosa que Maite me daba en estos casos de remordimientos: “Deja de pensar en eso”, “hazlo por nosotros”. Sólo que seguían sin hacer efecto, como siempre.

Mejor opto por dejar de verla y girarme, dándole la espalda para poder dormir.

*Sí, es mejor no pensar en ello.*

—¿Y a qué hora llegaste?

Estábamos almorzando en la cocina.

Por supuesto, ella se había levantado antes y se había puesto a prepararme el desayuno. Había sido agradable despertar y tenerlo listo en la mesa, esperando por mí.

—A las 3 más o menos —contesto antes de tomar otro bocado.

Una de las formas más efectivas de no ser descubierto era decir lo necesario pero verdadero. Sólo se trataba de omitir lo que no querías que supiera, así te apegabas lo más posible a la realidad, dificultando que te atraparan en alguna mentira.

—Wow. Sí que te dejaron algo de trabajo —sólo le sonrío como si fuera algo normal que sucediera este tipo

de cosas—. Seguro que tu papá no te vuelve a dejar casarte con tal de que no te tomes otro par de semanas como éstas.

Casi me ahogo con la comida, logrando que ella tenga que darme unas cuantas palmadas en la espalda.

—Sí, verdad —digo después de tomar un trago de jugo para calmar la tos.

—Espero que no tengas que ir de nuevo —hace ese puchero donde sacaba el labio inferior, como lo hacen las niñas pequeñas—, es fin de semana.

—No —ríó al ver su cara—, hoy no.

Ahora estaba sonriendo, satisfecha.

—Antes de que se me olvide —digo entre bocados —, mi papá nos invitó a cenar a su casa.

—Bien. Sería buen momento para regañar a mi suegro por retenerte hasta altas horas de la madrugada —se levanta por hielos.

Me congelo.

Soy un idiota por no haber pensado en esa posibilidad antes. Debí haber quedado otra noche con él, y no justo la siguiente a nuestro supuesto encuentro.

—Sólo bromeaba —dice al regresar a su lugar, ni siquiera se había dado cuenta de mi reacción—. Sé que han estado muy ocupados con sus cosas, y después de estos días no puedo quejarme porque me quite un poco de tu atención —me guiña un ojo.

—Muy graciosa —le sonrío aunque no muy convincente—. Hablando de él, ¿qué has pensado sobre lo de cuidarnos? —pregunto mientras sigo comiendo, ya que era una excusa para no verla directo a los ojos en este momento. Resultaba incómodo.

Puedo escuchar el suspiro de Ángela.

—Sí, pues con eso... ¿qué te parece si nos esperamos un año?

—¿Un año? —esta vez busco ver su rostro.

—Sí—antes de que le alegue, prosigue—. Claro que entiendo tu punto, pero un año se pasa rápido y así, en ese tiempo, ya estaríamos más estables en cuanto a esto del matrimonio, ¿no crees?

La estudio por un momento. En su cara podía ver su determinación. No estaba dispuesta a dar su brazo a torcer sin otra explicación, la cual no tenía.

Últimamente sentía que me estaba dejando manejar demasiado fácil por las mujeres.

Cuando sólo creía que había una que podía convencerme a hacer lo que no imaginé, ahora hay otra que también empieza a doblegarme.

Lo que me recuerda.

*Maite me va a matar.*

Pero ella tenía razón. Esperaríamos.

Justo eso estaba a punto de decir cuando suena el teléfono.

—Yo contesto —dice de inmediato Ángela levantándose antes de que pudiera detenerla.

—¿Bueno?... ¿Qué onda Carmen?... Si ayer llegamos...

Tan pronto escucho esas palabras, puedo respirar tranquilo, para que unos minutos después recuerde lo tonto que he sido porque Maite sólo llama a mi celular. En especial ahora que estoy casado.

Sigo con mi plato, dejando de prestar atención en lo que decía, para pensar en lo que haría esta noche para salir sin problemas.



## Capítulo 16

Llegamos a la puerta de la famosa casa de la familia Montreal, donde Julio nos recibe de inmediato.

Una gran casa construida dos generaciones antes de mi abuelo. Según él, su ancestro había pensado que mudándose a este continente podría escapar de la maldición que los perseguía, después de haber contraído matrimonio. Sólo que el cambio no fue suficiente.

Casi un año después de haber nacido su hijo, su esposa contrajo fiebre y duró menos de un mes.

—Bienvenidos —abraza primero a Ángela y luego a mí—. Me da gusto verlos.

Ángela frunce el ceño con desconcierto, así que antes de que pregunte algo, me adelanto.

—Te dije que la traería —digo mientras coloco la mano en su espalda para que avancemos.

—Sí —contesta sonriendo—. Pero pasen, la cena está lista.

Avanzamos hacia el comedor, que se componía principalmente de una gran mesa para diez. La cual, por lo general, estaba casi vacía.

Aún recordaba cuando era pequeño y sólo estábamos mi abuelo, mi padre y yo para cada comida. De alguna forma eso sólo hacía más triste el momento. Sólo me bastaba ver el resto de las sillas desocupadas para pensar en las que no estaban.

Cuando mi abuelo falleció, le había insistido a mi padre en comer en la cocina, no necesitaba ver más sillas abandonadas, pero éste se reusaba diciendo que para eso estaba.

Lo cual podría explicar el por qué el comedor de mi departamento, que aunque obviamente era más pequeño, había estado sin usar hasta que se mudó Ángela.

No me imaginaba explicándole por qué no me gustaba usarlo. Así que me acostumbré a hacerlo.

No había sido tan difícil como pensaba.

Tomamos nuestros lugares, listos para comenzar.

—¿Y ya terminaron de establecerse en el departamento? —pregunta mi padre.

—Aún faltan algunas cosas, pero casi todo está listo —contesta Ángela.

*Esta cena será mi infierno personal.*

—¿Y están a gusto? ¿No se ven apretados ahora que son dos?

—Papá —era hora de interferir—, el departamento es muy amplio, incluso para nosotros dos.

—¿Estás seguro? Porque bien podrían venir aquí. Hay demasiado espacio para todos.

*Mi infierno en muchas maneras.*

—Ya lo hemos hablado antes. Necesitamos nuestro propio espacio.

Ángela estaba silenciosa, tratando de no mirar demasiado hacia nosotros. Pero cuando el silencio, aunque era breve, empieza a sentirse incómodo, trata de intervenir.

—Eso dice ahorita, seguro que cuando seamos más no dirá lo mismo.

—¿Más? —pregunta su padre desconcertado.

—Ya sabe, cuando aparezcan algún nieto o dos.

—Nietos —dice mirando a su hijo significativamente—. ¿Y cuántos piensan tener?

La pregunta, obviamente iba dirigida a mí.

—Si lo que te preguntas es si está embarazada —se me ocurre decir, pero estaba seguro que en el momento en que estuviéramos solos me pediría una explicación—, la respuesta es no. Todavía hay tiempo para eso, ¿verdad?

—Sí. Todavía hay tiempo.

Estaba en el despacho observando las fotos que tenía Julio sobre el escritorio.

Después del momento tenso que habíamos pasado en un principio, las cosas mejoraron al tomar temas más triviales, evitando caer en las mismas discusiones.

Una de las fotos mostraba a un hombre muy mayor con un jovencito de tal vez unos 10 u 11 años de edad, no más, sentado sobre sus piernas.

El pequeño no podría ser otro más que Daniel. Tenía casi las mismas facciones que actualmente, sólo que

más redondeadas, mostrando un poco del hombre guapo que llegaría a ser.

—Tu abuelo —digo tomando la foto.

—Sí —confirma Daniel, antes de rodearme con sus brazos por la espada—. Éramos muy unidos.

Volteo a verlo.

La nostalgia que había percibido en su voz podía verla en su rostro mientras miraba la foto.

—Esa foto fue tomada unos meses antes de que enfermara y muriera.

—¿Cuántos años tenía?

—72.

Observo de nuevo la foto.

El hombre aparentaba más edad. Aunque si me fijaba bien, podía ver que se debía más a esa postura que mostraba, como si cargara todo el peso del mundo sobre sus hombros.

Me pregunto si se debía al estar al mando de una empresa tan importante como la que manejaban. Seguro tener tanta gente a sus órdenes era una gran responsabilidad.

En la actualidad no era novedad saber que el estrés causaba ciertos estragos, los cuales incluía un desgaste físico.

Y ahora me pregunto si eso mismo pasará con Daniel. No sé bien la edad de Julio como para saber si lo mismo ocurre con él.

—Imagino que has de haber sido un niño muy mimado por él.

—Algo así —sonríe un poco, pero la tristeza permanece en sus ojos.

—Demasiado diría yo —es Julio que entra después de haber atendido una llamada—. Siempre le seguía la corriente ante cualquier disparate que se le ocurriera. Sólo había una cosa en la que no estaba de acuerdo con él —dice viendo a su hijo.

—¿Y cuál era?

—Daniel estaba convencido que jamás se casaría.

—¿En serio? —giro hacia el susodicho.

—Sí —contesta Julio—. Él aseguraba que nunca lo haría.

—Era sólo un niño —se excusa Daniel—. Pero fuera de eso, mi abuelo siempre creyó en mi buen juicio.

—Buen juicio dices tú.

El hombre se sienta en uno de los sillones, después de que les indica que hicieran lo mismo frente a él.

—Aún recuerdo la vez que fui a la escuela por Daniel aprovechando que había tenido oportunidad de hacerlo —prosigue—, sólo para que me dijeran que se había reportado enfermo y no había asistido. Claro que al llegar a casa, y al no ver a nadie, me comuniqué con mi padre para saber lo que había pasado —no pudo evitar sonreír—. Mi padre se lo había llevado a una feria que tenía poco de haber llegado, y todo porque el niño había insistido en que era el único que no había ido.

Daniel se encoge de hombros a su lado.

—Era verdad. Todos habían ido de inmediato el fin anterior menos yo.

Observando a ambos hombres, podía ver ese cariño que existía, pero también había cierto recelo, algo que

impedía que su relación fuera más cercana. Parecía como si una barrera estuviera entre ambos.

Una vez le había preguntado sobre ello a Daniel, pero él sólo dijo que no era gran cosa, y que sólo tenían diferentes formas de pensar.

Así que en vista de que no le gustaba hablar del asunto, lo dejé en paz.

*Espero que con la idea de un nieto, las cosas puedan cambiar.*

## Capítulo 17

—Así que no le has contado.

Podía ver el reproche por más que quisiera mantener su cara impassible.

Ángela se había disculpado por un momento, por lo que mi padre no desaprovechó la oportunidad.

Ya me había imaginado que algo así pasaría después de que éste se diera cuenta de la ignorancia de mi mujer sobre todo lo que sobrevénia con formar parte de nuestra familia.

Aunque también quien podría culparlo. Por años juré y perjuré que jamás sometería a una mujer a un destino como este. Y a pesar de que había estado de acuerdo con la boda, porque sabía, en cierta forma, que terminaría por ceder ante alguien, no le parecía para nada el hecho de que no le hubiera advertido antes de desposarla.

—No —bajo la mirada al no poder sostenérsela.

—¿Piensas ocultárselo hasta el último momento?

—Sólo... aún no he encontrado la forma de decírselo.

—¡Eso debió ser antes de que se casaran, no ahora!  
—con su tono podía darme cuenta que estaba perdiendo la paciencia, pero intentaba mantener el volumen bajo, gracias a Dios. Lo que menos necesitaba es que Ángela se enterara de esta forma.

—Sí, lo sé...

—No puedes arriesgarla de esa forma, no sin que esté consciente de ello. Y luego eso de que piensan tener hijos pronto —niega con la cabeza—. Debes hablar con ella de inmediato.

—Ella es de las que piensan que hay que arriesgarse y no dejarse detener por el miedo —era una excusa muy pobre, lo sabía.

—Sí, pero en cuanto a nuestras propias decisiones, no las que otros tomen por nosotros —toma aire—. Una cosa es que tomaras el riesgo de que te abrieras a una relación consciente de las consecuencias, pero no pasando sobre ella.

—¿Qué piensas decirle cuando ella quiera tener hijos?, lo cual no parece ser en un tiempo muy lejano —después del comentario de Ángela durante la cena, era normal que pensara que la idea venía de ella—. ¿Qué excusa le vas a inventar? ¿Por cuánto tiempo podrás mantenerla? ¿Y si queda embarazada, cómo se lo explicarás? ¿O es que sólo vas a dejar que pase sin decirle hasta que tenga el tiempo contado, o incluso ni así?

—Lo haré, de acuerdo. Pero será a mi manera —trato de convencerlo—. Sólo por favor, deja que lo haga yo.

Julio iba a hablar cuando escuchamos que Ángela regresaba.

—Bueno, pues ya nos vamos —me levanto.

Puedo ver el desconcierto de Ángela mientras veía de uno a otro, seguro preguntándose si había pasado algo entre nosotros, pero no hizo comentario alguno.

—De acuerdo —es lo único que dice.

Mi padre también se levanta para acompañarnos hasta la puerta, donde le da un abrazo a mi esposa.

—Me dio mucho gusto que vinieras. Eres libre de hacerlo cuando quieras.

—Gracias.

—Hijo —me abraza también, pero de una forma más fría.

—Regresaremos pronto.

—Sí. Eso espero.

Aún percibía la crítica en su rostro mientras lo observaba alejarse.

Estaba en el cuarto, quitándome los accesorios frente al peinador.

El viaje de regreso de la casa de Julio fue muy silencioso. Intenté averiguar qué había ocurrido entre ellos mientras no estuve presente, pero Daniel negó que hubiera pasado algo, asegurando que todo se encontraba bien. Sólo que si eso era verdad, cómo explicaba la decisión tan repentina de irse cuando había planeado regresar tarde.

Su relación era tan diferente a la que tenía con mis padres. Espero que no se deba al dinero porque no me gustaría que termináramos en una situación similar.

Tal vez se debía al haber perdido a su madre a tan temprana edad. A veces ese tipo de cosas podía unir o

alejar a las personas. Y claramente en su caso había ocurrido lo segundo.

Pero luego eso me lleva a recordar la plática que tuvimos en el estudio acerca de su abuelo.

El hombre había sido ya grande cuando conoció a su nieto, y sólo lo disfrutó poco tiempo, pero al menos tuvieron la oportunidad de pasar esos momentos juntos. Que de acuerdo a la mirada que percibí en mi esposo, fueron muy importantes en su vida.

Eso era algo a considerar.

—¿Qué tanto piensas?

Estaba tan distraída con mis pensamientos que la voz de Daniel había logrado sobresaltarme.

Cuando me doy la vuelta para verlo sentándose en la cama desde el otro lado del cuarto. No me quedan más dudas.

—Sólo estaba pensando en que tanto tu padre como el suyo eran grandes cuando tuvieron hijos.

—Sí —contesta mientras se mete entre las sábanas—. Los negocios son algo absorbentes.

—Sí, supongo.

Me siento a su lado.

—Oye, ¿y eso de que de niño decías que no ibas a casarte? La mayoría sólo dicen que no les gustan las niñas —le sonrío divertida—, pero eso del matrimonio, pues...

—Sólo cosas de niño —se encoge de hombros.

—¿Y cuándo te diste cuenta que ya éramos “dignas” de que el señor Daniel Montreal reconsiderara su decisión? —digo en mi pose petulante.

—No hace mucho —no parece de ánimo para seguirme el juego.

—¿No? —me siento sobre mis pies, un poco más seria.

—Había tomado esa decisión porque no quería pasar lo mismo por lo que habían pasado mi papá y mi abuelo —me ve por fin—. Los dos perdieron a sus esposas quedándose al cuidado de un hijo pequeño. Mi abuela murió al caer de unas escaleras, mi madre al darme a luz —no sabía si abrazarlo o dejar que sacara todo antes—. No te imaginas lo difícil que es ver la tristeza en ellos cada día. El tener que lidiar con su duelo al mismo tiempo que reconfortarte.

—¿Jamás consideraron el volverse a casar?

—No. Jamás las olvidaron. La culpa no los dejó. Se encerraron en el trabajo y en continuar por sus hijos.

—Pero ellos no tenían la culpa...

—Ángela, podríamos sólo dejarlo —me interrumpo—. No me gusta hablar sobre esto.

—De acuerdo —comprendo y lo abrazo, tratando de reconfortarlo de alguna manera—. Pero si en algún momento quieres hablarlo, sabes que cuentas conmigo —le digo al oído.

Daniel no dice nada, pero corresponde al abrazo.

Cuando siento que la tensión por fin lo abandona, me alejo sólo lo suficiente para poder verlo a la cara.

—Quiero hacerlo —le digo tomándole la cara entre mis manos—. Quiero que tengamos un hijo —aclarando cualquier duda sobre a lo que me refiero.

Sigue sin decir nada, pero asiente y me vuelve a abrazar, esta vez más fuerte.



## Capítulo 18

Estaba en la oficina, pero no podía concentrarme. Me sentía demasiado agotado como para poder centrarme en los papeles que tenía enfrente.

Me paso las manos por la cara como si así pudiera reaccionar, pero ni las tres tazas de café que había tomado estaban surtiendo efecto. Tendría que ir por una cuarta.

Cuando el celular suena, ni siquiera recuerdo revisar quien era antes de contestar.

—¿Bueno?

—¿Puedes hablar? —dice Maite.

—Sí, estoy solo.

Apenas lo digo me doy cuenta de mi equivocación.

—Estoy harta de todo esto —comienza a quejarse—.

Se me está haciendo eterno. No puedo estar contigo, sólo podemos vernos a escondidas y por muy poco tiempo, porque tu tiempo es más para esa que para mí.

—No puedo hacer más —me froto la sien, estaba comenzando a dolerme la cabeza. No estaba en condiciones para tener esta llamada.

*Debí haberme fijado quien era antes de contestar.*

—Sí, ¿crees que no estoy consciente? Por supuesto que lo estoy, pero se suponía que para estas fechas ella ya estaría embarazada.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que la encierre todo el día para pasármela sobre ella hasta que lo logremos?

—No digas eso —dice como si la hubiera lastimado—. Me duele saber que estás con ella como para encima escucharlo de ti.

—Sabías lo que todo esto implicaba.

—Sí, pero no tenía idea de que lastimaría tanto.

—Entonces deberíamos dejarlo. Terminemos con esto.

—No podemos, ya hemos logrado demasiado como para abandonar.

—No creo poder seguir así —apoyo la frente en la mano. De repente se sentía tan pesada.

—Claro que puedes. Hazlo por nosotros —cuando no digo nada, prosigue—. Te amo.

Quería decirle lo mismo, enserio que sí, pero sentía demasiado peso sobre mí. Recuerdo las cosas que le dije a Ángela, fue como si hubiera querido darle pistas para que se diera cuenta sobre lo que pesaba sobre todos nosotros. Una manera de advertirla.

Toda esta situación estaba acabando conmigo. Ya no me sentía el mismo hombre de siempre, sino una versión más enferma y vieja.

—Viene alguien, tengo que colgar —digo en su lugar, antes de finalizar la llamada.

Me levanto y voy por esa otra taza de café, a ver si el trayecto sirve para distraerme un poco.

Apenas llego al departamento, me dejo caer directo sobre el sofá.

Estoy muerto. Incluso considero la opción de quedarme aquí, ya que no creo tener la energía suficiente para ir hasta la habitación.

Así que cierro los ojos, intentando dormir. Sólo que un momento después siento como si estoy siendo observado, por lo que, muy a mi pesar, levanto la cabeza con la esperanza que no fuera nada, pero para mi buena suerte, era Ángela quien estaba parada frente a mí.

En otras circunstancias, le hubiera dicho mi decisión de dormir en el sofá, pero debido a que me doy cuenta de lo que vestía, lo cual consistía en unos jeans muy ajustados y un top negro, así como el cabello que lucía un poco rebelde pero con forma; que otras palabras son las que termino por decir.

—¿A dónde vas? —era obvio que pensaba salir. No me había mencionado que saldría, y menos vestida así.

—Vamos al concierto, ¿recuerdas? —sonríe mostrándome las entradas, pero al ver la duda en mi cara, su ánimo decae un poco—. Te lo dije el fin pasado. Que había conseguido las entradas para hoy.

—Sí —contesto recordando el asunto—. Sólo que hoy no tengo ánimo para eso. Ve con alguna amiga.

—El punto es que iríamos nosotros.

—En serio que no puedo. He tenido mucho trabajo, sólo necesito tirarme a descansar.

—Lo que realmente necesitas es distraerte, has estado tan concentrado en el trabajo que apenas si has salido, y esta es muy buena forma de hacerlo —me toma de

la mano, tratando de tirar de mí—. Te aseguro que te va a servir. Necesitas desestresarte.

—¿Y lo voy a lograr en un concierto?

—Por supuesto —vuelve su sonrisa pícaro—. A mí me ha funcionado.

Sonrío por primera vez en todo el día.

—¿Eso es un sí?

—De acuerdo —me levanto sin mucho ánimo—.

Sólo deja tomo un baño rápido.

—Sí.

Sólo consigo un beso antes de que me apure para que me dé prisa

Tan pronto estuve listo, nos fuimos de inmediato para llegar a tiempo, no regresando hasta entrada la madrugada.

Y quién lo diría. Ella había tenido razón.

Aunque al principio sólo quería estar sentado mientras que mi esposa gritaba y bailaba cada canción que tocaban, no fue hasta que me convenció de hacer lo mismo, que realmente me relajé.

En un principio se sentía extraño sólo estar parado cuando no había necesidad de agotar mis pies teniendo nuestros asientos ahí, listos para ser usados. Pero poco a poco fui agarrándole el gusto.

No cantando a todo pulmón como lo hacía Ángela, pero al menos bailaba un poco con ella.

Era casi como si me hubieran inyectado un poco de adrenalina. La cual no cesó al finalizar la noche.

Así que cuando llegamos al apartamento, ambos nos sentíamos tan eufóricos, que apenas si tuvimos tiempo para

cerrar la puerta, abalanzándonos uno hacia el otro, usando la pared como apoyo.

Avanzamos a pasos ciegos, dirigiéndola hacia la cama, agradecido de conocer tan bien la casa que no había peligro de tropezar.

Me sentía tan necesitado, que era difícil no terminar desgarrándole la blusa de una vez. Los dos estábamos muy ocupados tanto en nuestras propias ropas como en las del otro, hasta que por fin logramos deshacernos de ellas, para mi gran alivio.

Sin nada más de por medio, nos concentramos uno en el otro hasta no poder más.

Aún no amanecía y ya estaba despierto, observando a la mujer que dormía a mi lado.

Mi esposa.

La mujer que me había aceptado sin estar consciente de mis planes.

Con esto en mente, ya no puedo seguir aquí, viéndola, así que me levanto y voy al baño.

Me hecho un poco de agua en la cara para ver si puedo borrar un poco los fantasmas que parecían haber esperado a que se me pasara el efecto de la adrenalina, y así volver para abrumarme.

—¿Qué pasa contigo? —le digo a mi reflejo—. ¿Qué diablos estás haciendo? ¿En qué demonios estás pensando?

Sacudo la cabeza. Ahora hablo con el espejo. Esto era tonto. Así que me alejo.

Necesitaba algo que me impulsara a seguir. Algo que me recordara que había un propósito en esto. Algo que valiera la pena.

Por lo que regreso a la habitación para tomar mi celular, que si más no recuerdo, seguían en los pantalones que había arrojado a un lado de la cama. Todo con el menor ruido posible.

Una vez en mi mano, me voy a la sala para hacer mi llamada. Esa de la que tanto dependía en estos momentos.

—¿Bueno? —contesta adormilada.

—Maite —digo casi con un suspiro, había dudado si contestaría a estas horas.

—¿Qué pasó? —pregunta después de un bostezo—. ¿Hay alguna novedad? ¿Ya está embarazada? —dice un poco más despierta.

*¿Y había pensado que esto me ayudaría?*

—¿Daniel? ¿Sigues ahí?

—Sí. No es nada, sólo... sólo te extrañaba y quería oírte.

—¡Ay amor!, yo también te extraño.

—Bueno, será mejor que cuelgue —me paso una mano por el pelo sin nada más que hacer—. Descansa.

—Igual tú —me manda un beso antes de colgar.

Por lo visto, no había sido suficiente para aquietar mi ansiedad, en cambio parecía haber crecido.

Camino de un lado a otro por la estancia, sin tener la menor idea de qué hacer. Sentía que toda esta situación estaba afectando mi cabeza. Ya no sabía ni qué era lo que en realidad quería.

De pura frustración, lanzo el celular hacia el sofá. El cual rebota y cae al suelo. Me limito a observar cómo se desliza, sin la menor intención de recogerlo, cuando algo parece moverse a mi izquierda, cerca de las puertas que dan a la terraza.

Sin siquiera pensarlo, giro hacia el lugar sin tener idea de que justo ahí encontraría una mujer que me observaba desde la terraza. Una que, extrañamente, sentía que conocía aunque no sabía quién era.

El hecho de que estuviera ahí, cuando hace un momento no estaba no era tan perturbador como lo era su mirada vacía, y no conforme con eso, su sonrisa te hacía sentir como si se burlara de ti, como si supiera que algo vendría y no te gustaría.

Una sensación de terror recorre mi cuerpo, dejándome congelado en mi lugar. No había otro sonido más que el crepitar de mi corazón. Mi respiración comienza a agitarse, temiendo.

Ella sólo sonríe un poco más.

Me sentía impotente, no podía moverme. No es hasta que siento una mano posarse en mi hombro, que salgo del entumecimiento.

—Lo siento. ¿Te asusté? —pregunta Ángela parada junto a mí, vistiendo una bata.

—No —sacudo la cabeza—. Sólo estaba pensando. Nada importante.

No quería asustarla. Y menos debido a que sabía quién era esa mujer. O espíritu. Como sea que le llamen.

—¿Pero estás bien? Te ves un poco inquieto.

—Sí, estoy bien —le sonrío para tranquilizarla.

—¿Sigues cansado? —sé que no la he convencido del todo, pero al menos ahora había un brillo diferente en su mirada.

—Un poco.

—Así que después de todo sirvió que te distrajeras. Como yo te dije.

—Si. Tú tenías toda la razón.

—Ves —me pone los brazos alrededor del cuello—. Deberías escucharme más.

—Tienes toda la razón —le doy rápidamente un beso—. Ahora, ¿qué te parece si regresamos a la cama a dormir?

—Si, deberíamos.

Ángela se va primero, ya que debía recoger el celular.

Cuando lo tengo en mi mano, no puedo evitar volver a mirar hacia la terraza. Estaba vacía, pero no por eso dejaba de tener la sensación de que me observaban.

## Capítulo 19

—Hola.

—Hola —le contesto.

Daniel está aquí. Esta vez ni siquiera tuve que decirle que viniera, lo hizo por iniciativa propia, lo cual es gratificante ya que tenía tiempo sin hacerlo sin una llamada mía previa.

Pero esto sólo me confirma que mis temores son mal infundados. Claro que me quiere sólo a mí, no sé en qué estaba pensando al dudar.

Supongo que el cambio en su comportamiento bien se debe a la culpa. Lo ha dicho miles de veces, sólo que al verlo cada vez más frío me hizo entrar en pánico.

Una prueba de que no debería dudar, como lo fue la llamada que recibí en la madrugada, donde se notaba que me necesitaba; bien pudo ayudar a reforzar mi determinación de que era mío, sólo mío.

—Pasa —lo llevo hacia el sillón. Parecía algo ausente. Seguro no ha sido un buen día.

Ya que lo tengo sentado, me coloco sobre sus piernas mientras le acaricio el cabello, y comienzo a besar su mandíbula, tratando de que se relaje.

Podía sentir que seguía tenso, así que opto por ir hacia su punto débil, su oído.

Por supuesto que el escalofrío que percibí por su parte, me anima a continuar, sólo que no quería hacerlo aquí. Mejor sería subir a mi habitación.

Así que me levanto, tomo su mano y lo llevo hacia las escaleras.

El problema es que él se detiene antes de subir el primer escalón.

—¿Qué pasa? —pregunto después de un segundo intento de jalarlo hacia mí—. ¿Cuál es el problema?

—No sé. Sólo siento que no deberíamos hacer esto.

Sus palabras me caen como un balde de agua helada.

—¿Es que ahora resulta que no quieres serle infiel a tu esposa?

*Esto no puede estar pasándome.*

—No es eso...

—Bien. Pues explícate —me cruzo de brazos para intentar detener el temblor que sentía.

—Mira —dice después de tomar aire. ¿Es que acaso es tan difícil explicármelo?—. No me gusta que nos veamos así. Te estoy poniendo en una situación que no me agrada para nada. Hacerte mi amante no es algo que me guste. No te lo mereces. No quiero esto para ti.

Entonces no es que me quiera abandonar.

Eso me tranquiliza. Claro que me quiere a mí, sólo no quería hacerme daño. De nuevo estoy viendo cosas donde no las hay.

—Yo quiero estar contigo. No me importa la forma mientras que estemos juntos.

—Que sea hasta que todo esto termine, ¿de acuerdo?

—¿Estás seguro de que sólo es eso? —una alarma vuelve a sonar en mi cabeza. Tal vez me estaba volviendo paranoica.

—No me gusta arrastrarte a esto. Por eso debemos esperar.

—¿Hablas de no vernos hasta que... —ya que sus reacciones cuando hablaba de la muerte de esa mujer no eran muy buenas, decido plantearlo de forma diferente— toda esta situación termine? ¿No poder hablarte, escuchar tu voz? ¿Verte?

—Sólo omitamos esto. Podremos vernos, hablar, si quieres, sólo no hagamos nada que te defina como mi amante.

—Todo esto se está complicando.

—No será para siempre —me toma de la cabeza para poder besarme—. Todo saldrá bien.

Por un momento me parece ver miedo reflejado en su cara, pero sólo dura un segundo, que dudo que haya entendido bien.

*Sólo está preocupado por mí.*

—¿Pasa algo malo?

Desde que había vuelto de la oficina, lo noté extraño. Y ahora, que estábamos en la cama, tratando de animarlo, él parece rehusarse a ceder.

—Pensé que debía pasar más tiempo para que comenzaras a aburrirte de mí —intento bromear, pero algo que veo en él no me gusta.

—Eso sería muy difícil —dice sin mucho ánimo—. Sólo estoy cansado, es todo.

—¿Las cosas han estado muy duras?

Ahora que sé que no está de ese humor, me acomodo para sentarme en mi lado después de que estaba casi encima de él.

*¿Debería preocuparme?*

*Dicen que cuando un hombre ya no quiere sexo contigo es porque ya no le interesas, o tiene a otra.*

—Sí. Al parecer este nuevo giro que se quiere tomar, es mucho más complicado de lo que creíamos.

—¿Quieres hablar de ello?

—No —me da una pequeña sonrisa—. Lo último que quiero es pensar en ello, sólo necesito descansar.

—Está bien.

Cuando veo que me da la espalda, acomodándose para dormir, hago lo mismo.

Algo me dice que las cosas no están bien. Había algo en su expresión que no terminaba por convencerme.

—¿Ángela? —dice de repente.

—¿Sí? —pregunto esperando que cambie de opinión. Después de todo, acordamos tener un bebé pronto.

—Este proyecto está tomando mucho de mí, por lo que es posible que esta noche se repita por un tiempo. Espero que no haya problema con eso.

—¿Y qué pasó con la idea de tener un bebé?

—Eso puede esperar.

*¿Qué puede esperar? ¿Después de todo el problema que hizo cuando no quería?*

Sólo que no era el momento de decirlo, así que en su lugar digo.

—Está bien.

*Definitivamente algo no está bien.*



## Capítulo 20

Había pasado casi un mes desde que había decidido alejarme de las dos mujeres de mis dos vidas, para intentar aclarar mis dudas.

De alguna manera me había servido para centrarme más en las diferencias de cada una, y en lo que sentía al estar con ellas.

Desde que había empezado con mi doble vida, había sentido tantos cambios en mi cabeza, pero sólo hasta hacía relativamente poco tiempo, había notado que mis sentimientos habían sufrido lo mismo.

Por lo que ahora, después de tanto pensar y pensar, no había decidido nada. Fue hasta que dejé de hacerlo que la respuesta sólo apareció, como si siempre hubiera estado ahí, sólo que no me había dado cuenta.

Por lo que hoy comienza mi nueva vida.

Me levanto de este asiento que tanto he estado ocupando sólo para mantener mi fachada de estar lleno de trabajo, listo para salir de mi escondite. Más que listo para hacer frente a mi decisión.

Cuando llego al departamento, encuentro a Ángela recostada en la cama, viendo la televisión.

—¿Algo interesante? —pregunto sentándome a su lado.

—Nada en especial.

Sólo me da un beso simple de bienvenida antes de regresar su atención al aparatejo.

—Entonces no te importará si la apago.

Ni siquiera esperé a que me contestara, sin más tomo el control de su mano y lo apago. No necesitaba ese tipo de distracciones para ella.

Yo seré el encargado de su entretenimiento, esta, y todas las noches que vengan.

No es hasta que la tomo por la cabeza y comienzo a besarla, que parece darse cuenta de mis intenciones.

—Wow —dice casi sin aliento cuando la dejo respirar por un momento—. ¿Se acabó el periodo de abstinencia?

Siempre me había mantenido al margen en mis relaciones, evitando que pudieran entrar en este escudo que había forjado para protegerme desde siempre, pero eso no había funcionado con Ángela. Ella había entrado muy hondo sin siquiera haberme dado cuenta.

Había pensado que Maite era como una droga, adictiva, pues lo era, pero sólo eso. En cambio, la mujer que tengo frente a mí era algo más profundo. Algo más real.

Es la mujer que había roto ese caparazón para quedarse. Y ahora que lo sabía, haría lo que estuviera en mi mano para mantenerla conmigo.

—Sí —sonríó como un idiota—. Definitivamente.

Esta vez no tenía suficiente con besarla, así que me coloco sobre ella.

Estaba tan centrado en nosotros, en lo bien que se sentía volver a tenerla contra mí, que casi lo olvido.

—Espera —me separo por un momento, a regañadientes.

—¿Ahora qué? —se queja, tratando de evitar que me aparte.

—Sólo es un segundo —digo sonriendo mientras sacó la caja de condones que acababa de comprar antes de llegar.

—Pensé que volvíamos a la tarea de tener un bebé —frunce el ceño.

—Eso puede esperar.

Antes de que diga otra palabra, vuelvo a estar sobre ella. Listo para hacerle el amor a mi esposa.



## Capítulo 21

Llego a mi hogar para comer con mi mujer.

Ha sido una semana gratificante. Las cosas estaban mejorando. Incluso dormía más. Bueno, en realidad dormía mejor, ya que no eran muchas las horas que tenía de sueño, después de todo seguíamos siendo recién casados, pero aunque no eran muchas, ahora, sin la culpa, eran más reparadoras.

Apenas entro, me deleito con la imagen de mi mujer esperando por mí en la estancia.

Por lo visto está igual de contenta que yo, debido a que no espera a que llegue hacia ella, sino que se levanta y me encuentra a medio camino, recibéndome con un gran beso.

—¿Y ahora? —pregunto al ver la emoción en su cara—. No es que me queje pero, ¿qué pasa?

—Hay algo que debo decirte.

Ya que estaba tan feliz, no podía ser nada malo.

—De acuerdo, dime —era difícil no devolverle la sonrisa.

—Primero siéntate —estaba a punto de hacerlo cuando me detiene—. No importa. ¡Vamos a tener un bebé!

—¿Qué? —siento como el mundo se me cae hasta el suelo.

—¡Vamos a ser papás! Estoy embarazada —me abraza emocionada, ajena a todo lo que está ocurriendo dentro de mí.

*No puede ser verdad. Seguro que no.*

La tomo de los brazos para que deje de abrazarme y así poder verla a la cara para que me lo confirme.

Necesitaba estar seguro.

—¿Estás segura?

—Sí. El doctor me lo acaba de confirmar.

—¿Por qué no me dijiste nada?

Esto no puede estar pasando.

—Fue muy rápido —su ánimo baja un poco por mi reacción—. Me había sentido un poco mal, un mareo que pensé que no era nada, pero Lorena me mandó a consulta, y ahí es cuando el doctor me dio la noticia. ¿No es genial? Vamos a tener un hijo.

—Sí —digo casi en estado de shock, tanto que apenas si puedo sentir los brazos de Ángela que de nuevo están a mi alrededor.

Así que sólo bastó que su jefa la mandara a consulta para que mi mundo se derrumbara.

Estaba aterrado.

¿Por qué tenía que pasar esto justo ahora? Justo cuando había entendido que la amaba.

Y ahora la perdería como todos en mi maldita familia.

De esto es de lo que tanto había huido, y ahora viene y me golpea. Y todo por la tontería de creer que podría burlar la maldición, sólo había conseguido que mi tiempo con ella fuera más corto.

Eso merecía por pensar en hacerle algo así. Pero, ¿por qué ella debía pagarlo?

La abrazo fuertemente, como si con ello pudiera retenerla. Protegerla. Hacer que las cosas fueran diferentes.

—Sabía que te gustaría la noticia —le escucho decir, pero yo no podía responderle.

No podía mentirle diciéndole que sí, pero tampoco era justo decirle que no. Ella lo había hecho por mí, después de todo. Así que sólo le digo una verdad que no la lastimaría.

—Te amo.

—Y yo a ti.

*Haré todo lo que esté de mi parte para mantenerte segura.*

Luego de que termináramos de comer, Ángela se había sentido agotada, así que la mandé a dormir, asegurándole que le avisaría cuando me marchara.

Necesitaba pensar un momento a solas.

Una vez que me aseguro que no hay peligro de que me escuche, tomo el teléfono y salgo a la terraza a hacer mi llamada.

—¿Sí?

—Papá... —no sé bien cómo explicarlo, así que me limito a decirle los hechos—. Ángela está embarazada.

No recibo nada más que silencio desde el otro lado.

—Lo siento —dice después de un momento.

—No lo hagas —eso sólo significaría que no había salvación, y eso es algo a lo que estoy reacio de aceptar—. Esto no es el fin. Te hablo porque necesito saber más sobre la historia.

—Ya la sabes.

—No. Debó saber exactamente lo que pasó. Todo. Lo necesito.

Sabía que cada uno de los Montreal malditos habían decidido llevar registro sobre todo lo que habían encontrado en la búsqueda de una solución, como si de esta forma pudieran ayudar a las generaciones venideras.

Y todo eso se hallaba guardado bajo llave en la mansión.

—La respuesta no está ahí. Muchos lo han intentado antes.

—¿Tú te hubieras dado por vencido con mamá?

Tanto yo como él sabíamos bien que no.

Mi abuelo me había contado, en una ocasión, el cómo había tratado de ayudarla, cuando le pregunté sobre si mi papá había hecho algo por ella.

Él me explicó cómo buscó en registros, incluso utilizó los servicios de una médium para contactar a los muertos, para ver si podía convencer a la bruja de desistir o tomar algo a cambio. Pero claro, nada sirvió.

—No —responde éste.

—Entonces no pidas que yo lo haga. Encontraré la forma de evitar esto. Debe haber una. Algo que ustedes no hayan visto.

—Bien. Cuando puedas ven a la casa.

—Lo haré.

Encontraría la forma de salvarla. Tenía que.

## Capítulo 22

—¿Podría anunciarme con el Licenciado Daniel Montreal?

Había decidido ir a buscarlo después de todo. Aunque ni siquiera estaba segura de que hacía aquí exactamente.

Tal vez era debido a la incredulidad del asunto. Porque, aun no podía creer que él, quien tanto había jurado amarme, me hubiera dejado por alguien como la tipa esa con la que se había casado.

Por favor, ella no podía llegarme ni a los talones.

Por eso necesitaba una explicación. Sí, eso era a lo que había venido.

—Un momento... —la recepcionista se detiene abruptamente, por lo que me veo prestándole atención.

Según veo, algo detrás de mí es la causa de su mudez.

Antes de siquiera girarme, escucho su voz.

—Yo me encargo —Daniel le dice a la mujer mientras me aleja unos cuantos pasos para hablar en privado—.

¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

—Pensé que todo había quedado aclarado.

—No todo.

—De acuerdo, pasa —dice después de un momento, viéndome como una molestia cuando antes me miraba con adoración.

Eso dolía.

Nunca le mostraría el daño que me estaba haciendo. Por más que me repetía que pronto lo superaría, que no valía la pena, seguía haciéndome llorar a escondidas.

Vamos camino a lo que imagino será su oficina, ya que jamás me trajo. Ni a su casa. Ni a ningún lugar donde pudiera estar su padre.

*Algo que sí había hecho con esa mujer.*

La ira y envidia eran sentimientos que se estaban volviendo mis compañeras constantes desde que Daniel me había cambiado.

Antes de llegar a nuestro destino, un hombre mayor lo detiene.

—Hola Daniel, que gusto verte —le da la mano—. Sólo pasé a saludar a tu padre. Deberías decirle que se tranquilizara un poco con el trabajo, ya no tiene edad para encerrarse en la oficina todo el día.

—Se lo he dicho pero no hay manera de convencerlo —le responde con familiaridad.

Cuando el hombre logra darse cuenta de mi presencia, por fin. Daniel me presenta.

—Ella es la señorita Maite Cázares, una amiga.

*¿Una amiga?*

—Un placer —me responde estrechando mi mano—. Bueno, no les quito más el tiempo —prosigue su charla

con Daniel, incluyéndome esta vez—, sólo deja te felicito —lo abraza—. Flores me contó lo del bebé.

*¡Bebé!*

Así que al final de cuentas si la embarazó.

Eso me hace pensar que de ser así, las cosas no estaban tan perdidas con él. Porque al final, había realizado el trabajo. Sería cuestión de tiempo para que por fin podamos estar juntos.

Incluso antes de que termináramos, él me había pedido tiempo porque se le hacía injusto tratarme como su amante mientras seguía encadenado a su esposa. Así que tal vez, después de todo, lo había hecho para que estuviera fuera del problema, y buscarme cuando todo estuviera arreglado.

Seguro era eso. No había otra explicación.

Le sonrió a Daniel cuando responde al abrazo del señor sabiendo que podía verme, mostrándole que había entendido.

—Gracias —dice al soltarlo.

—Desde el momento en que los vi juntos, sabía que esa mujer cambiaría tu vida.

*Yo soy la que se la cambió*, quise aclararle, pero me contuve.

No era el momento.

—Y usted se lo dejó muy claro a ella —Daniel le sonríe, pero sabía que no estaba tan feliz como decía.

—Seguro que ella ya lo sabía —lo palmea en el hombro—. Los dejo. Con permiso —me dice ahora, por lo que inclino la cabeza como respuesta.

Cuando estamos seguros en su oficina, me dispongo a ser la primera en hablar.

—Así que por fin está embarazada.

Dejo mi bolsa sobre una de las sillas ya que me estorbaba.

Me recargo en la orilla del escritorio para tener una mejor vista de él mientras seguía cerca de la puerta.

*¿Acaso le estará echando llave en éste momento?*

Es un pensamiento muy tentador.

—Sí —dice cortantemente.

*Supongo que no está de humor.*

—Entonces falta poco para que todo el asunto termine.

Ya que no usaríamos el escritorio, comienzo a pasearme por el lugar. Estaba comenzando a sentirme nerviosa de nuevo. Ni siquiera me tomaba la molestia en tratar de observar los detalles de su oficina.

El tiempo corría y él seguía sin decir nada.

Ahora no sabía si era buena idea comenzar diciéndole que por fin entendía por qué me había hecho a un lado. Pero que no tenía por qué ocultarme las cosas, debido a que siempre seguiré aquí, con él, sin importar que por ahora sólo sea su amante. Ya después podría compensarme cuando me convirtiera en su mujer.

Me estiro en toda mi estatura, lista para hablar.

—¿Qué es lo que quieres Maite? —pregunta Daniel cruzándose de brazos—. ¿A qué vienes?

—Vengo a que me digas, ¿qué está pasando realmente? —con su actitud no ayudaba, estaba perdiendo el valor.

—Ya te lo dije, no puedo seguir con esto.

—Pero si casi ya está hecho. Sólo será poco tiempo, seguro. ¿Por qué alejarme ahora que ya es tan próximo? —me acerco un poco a él—. Como te dije, no me importa ser tu amante por ahora —tomo sus manos—. Estamos juntos en esto.

Pero él se suelta y camina hacia detrás del escritorio, dejándome una sensación que no me gusta para nada.

—Ella va a morir.

Lo veo fijamente para notar su reacción. Y termino viendo la que más temía.

—No, no lo hará —dice con fiereza—. No lo permitiré.

Así que sí me había cambiado.

Respiro profundamente, tratando de evitar llorar frente a él. Eso no lo haría. Tenía demasiada dignidad para ello.

Él, por el que habría dado todo. Por el que había pensado incluso en cargar con una muerte en mi consciencia. Ahora me dejaba.

Era inaudito.

—Vaya que eres idiota —me río sin humor—. Te enamoraste de ella. Sabías exactamente lo que iba a pasar, y te enamoraste de ella. ¡Eres un idiota!

—Entiendo que estés enojada conmigo...

—¿Enojada? Furiosa diría yo —tenía ganas de golpearlo, gritarle, pero no lo haría, no me rebajaría más—. Y no porque me dejes. Sino por el tiempo que desperdicié en ti y tus estupideces, imbécil —levanto la barbilla mostrándole que nada de esto me dolía en realidad—. Un imbécil que pronto será viudo.

Eso le dolió, lo sabía; lo que no esperaba era que al ver cómo se sentía, también me doliera a mí.

Me doy la vuelta antes de que me caiga a pedazos, y salgo de la oficina.

Sólo pienso en que debo estar lo más lejos posible de ahí y de él.

Después de que considero ha pasado el tiempo suficiente para que Maite se haya ido, salgo sin detenerme por nada ni por nadie.

Necesitaba toda la ayuda posible, y sabía que para ello tendría que dar muchas explicaciones.

—Cristina —digo a la secretaria de mi padre sin detenerme—, ¿está mi papá?

—Sí...

—Gracias.

Era todo lo que necesitaba oír, por lo que no le doy tiempo a que me anuncie.

Julio estaba hablando por teléfono en el momento en que entro, así que espero de pie a que termine para que podamos hablar.

—De acuerdo —decía éste mientras me echaba un vistazo—. Bien, lo hablaremos luego. Sí. Nos vemos.

—Necesito que hablemos —digo tan pronto cuelga.

—Bien —toma el auricular de nuevo—. Cristina, no me pases llamadas —me señala una silla frente a él—. Toma asiento.

No tenía muchas ganas de sentarme, pero lo hago. Estaba demasiado inquieto, pero este asunto necesitaba que estuviera controlado, y caminar de un lado a otro no lo era.

—Es sobre el embarazo de Ángela.

—Sabes que debes ser fuerte... —podía ver la compasión en su cara.

—Eso no es todo. Sólo... escucha todo antes de juzgarme, ¿de acuerdo?

Me ve con incertidumbre, y aún no tenía idea de lo que había detrás. Entonces, sin otra palabra más, asiente para que comience.

En un principio no sabía cómo empezar. Cómo explicarle lo que me había llevado a todo esto. Y en vista de que no había forma más que contar las cosas tal como sucedieron, lo hago.

—Hace poco más de dos años conocí a una mujer que me volvía loco. Estaba completamente enamorado de ella. O al menos eso creí que era estar enamorado...

Mientras contaba mi historia podía ver cómo iba cambiando sus reacciones, que fiel a su palabra, se mantenía en silencio.

Así que de la curiosidad del inicio, pasa a la incredulidad, luego al coraje, que aumentó hasta convertirse en ira, y finalizando en tristeza y compasión, los cuales, estaba seguro, no eran por mí.

—Así que, como verás —digo terminando mi confesión—, yo condené a Ángela a morir.

Él seguía mudo.

—Estoy desesperado, no sé qué hacer —no aguanto seguir en esa silla que sentía que cada vez se hacía más pequeña, por lo que me levanto—. Me di cuenta demasiado tarde de lo que sentía por ella. Claro que, aun cuando no la amara como lo hago ahora, no se merecía lo que le hicimos,

pero te juro que me arrepiento —me paso las manos por la cabeza, sintiendo la urgencia de arrancarme el cabello—. Cuando me di cuenta de que era a ella a quien realmente quería, traté de evitarlo —dejo caer mis brazos sintiéndolos de repente pesados—, pero poco me duró el gusto, porque unos días después llegó con la noticia del embarazo. Y... ya no sé qué más hacer. He buscado en todos lados, me guié por lo que hizo nuestra familia antes, pero nada. No encuentro la salida.

—No puedo creer lo que le has hecho a esa joven. Tú esposa.

—¿Crees que no lo sé? —levanto la voz, poniendo las manos sobre el escritorio—. No vine a que me digas lo que ya sé —bajo la voz a un tono normal—, sino a pedirte ayuda.

—Sí, ya sé que me diste todo lo que encontraste de nuestra familia, pero, ¿acaso no encontraste alguna cosa mientras intentaste salvar a mamá? Algo que te hubiera dado esperanzas pero fuera demasiado tarde. O... no sé —sacudo un poco la cabeza a ver si con eso puedo ordenar mis ideas—. Ya no sé qué buscar.

Ni siquiera sabía por qué había venido. No estaba acostumbrado a compartir mis problemas con él, hasta ahora.

Escucho como suspira, así que cuando levantó la cabeza, que en algún momento había enterrado entre mis manos, lo cual sospecho ocurrió después de que me sentara de nuevo en la silla; me doy cuenta que ha dejado su mirada juzgadora por una piadosa.

—Veré qué más puedo encontrar —cuando iba a agradecerle, me interrumpió—. Pero no te prometo nada. Las cosas no se han arreglado en todo este tiempo, así que...

No hacía falta que terminara la oración. Lo sabía. Era casi imposible que si tantos no la encontraron, yo la encontrara con el tiempo contado como lo tenía. Pero no por ello desistiría.

Incluso en mi desesperación, había pensado en convencerla a abortar. Sólo que, aparte de que sabía que me odiaría por ello, también estaba la historia de uno de mis familiares que había encontrado en los registros de la familia.

Hablaba de que uno de mis antepasados había insistido en que su mujer abortara, sin importar que con ello terminara la familia. Después de que se le suministraran algunos tés que pudieran ocasionarlo, sólo lograron que su mujer estuviera débil al momento del parto, muriendo sin la oportunidad siquiera de verlo nacer. Por lo que no era opción.

Había ocasiones en las que pensaba que parte de la maldición, tanto como el que todos fueran varones, también consistía en que tarde o temprano, de alguna manera u otra, terminaban teniendo un hijo, incluso cuando en ocasiones no fueron deseados.

Y por consiguiente, otro de sus efectos era que el hombre, después de convertirse en viudo, se quedaba solo por el resto de su existencia, sin siquiera plantearse el tener otra pareja.

¿Sería por miedo a perder a otra mujer, o porque simplemente no superaban su pérdida? Nadie lo sabía. Sólo nunca ocurrió.

Lo cual tenía sentido, porque seguro ese era el castigo principal que buscaba esa gitana al pronunciar su maldición.

Pero a pesar de todo. De que al final no lograra ayudarme. Que todo fuera por nada. Al menos estaba la disposición y apoyo de mi padre. Por eso sólo puedo decir una palabra.

—Gracias.

—Puedes trabajar en ello todo el tiempo que necesites. La adquisición es casi un hecho, así que realmente no es necesario que estés sobre ello.

—Sí. Te tomaré la palabra.

## Capítulo 23

Es sábado, por lo que después de lo tarde que había llegado anoche, decido disfrutar de un breve descanso mientras almuerzo con Ángela.

Claro que saldría de nuevo para continuar con mi investigación, pero un poco de tiempo para pasarlo con ella, no me lo podía negar.

Ella se pasea por la cocina con su pequeña pancita que apenas si se notaba. Sólo tenía 4 meses. Cuatro meses que me hubiera encantado disfrutarlos a su lado. Pero debido a que el reloj seguía corriendo, casi no había estado en casa para eso.

Cada uno de los días me dedicaba a investigar, buscar en cualquier libro o página que hablara sobre maldiciones gitanas.

Toda mi oficina era prueba de ello. Estaba llena de información sobre el asunto. Pero lo único que había aprendido hasta ahora, era que entre más viejas eran las maldiciones, más difíciles eran de quitar, sino es que imposible.

Por supuesto no le había dicho nada.

No tenía caso abrumarla con algo así. Prefería que estuviera tranquila todo el tiempo. Aunque claro está, mi mayor temor es que terminara pasando sus últimos momentos lejos de mí, después de saberlo. Eso no podría soportarlo. Ni siquiera sabía cómo podría seguir adelante sin ella, se había hecho indispensable en mi vida.

Necesitaba su ánimo, su sonrisa.

No tenía idea si lo lograría.

—¿Vas a llegar tarde otra vez? —pregunta al sentarse frente a mí para comenzar a comer un poco de fruta.

—Posiblemente. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—No es eso. No es nada.

Pero por la forma en que trata de mantener su mirada en el plato, sé que algo la está inquietando.

—Dime qué pasa —le tomo la mano libre para acariciársela.

—No quiero ser de esas mujeres que se quejan del poco tiempo que pasan con sus maridos, pero pensé que podríamos pasar juntos este día.

*Debí verlo venir.*

—Sé que estos días han sido difíciles.

—Cuando termine todo ese trabajo te voy a raptar por algunas semanas. Hasta que me canse de tenerte todo el día conmigo —me advierte con esa sonrisa traviesa que no puedo resistir no correspondérsela.

—Esa es una buena idea —me inclino hacia ella para darle un beso—. Pero, ¿qué te parece si no esperamos tanto? No te puedo dar todo el tiempo por ahora, sólo los domingos, ¿qué dices? —trato de persuadirla—. Todo el día para hacer lo que se te antoje.

—¿Lo que yo quiera?

—Sí.

—¿Y cuándo empezamos?

—Mañana mismo.

Ella deja su lugar, para sentarse en mi regazo, rodeándome el cuello con sus brazos.

—Tengo una idea de cómo pasaremos este domingo —me da un beso.

Me encantaba. Así que no puedo resistir no volver a sentir sus labios, sólo que esta vez tendría que durar más. Un largo y minucioso beso era lo que necesitaba.

—¿Qué pasó? —pregunta sorprendida después de que la alzara en brazos.

—Simplemente no puedo esperar a mañana.

Sin perder ni un minuto más, la llevo de vuelta a la recámara.

Es de madrugada y de nuevo estoy despierto.

Por más cansado que estuviera siempre terminaba levantándome a mitad de la noche. Primero por la culpa, y ahora por la angustia de lo que vaya a suceder.

Sólo esperaba no tardar mucho en conciliar de nuevo el sueño.

Me levanto con cuidado de no molestar a mi esposa, y avanzo hacia la cocina por algo de tomar.

Tenía la boca seca, por lo que un vaso de agua helada parecía una buena opción. Así que después de tomármelo de un solo trago, enjuago el vaso antes de regresar a la cama.

O al menos esa era mi intención, pero un ataque de nervios me tiene inclinándome sobre la encimera para no caer.

Agradecido de que esto terminara pasando ahora que Ángela no podía verme, trato de sacar todo el miedo y la frustración de estos meses. Jamás había tenido tanto miedo en toda mi vida, así que era difícil saber qué hacer para sobrellevarlo.

Me tomo unos cuantos minutos para calmarme, antes de hacer mi camino de regreso. Hasta que percibo como un pequeño aire recorre mi nuca, como si alguien estuviera respirando sobre ella.

Temiendo que Ángela se asuste al verme así, me compongo lo mejor que puedo, pidiendo que la escasa luz haga el resto, antes de girar a ella.

El problema es que los ojos que observo no son los color miel que veo todos los días, sino que me topo con un par de ojos verdes. No termino de comprender lo que pasa hasta que ella parece mirar hacia la puerta por la que había entrado hace un momento.

No se me ocurre otra cosa que hacer más que retroceder, buscando escapar de ella, pero apenas si doy un paso antes de topar con la encimera.

Estaba atrapado.

Lo más extraño es que ahora que la vuelvo a ver, recuerdo que es la misma mujer de la boda, incluso antes la había visto en un crucero. Era ella, la gitana.

No había hecho la relación hasta ahora.

Al menos eso había servido para despertar mi cerebro, el cual me estaba indicando que esta era la mejor oportunidad que tenía para convencerla de que cambie las cosas.

Que Ángela sobreviva.

—Espera —le digo cuando veo que retrocede.

No iba a perderla. No sin antes convencerla.

—Por favor, deshaz esto. Ella no lo merece. Nosotros no tuvimos la culpa de lo que pasó. Ya te vengaste de él, ¿por qué sigues con esto?

La mujer no parece escuchar, sigue retrocediendo lentamente, satisfecha por como suplicaba. Hasta intento tomarla para evitar que lo siga haciendo, pero con eso sólo logro que me dé una mirada poco amistosa, evitando que lo haga.

—Por favor —insisto, no me importaba rogar si eso salvaba a Ángela—. Te lo suplico, déjala a ella fuera de esto. Lo que quiera que quieras hacer, hazlo conmigo. A ella déjala.

Estaba dispuesto a lo que fuera para convencerla. Y cuando creo que realmente lo está considerando, ésta sólo se evapora frente a mí.

—No.

Sé que es inútil, pero ni eso me detiene a abalanzarme sobre ella como si pudiera detenerla aunque fuera un momento. Y lo único que consigo es que casi me estrelle contra el piso.

Si no es porque logro meter las manos, me rompo la cara.

De nuevo estaba sin soluciones.

Impotente, golpeo el suelo.

—¿Daniel? —me llama Ángela desde la recámara. Intento levantarme antes de que me vea.

—¿Con quién hablas? —pregunta con el ceño fruncido al llegar hasta mí.

—Con nadie —termino de incorporarme—. Sólo que resbalé y ya sabes... —me encojo de hombros.

—¿Estás bien? —pregunta revisándome con la mirada por algún golpe.

—No es nada. En serio.

Me marchó de vuelta a la habitación antes de que siguiera con el interrogatorio.

## Capítulo 24

Salía de una de las tantas librerías a las que he estado asistiendo en busca de material para mi investigación, cuando veo a un par de gitanas caminando por la acera de enfrente.

Sabía que alguno que otro ancestro había acudido a ellos en busca de la solución. No sería nada nuevo. Pero no perdía la esperanza que en esta ocasión sucediera algo diferente, o hubiera un detalle que pasó desapercibido.

Sin otro pensamiento en la cabeza más que lograr mi objetivo, corro hacia ellas, esquivando por poco un auto que venía hacia mí.

—Disculpen —digo un poco agitado, cortándoles el camino—. ¿Podrían ayudarme?

La mayor de ellas, que calculo sería de mi edad, me veía con desconfianza. Intentaba poner a la más joven detrás de ella.

Había cierta similitud entre ellas, aunque la pequeña, que bien podría estar atravesando la pubertad, tenía una tez más clara que la apiñonada de la otra, tenían ese aire que hace suponer que son familiares.

—¿Qué se le ofrece? ¿Alguna lectura? —pregunta la mayor.

—Es algo más complicado.

—¿Cómo qué tan complicado? —la mujer me estudió. Casi podía asegurar que calculaba qué tanto podría pagar.

—Necesito saber cómo romper una maldición.

—¿Una maldición? —sonríe la mujer como si no lo creyera.

—Sí. Una maldición —respiro profundo antes de cometer algún error que pudiera ahuyentarlas sólo por mi falta de paciencia—. Una gitana maldijo a uno de mis antepasados, y ésta se ha mantenido hasta la fecha.

—Una maldición antigua —dice la joven saliendo de detrás de la otra para acercáseme.

Cuando la mayor trata de alejarla de mí, ésta le da una mirada de fastidio. Pero a diferencia de cualquier mayor que hubiera pasado lo mismo con alguien de su edad, ésta le hace caso y la deja en paz.

—Sí —asiento aún sorprendido al ver quien era la que llevaba las riendas—. ¿Podrán ayudarme?

—¿Y por qué habríamos de hacerlo? —interviene la mayor—. Si la tienes es porque seguro le han de haber hecho algo a ella.

—Eso fue en el pasado. No los demás. No yo.

—Nosotras no podemos hacer nada —vuelve a hablar la joven—. Pero hay alguien que podría ayudar.

—¿Podrían llevarme con esa persona?

Sabía que estaba rompiendo una de las reglas de oro en cualquier negocio. No había nada peor que mostrar la

necesidad de obtener aquello que la contraparte tenía, ya que le estabas dando el poder en la transacción. Pero como no había nada que no estaba dispuesto a dar por ello, no me importaba cuan caro podrían cobrarme mientras lo solucionaran.

—Pagaré lo que sea necesario —declaro al darme cuenta que era la única forma de convencer a la mayor.

La joven ve hacia la otra y asiente, como si le dijera que debían hacerlo.

—De acuerdo —cede la mujer—. Pero es algo lejos.

—No hay problema. Podemos ir en mi auto.

—Bien —dice sin mucha convicción, todo lo contrario a la sonrisa que me da la joven.

Antes de que pudieran arrepentirse, las dirijo hacia mi auto.

Por primera vez desde que me había enterado del embarazo, sentía esperanza. Sabía que era como agarrarse a un clavo caliente pero no importaba, era mi única oportunidad y la tomaría.

Tuve que manejar por unos buenos minutos para llegar hasta donde se encontraba la comunidad.

Después de que estacionara donde me indicó la joven, todos los presentes miraron el auto con cautela, no fue hasta que vieron bajar a las mujeres que dejaron de prestar atención. Sólo un poco.

Seguí a mis guías hasta la puerta de un remolque.

—¡Gustav! —llama la mujer—. Sal. Te buscan —dice al momento en que se gira hacia mí.

—¿Qué pasa? —pregunta un hombre mientras salía del remolque.

Luce como el típico gitano que siempre veías en la televisión.

Tez morena, cabello negro ondulado hasta los hombros que llevaba en una coleta. Su edad podría ser de por lo menos 50 años. Al menos sus arrugas decían eso, ya que no se le notaban muchas canas.

—¿Quién es? —pregunta señalándome.

—Un cliente —le sonrío la mujer.

El hombre, Gustav, asiente y vuelve a entrar.

Ante mi duda, la mujer me señala que lo siga. Claro que antes de poner un pie dentro, se interpone con la mano alzada, recordándome que había algo que debía entregarle primero.

Así que tomo algunos billetes de la cartera y se los doy.

—Gracias —me giro hacia donde seguía parada la joven—. A las dos.

Una vez dentro, veo que Gustav está esperándome, con las cartas sobre la mesa, indicándome que tome asiento frente a él.

—Entonces dime, ¿en qué puedo servirte?

—Me gustaría saber si usted sabe sobre maldiciones gitanas.

—¿Maldiciones gitanas? —frunce el ceño.

Me estaba cansando de repetir lo mismo.

—Sí. ¿Acaso no ha oído hablar de ellas? Una gitana maldijo a uno de mis antepasados, y se ha estado cumpliendo todos estos años. Quiero saber cómo puedo deshacerme de ella. La joven me dijo que usted podría ayudarme.

—Teresa.

—¿Cómo?

—Teresa. Ese es el nombre de la chica —me da una mirada fría—. Y la otra es Cecilia.

—Ah, sí. Ellas no me dijeron sus nombres.

—¿Y usted está seguro que se trata de eso? —vuelve al tema.

—Estoy muy seguro —ahora era yo el que lo miraba fríamente.

*Comienzo a dudar si esto ha sido buena idea.*

—Las maldiciones gitanas no son muy comunes, y menos que sigan actuando hoy en día. Saca tres cartas, con la mano izquierda —extiende un mazo de cartas frente a él.

Después de que volteara las cartas, las analiza detenidamente.

—Hay alguien aferrado a ti. Un espíritu enojado. Antiguo. Alguien que espera cierto acontecimiento.

—Es por la maldición.

—Ella te ha estado vigilando muy cercanamente hace no mucho —continúa haciendo caso omiso a mi comentario—. ¿La has visto? —vuelve su mirada a mí por un instante.

—Sí —respondo aunque estaba seguro que ya había visto la respuesta en mi cara.

—Lo hace para recordarte lo que pasará. Una vida. Una muerte —ahora es cuando realmente creo en que él es la persona que necesitaba.

—Sí. Hace mucho tiempo, alguien de mi familia enamoró a una gitana para luego dejarla y casarse con una mujer de familia prestigiada. Se supone que cuando

ella se apareció en su boda, él la negó y la mandó sacar a la fuerza, así que lo maldijo con que después de que nazca su hijo su esposa moriría. Y así ha estado ocurriendo todo este tiempo.

—¿Cuándo ocurrió?

—Alrededor de 1804.

—Obviamente la mujer murió.

—Después de maldecirnos —al ver el gesto que hace, como si no fueran buenas noticias, pregunto—. ¿Tiene algo que ver? Se ahorcó después de que la sacaron de la boda.

Se queda callado unos segundos, pero fueron suficientes para inquietarme.

—Así que nadie tuvo oportunidad de convencerla de lo contrario.

—No. Todos han corrido la misma suerte. Pero yo debo evitarlo. No tengo opción.

—Tu mujer está embarazada —no era un pregunta pero de todas formas asiento—. Por eso se está presentando ante ustedes ahora. Para que no olviden lo que ocurrirá.

—Espere. ¿Cómo que ustedes?

—A los dos implicados.

—¿Me está diciendo que mi esposa también la está viendo? —pregunto aturdido, casi deseaba pararme y correr hacia ella, pero me abstengo. No podía irme sin la solución.

—Como dije, les está recordando lo que les espera.

—¡Pero ella no sabe nada de esto! —digo desesperado.

Sin pensarlo, me inclino hacia él como si al convencerlo pudiera detenerla de hacerlo.

No tenía idea de que también atormentaría a Ángela. Ya era demasiado con saber que moriría como para que la persiguiera en sus últimos días.

*No. Ella no va a morir.* Me repito en un intento desesperado de mantenerme estable.

—Podría ser que no sepa quién es, por lo que no tendrá el mismo impacto que contigo —dice Gustav después de recargarse en el respaldo de su silla—. Probablemente la habrá visto y pensará que es una mujer como cualquiera con la que ha coincidido. El acoso va más dirigido hacia ti que a ella. Su objetivo eres tú, no ella.

—Ella se me ha aparecido como un fantasma —digo recordando lo que había pasado.

—¿Tu mujer te ha dicho algo? —niego con la cabeza—. Es muy probable que no se le haya presentado de la misma forma. Como te dije, su objetivo es atormentarte a ti. Para ella sólo es un recordatorio, pero si como dices ella no lo sabe, sería un recordatorio en vano.

—Al menos es algo bueno —suelto un suspiro antes de recuperarme—. Bueno, ¿y qué es lo que necesito para deshacerme de la maldición?

Veo la respuesta frente a mí antes de que el hombre hable.

—No hay manera. Entre más antigua sea la maldición, más fuerte es. Y su muerte después de pronunciarla, sólo le da más poder al venir de un espíritu enojado.

—Pero debe haber alguna forma —puedo percibir la súplica en mi voz.

—Lo siento. No la hay. Las palabras fueron muy específicas. Todo es en base a ello.

—¿Y si cambio mi vida por la de ella? Yo soy el de la maldición.

—Así no funciona. Como dije, las palabras establecieron las cosas. No se pueden cambiar.

Me sentía vencido.

Así que no había forma. La perdería.

—Gracias, de todas formas —digo levantándome, después de dejarle una buena suma sobre la mesa.

—Oiga —me llama Gustav antes de que logre salir—. Un consejo. Debería disfrutar el mayor tiempo con ella. Que sea lo más feliz que se pueda.

Asiento. No había otra cosa que pudiera hacer.

—Soy Daniel —le doy la mano antes de marcharme.

Al acercarme al auto, me encuentro con Teresa, quien tenía una mano puesta sobre la ventana del asiento detrás del piloto. Por lo que veo le había gustado el coche. En otras circunstancias la invitaría a dar una vuelta, sólo que estoy seguro que la otra mujer, Cecilia creo, jamás la dejaría.

—¿Todo bien? —pregunta antes de girarse para verme.

—No todo. Pero me sirvió mucho venir —trato de sonreírle pero es imposible.

—Estoy segura de que sí.

Teresa se aleja, deteniéndose no muy lejos de donde estaba. Por lo que levanto la mano como despedida antes de subir.

Por el retrovisor puedo ver como Teresa sigue observándome, había una gran intensidad en esos ojos verde claro, que me hacía sentir escalofríos al recordarme otros de un verde más intenso.

Parece que todos los gitanos tienen esa habilidad de ponerte nervioso, tal vez por lo que se supone que conocen y hacen, no lo sé. Fuera lo que fuera, mejor sería evitarlos.

Arranco, y veo por el retrovisor como voy dejando atrás a esa pequeña, que aunque me había ayudado, me ponía inquieto.



## Capítulo 25

Levanto la cabeza aceptando la copa de coñac que me entrega papá.

Había decidido pasar antes de regresar al departamento. Estaba demasiado inquieto como para lograr engañar a Ángela. Aparte que necesitaba contar a alguien lo que había dicho Gustav, y no había nadie mejor que el viejo para hacerlo.

Toma asiento frente a mí. Estábamos en su estudio.

Era gracioso como este era el lugar donde siempre terminaba en cada una de mis visitas. Pero no era de extrañar, si mi padre acostumbraba pasar aquí la mayoría del tiempo que no estaba en su oficina.

Debería acostumbrarme. No es que falte mucho para que termine haciéndole compañía.

Tomo un trago.

—Así que no hay nada más que pueda hacer —así termino mi explicación de los sucesos del día.

—Lo sé, y lo siento —él luce casi tan deprimido como seguro me veo. Aunque de cierta manera sabía que

la de él no sólo se debía a mi situación actual, sino también a su pasado no superado.

*Vaya par que somos.*

—En su momento —prosigue ajeno a mi autopadecimiento—, yo también llegué a recurrir a uno.

—No lo sabía.

—Es algo que supongo todos recurrimos —su vista se desenfoca reviviendo en sus recuerdos—. Había escuchado que una comunidad había venido de paso, así que apenas lo supe, fui a buscarlos. Igual que contigo, no pudieron hacer nada. También fui con médiums, sólo para que un par me sacara dinero asegurándome que podrían contactar con el espíritu. Como puedes ver —me da una sonrisa triste, volviendo al presente—. Nada sirvió. Al parecer Alberto Montreal no sabía con quien se estaba metiendo.

Recuerdo lo que me había contado mi abuelo sobre mis padres.

Por lo que sabía, mi papá tampoco había querido pedirle matrimonio a mi madre, haciendo que al final, ésta fuera la que lo propusiera. Claro que ella ya sabía sobre todo el asunto de la maldición y su historia, pero eso no la detuvo. Éste no pudo rechazar la oferta, aunque acordaron desde un principio que no habría hijos.

Pasaron varios años de matrimonio antes de que ella quedara embarazada. Él no recibió la noticia con mucha alegría, no lo culpaba, estaba seguro que todos los hombres de esta familia habían tenido la misma reacción desde que supieron lo que les depararía el destino.

Así que como siempre, me tuvieron, y mi madre murió de inmediato.

A Julio no le gustaba hablar de nada que lo llevara a ese asunto, por lo que pocas veces le hablaba de mi madre. Pero era evidente que seguía echándola de menos. Aún después de todos estos años.

*¿Así será conmigo?*

*Lo más seguro es que sí.*

—Sí —asiento de acuerdo—. Nos hizo mierda a todos.

Había veces en los que desearía que ese bastardo se apareciera, sólo para buscar alguna forma de hacerlo pagar. Espero que esté penando o algo por el estilo.

—¿Piensas decirle?

—No tiene caso. Prefiero que sea feliz hasta el final —me recargo sobre mis rodillas—. Aparte, me dejaría. No me permitirá estar cerca de ella, y eso no podría soportarlo.

Él asiente en comprensión.

—Entonces —tomo lo que queda en mi copa antes de levantarme—. Mañana vuelvo a las labores.

—Deberías tomarte unas vacaciones.

—¿Vacaciones?

—Sí. Las cosas han seguido tranquilas. Aprovéchalo para tomarte un tiempo.

No tenía que confirmarme que era para que pasara lo poco que me quedaba junto a Ángela, lo sabía.

—¿Estás seguro?

—Claro —sonríe un poco más animado—. Son algunas de las ventajas de ser uno de los dueños.

—Tienes razón —le devuelvo la sonrisa, sólo que menos alegre.

Ya es tarde cuando llego al departamento. Por eso no esperaba verla en la sala, y menos con una de sus amigas.

—Hola Carmen. Hace tiempo que no nos visitabas.

—Hola —responde algo tímida, lo cual no era—. Sí, es que estuve fuera algunos días. Casi que acabo de regresar.

—Que bien.

Me aproximo a Ángela para recibir mi beso de bienvenida, como siempre. Que aunque me lo da, parece estar algo extraña.

—Bueno, ya me voy —dice Carmen.

—Espero que no sea por mí —bromeo.

—No, claro que no —sonríe, aunque sigue pareciendo nerviosa. Seguro habían estado hablando de algún problema que no querían que supiera, así que no le doy importancia—. Ya es tarde, y tengo que regresar a mi casa. Nos vemos luego.

—¿Cosas de mujeres? —pregunto en broma una vez se va su amiga.

—No es nada.

Seguía portándose extraña. Pero antes de que pueda preguntarle si pasaba algo, ella habla de nuevo.

—Vamos a cenar —va hacia la cocina sin darme la oportunidad de responder.

—Si estás molesta por algo... —digo al alcanzarla.

Ella me daba la espalda mientras sacaba los platos y vasos de los gabinetes.

—No —se da la vuelta para poner las cosas sobre la mesa—. ¿Debería estarlo?

Esta no es una conducta común en ella.

—No que yo sepa.

Al parecer, mi respuesta no es la correcta, ya que en lugar de estar tranquila frunce el ceño como si le hubiera dicho lo contrario.

—Entonces vamos a cenar —es lo único que dice.

Calienta la cena, pero sigue callada. Ni siquiera voltea a verme en ningún momento, hasta parece que evita hacerlo.

Tal vez se debe a que comienza a resentir el poco tiempo que estoy con ella. Aunque también podrían ser las hormonas por el embarazo. No era ningún secreto que a veces las volvía locas.

—Mira, si estas así por lo del trabajo...

—Sí, el trabajo —dice antes de que termine de hablar.

*¿Era sarcasmo lo que oí ahí?*

—Las cosas van a cambiar —prosigo, a ver si con eso deja su actitud—. Ahora que el trabajo se aligeró, voy a ir sólo medio tiempo durante algunos meses para que estemos juntos. ¿Qué te parece?

Todavía no necesitaba la incapacidad por maternidad, así que seguía yendo a la oficina, pero era de medio tiempo, por lo que podríamos pasar gran parte del día juntos.

—¿No tendrás problemas por eso? —pregunta dejando atrás un poco de ese comportamiento con el que me recibió.

—No. Ninguno —me paro detrás de ella y la abrazo, antes de darle un beso en la mejilla, sintiendo como se relaja entre mis brazos.

—Bien —logro ver una sonrisa de su parte.

—¿Entonces ya no estás enojada? —apenas pregunto, vuelve a ponerse rígida.

*Debí haber cerrado la boca.*

—¿Qué dije? —pregunto luego que se escabulle de entre mis brazos.

No responde, sólo se limita a servir la mesa antes de tomar asiento.

—¿Ángela?

Levanta la cabeza con cara inocente.

Como si no supiera que algo ocurre.

—¿Te pasa algo? —me siento en mi lugar de la mesa.

—Tengo hambre —contesta antes de tomar bocado—. ¿Y qué tal estuvo tu día? —pregunta un poco después con voz forzada.

—Bien. Lo mismo de siempre.

Evitaba decir cosas que pudieran delatar que en lugar de tener un día de trabajo común, estaba dedicando el tiempo a una búsqueda específica.

Le contaba cosas que sabía no la harían sospechar, siempre siendo muy cuidadoso. Pero debido a la tensión que estoy sintiendo de su parte justo ahora, prefiero no entrar en ningún detalle.

—¿Lo de siempre? —sonríe, pero sus ojos estaban serios.

—Sí —contesto no muy seguro de querer seguir por este tema.

Ella asiente meneando la cabeza.

No tengo ni idea de lo que le pasa.

—Seguro te la pasaste todo el día en la oficina, ¿verdad?

Su tono en esa frase es más remarcado, por lo que supongo algo de ahí la molestaba.

Estaba bien instruido en ver este tipo de detalles. Había aprendido a prestar atención a las reacciones de la gente con mi padre, quien decía era una buena herramienta para conocer tanto a tus contrincantes como a tus aliados.

—Casi. Sólo salí a almorzar algo tarde —utilizo la táctica de la verdad a medias.

—¿Nada más? —ahora ya no se mostraba tan indiferente.

—Nada más.

—¿Entonces no hiciste algo como, no sé —dice simulando indiferencia—, salir con una mujer a algún lugar, o así?

—¿Una mujer? —así que alguien me vio. Y no necesito ser un genio para saber quién.

Ángela se encoge de hombros sin responder.

—¡Ah, sí! Me encontré a una conocida después de almorzar. Así que las llevé a su casa, a ella y a su hija.

No sabía que tanto habían visto, así que si llegaba a preguntarme sobre la vestimenta de las mujeres, tendría que buscar una buena excusa. Pero por lo pronto, entre menos explicara mejor.

—¿Su hija? —sabía que ese detalle le daría más calma, y la distraería de otras posibles preguntas.

—Sí. ¿Por qué la pregunta?

—¡Ay por Dios, soy una idiota! —dice dejando el tenedor—. Sólo... olvídalo —menea la cabeza recriminándose.

—Así que eso era. Estabas celosa.

—Olvidalo —ahora estaba avergonzada.

Me levanto para tirar de ella con cuidado, y poder abrazarla.

—No tienes nada de qué preocuparte. No tengo ojos para nadie más que tú.

Le doy un beso en la frente, pero mi cerebro traicionero me recuerda la palabra que faltaba en esa oración: *“Ahora”*.

—Así que tu amiga te dijo que me vio —concluyo.

Ella no lo confirma, pero no había necesidad de hacerlo.

—Soy una tonta —se ríe.

—No. Sólo te mueres por mí, y te vuelves loca si cualquier otra mujer se me acerca —bromeo.

—Nada de eso. Han de ser sólo las hormonas —se excusa con pose digna, que pronto rompe, y se ríe de nuevo junto conmigo.

## Capítulo 26

Entro a mi habitación. Que a pesar de que el interior lucía distinto, con todo el mobiliario antiguo y la pintura cambiada, aún así, sabía que era aquí donde dormía cada noche.

Ángela esta recostada en la cama, con un camisón largo blanco que casi competía con su piel, excepto por su cara que estaba sonrosada debido al esfuerzo.

Se quejaba ruidosamente, por lo que de inmediato corro a su lado para intentar ayudarla, aunque sé que sólo ella puede pasar por esto. De inmediato siento que se aferra a mi mano, como si eso pudiera darle la fuerza que necesitaba.

Su cara está empapada de sudor, a punto de llegarle a los ojos. Encantado de poder ayudar un poco, se lo limpio con la manga de mi camisa.

—Otra vez —dice una mujer entre sus piernas—. Puje.

Ángela vuelve a quejarse, haciéndome que me sienta un inútil.

—Vamos amor. Tú puedes —aprieto su mano.

Sólo un pujido más y escucho el llanto de mi hijo.

Apenas logro ver un poco de él mientras la partera se lo pasa a otra mujer para que lo limpie.

Siento cómo la alegría invade mi pecho. Agradecido porque ella me ha dado este regalo, la beso mostrándole todo mi amor y cariño. En su cara puedo ver la misma felicidad que siento.

*Tenemos un hijo.*

Le retiro un poco del cabello que se le ha pegado a la cara, pero su piel se siente más fría de lo normal.

De hecho, ahora que la observo mejor, su cara está aún más pálida que hace un momento. Por un instante pensé que sólo lo veía así por el cambio de sonrojada a normal, pero estaba perdiendo más color delante mío.

Incluso sus ojos comienzan a cerrársele, por más que trataba de mantenerlos abiertos.

*¡Algo no está bien!*

Estoy entrando en pánico.

No quiero. No puede pasar justo ahora. Debería tener un poco más de tiempo.

—Dios mío —dice la partera al mismo tiempo que mi cerebro se vuelve loco que por poco no la escucho.

—¿Qué pasa?

Justo cuando le pregunto, ella está levantando la bata de Ángela hasta los muslos.

—Tiene una hemorragia. Hay que detenerla de inmediato.

—¡Haga algo!

—Es lo que intento, señor.

—Tome señor —dice la mujer que había tomado a mi hijo, ahora ofreciéndomelo.

Lo tomo casi sin pensarlo. Sentía como si todo estuviera pasando demasiado rápido.

No es hasta que la segunda mujer se quita de en medio para ayudar a la partera, que me doy cuenta que hay una tercera.

Puedo sentir su mirada fija en mí, por lo que la observo, dándome cuenta que no es otra que esa maldita gitana que tanto me ha estado persiguiendo.

Viste ropa similar a la de las otras dos mujeres. Vestido marrón y un pañuelo blanco que le cubre el cabello.

Sé porqué está aquí.

Viene para llevársela.

—Necesito ayudar a su mujer —habla de nuevo la ayudante de la partera frente a mí.

Al parecer, en algún momento me había atravesado, impidiendo que llegara hasta donde se requería su ayuda.

Por lo que sólo me quito de en medio, con un propósito en mente. No dejaría que esa mujer se llevara a mi esposa. Jamás.

Estaba a punto de ir hacia ella, cuando la partera se interpone en mi camino.

No me importa si cree que esa mujer la ayudará, no permitiré que se acerque a Ángela en ningún momento.

Justo eso iba a decirle cuando es ella quien habla primero.

—Lo siento. No pudimos detener la hemorragia a tiempo —sólo inclina la cabeza como disculpa antes de abandonar la habitación.

Sus palabras parecían ser incomprensibles, como si hablara en otro idioma. No entendía lo que decía. No podía. Ni siquiera quería pensar en lo que significaba.

Temo girarme y enfrentar la realidad, pero no puedo detenerme de hacerlo.

Y ahí está, el peor de mis miedos, a unos cuantos pasos de mí.

Ángela, recostada con los ojos cerrados. Casi podía engañarme pensando que sólo dormía, pero la falta del movimiento en su pecho donde debería indicar que seguía respirando, rompe el encanto.

Se había ido.

Ángela ya no estaba.

—¡No!

Me siento en la cama, agitado.

—¿Qué pasa? —pregunta la voz de la mujer que está a mi lado. Una hermosa voz que estaba feliz de escuchar.

Me giro hacia ella.

Era un alivio verla con sus ojos bien abiertos. No pierdo un minuto más para abrazarla y sentir como su pecho sube y baja como prueba de que sigue respirando.

—¿Estás bien? —dice riendo, desconcertada por mi respuesta.

—Ahora sí —contesto en su cuello. Me sentía tan bien estando así.

El tiempo se me estaba yendo de las manos. Faltaba poco para que cumpliera los nueve meses. Después de eso, no sabría en qué momento me la arrebatarían. Podría ser justo en el parto como en la pesadilla, o poco después.

Nunca duraban más de dos años después de dar a luz.

Hace una semana que había pedido la incapacidad, y yo mis vacaciones para poder pasar todo el día con ella, pero con todo esto, aún no era suficiente.

—Adivino. ¿Otra pesadilla? —frota mi espalda, dándome consuelo.

—Sí.

—Ya te he dicho que no tienes nada de qué preocuparte. Incluso el ginecólogo, al cual has estado llevándome casi a diario, te lo ha dicho. Todo está bien.

—Supongo que es normal —me retiro un poco, pero sin dejar de tocarla.

—Para alguien paranoico —sonríe.

—Sólo no quiero que algo te pase —pego la frente a la suya—. Soy un papá primerizo, recuerda.

Utilizo la excusa que siempre uso cuando me cuestiona mi exagerada preocupación.

—Nada va a pasarme. Todo saldrá bien.

Ni siquiera puedo responder a eso, así que mejor le doy un beso.



## Capítulo 27

—¿A dónde vas?

—A la cocina. ¿Quieres algo?

Estábamos en la sala acurrucados, viendo, a petición de ella, una comedia romántica.

—¿Antojos de nuevo?

No había pasado ni media hora desde el último. Esta vez había sido chocolate caliente, que aunque no era tan extraño como otros, no era común tomarlo cuando estamos en pleno verano.

—Cuando Sergio pide, hay que obedecer —dice encogiéndose de hombros, como si eso lo explicara todo.

—Sí, claro, Sergio —aún estoy riendo cuando se va.

Nos habíamos enterado del sexo tan pronto se pudo. Lo cual no era una novedad para mí que la respuesta fuera “un varón”. Así que apenas lo supo, quiso que se llamara Sergio, igual a mi abuelo paterno.

Pauso la película, tratando de evitar cualquier otro pensamiento que se pudiera colar y cambiar mi buen humor, cuando escucho que tocan a la puerta.

Sólo que al abrir me topo con la última persona que hubiera creído vería.

—¿Qué haces aquí? —le exijo en voz baja, cuidando de que Ángela no se asome.

—¿No me invitas a pasar? —pregunta como si nada de lo que hubiéramos discutido antes pasó.

—Es mejor que te vayas.

Intento obstaculizar la entrada, tratando de mantenerla fuera, pero ésta se había logrado colar un poco. Aunque seguía cerca de la puerta.

—Eso quiere decir que aún no se ha muerto —ladea la cabeza con aparente pesar que no engañaba a nadie.

—Sabes bien que no —sólo bastaba eso para enfurecerme.

Era en momentos como éste donde me preguntaba, ¿cómo pude pensar en estar con ella? En ningún momento vi algún signo de arrepentimiento o duda en lo que estábamos haciendo. Claro que yo también tenía culpa, pero por lo menos me había arrepentido. Tarde, pero lo hacía.

Aparte de que cargaría con las consecuencias.

—Como que se está tardando —esta vez no disfraza el fastidio en su voz.

—¿Y eso a ti qué te importa? Nada cambiará.

—¿Tan seguro estás? —me sonrío de una forma que sólo hacía que me hirviera la sangre.

—Vete —intento decir lo más calmado posible—. Por favor.

Lo que menos necesito es discutir con ella, arriesgándome a que Ángela nos escuche.

—Uy. Demasiado tarde —dice aún más sonriente, feliz de ver lo que había tras de mí.

No necesitaba ser un genio para saber qué era.

—¿Quién es? —pregunta Ángela.

—¡Ah! Ahí está la pobre madre —habla Maite antes de que yo pueda hacerlo, al mismo tiempo que se abría paso.

—¿Disculpa?

—Ella ya se va —interfiero en un intento de salvar la situación.

—¿Ángela, verdad? —prosigue ésta como si yo no estuviera presente—. La pobre mujer que se sacrificará para desviar la maldición de Daniel, ¿cierto?

Ángela resopla por la incredulidad.

—Creo que estás algo confundida —le sonrío desafiante.

—No. Más bien tú no sabes nada —avanza hasta la sala, haciendo que incluso Ángela la siguiera a unos cuantos pasos de distancia—. Daniel te ha dejado a la sombra de todos sus planes, ¿cierto?

—¿No crees que es algo denigrante venir aquí y decir toda esas tonterías de tu ex? Pensé que tenías más clase.

Me interpongo antes de que a Maite se le ocurra ir sobre ella, tomándola del brazo para sacarla de ahí de cualquier forma.

Sólo que eso no la detiene en hablar.

—Por supuesto que tengo clase. Mucho más que tú. Por eso te escogí para que te casaras con él —logra decir mientras la llevo hacia la puerta.

—Por favor —la incredulidad era palpable en la voz de mi mujer.

—¡Vamos, dile cómo lo planeamos! —ahora se dirige a mí—. Dile como acordamos que te casaras con ella para que cuando desapareciera pudiéramos estar juntos.

—Ya vete —es mi única respuesta mientras sigo tratando de llevarla fuera, aunque estaba siendo más difícil de lo que creía.

—¿Ves? Ni siquiera puede negártelo.

—¡Espera! Déjala que hable —Ángela se acerca cruzándose de brazos frente a nosotros, dándole la oportunidad de hablar—. Ahora sí, saca todo tu veneno.

Está claro que no le cree ni una palabra. Si tan sólo se pudiera quedar así.

—Bien —se sacude mi mano para que no la siga sujetando—. Como sabes, Daniel y yo estábamos juntos. Él quería formalizar las cosas pero había una maldición en su familia que lo detenía.

—Una maldición —repite Ángela como si fuera lo más absurdo que haya escuchado.

Ni siquiera me molesto en negarlo. No tenía cara para ello.

—Sí. Después de que tenían a su hijo, sus esposas morían. Claro que él no deseaba eso para mí, por eso te escogimos a ti —Ángela se toca el vientre de manera inconsciente—. Prácticamente eres la incubadora. Habiendo nacido el niño morirás, y así quedará libre para que estemos juntos —le sonrío con suficiencia.

—¡Eso jamás va a pasar! —eso sí podía responder.

—Entonces aceptas que lo demás es cierto —reitera Maite, dejándome sin escapatoria.

Volteo hacia mi esposa, ésta me ve con ojos interrogantes.

Quería decirle que todo era mentira. Que era una historia absurda. Que no tenía nada que ver con ello. Pero ya no podía. Había dicho demasiadas mentiras que ya no podía.

Incluso me doy cuenta que en mi silencio, está haciendo cálculos.

Por lo que conocía de mi familia, tanto por nuestra vida juntos, como por lo que pudo enterarse por su tío que ha trabajado para nosotros desde hacía mucho tiempo. La historia encajaba. Por más increíble que sonara, había cierta lógica.

Como dijo una vez Maite, sólo se necesitaba unir los puntos.

—Sabes que su madre murió apenas nació —insiste Maite como si con lo que ha dicho no fuera suficiente—. Ocurrió lo mismo con su abuela cuando su padre era pequeño. Y lo mismo podrás encontrar en toda su historia. Hombres que pierden a sus esposas quedando con un hijo pequeño.

—¿Es cierto? —por fin me hace la pregunta en voz alta. Ahora tenía sus brazos alrededor de su estómago, como si lo protegiera de todo lo que ocurría—. ¡Pregunté que si es cierto!

Ni siquiera tuve que responder, mi cara le decía todo lo que necesitaba.

—¿Por qué crees que le urgía que te embarazaras?

—No puedo creerlo —había dolor y furia mezclados en sus ojos siempre expresivos.

—Ah, y por si no te lo imaginas, todo ese tiempo que ha estado “ocupado”, ha estado conmigo.

—¡Lárgate! —le grito.

No era así como debía enterarse.

—No hace falta. Yo me voy —es Ángela la que abandona el departamento, demasiado rápido para alguien que está a punto de dar a luz.

Tan pronto lo veo, trato de alcanzarla.

—¡Ángela! ¡Espera!

Intento detenerla cuando Maite se cruza en mi camino sólo por el gusto de hacerlo estoy seguro, ya que no se opone cuando la muevo para pasar de ella.

Ángela me lleva ventaja, así que no puedo alcanzarla antes de que suba al ascensor, por lo que tuve que utilizar las escaleras.

Cuando llego al estacionamiento, sólo alcanzo a ver la parte trasera de su vehículo cuando sale hacia la calle. De inmediato, subo al mío y la sigo.

Necesito explicarle. Necesito convencerla de que se quede.

No tengo idea de adónde va, por lo que trato de no perderla de vista.

Al notar la velocidad que está tomando, comienzo a sudar frío. Iba demasiado rápido. Temo que pierda el control. Mi estado no mejora al ver cómo esquivo un par de autos que estaban frente a ella.

¿Está loca? ¿Cómo puede arriesgarse así?

—¡Detén la maldita cosa! —digo entre dientes, deseando que pueda oírme.

Tengo que esquivar un coche también antes de ser testigo de cómo ella trata de rebasar a alguien sin contar que el auto del segundo carril baja la dirección en ese momento, no dejándole lugar para hacerlo. Por lo que al tratar de volver a su carril pierde el control y termina por impactarse contra un poste.

Tan pronto me detengo, bajo del auto corriendo hacia ella.

Abro la puerta y le quito el cinturón lo más cuidadosamente posible para no moverla. Al verla así, inmóvil, entro en pánico.

*Ella no puede estar muerta.*

*No puede.*

*Aún no.*

Me repito una y otra vez mientras oigo que alguien llama a los paramédicos. Era bueno que alguien más lo hiciera porque no me creía capaz de hacerlo.

Es una tortura cada minuto que paso esperando a que lleguen para que la atiendan. Había un par de hilos de sangre corriendo por su frente. De sólo verla sentía que mi corazón se brincaba algunos latidos.

—¡Ángela, por favor! ¡No me dejes, por favor! —le suplico en voz baja, deseando tocar su cara pero deteniéndome para evitar complicar su estado.

Paso un dedo por su mano que caía sobre el asiento, sólo rozando la piel, y rezo en silencio por algún milagro, esperando que alguien allá arriba tenga piedad de mí, porque de momento estaba viviendo mi infierno.



## Capítulo 28

Todo está ocurriendo rápidamente.

Corremos por un pasillo luminoso. Ángela sigue inconsciente sobre una camilla mientras la llevan al quirófano. Parece todo tan nebuloso en mi mente, pero agradezco que mi cuerpo se haga cargo funcionando de la manera que necesito. Sólo sé, que de alguna forma, me mantengo a su lado hasta que los médicos me dejan fuera.

Ni siquiera recuerdo haber escuchado lo que la enfermera decía, sólo porque ella me mantiene fuera es como sé que no me permitirán entrar con mi esposa.

Mis oídos habían dejado de funcionar después de que el doctor diera su anuncio, el cual confirmaba mi fin.

“Se adelantó el parto”.

Me había quedado a esperar por si tenía la suerte de ver a Daniel regresando derrotado, pero la paciencia no es una de mis virtudes. Así que cansada de hacerlo, decido irme.

Ya había perdido demasiado tiempo, pero valió la pena. Tuve mi pequeña venganza.

Daniel sufriría el rechazo de esa mujer y, todavía peor para él, casi puedo asegurar que no estará a su lado cuando deje este mundo.

La idea parece no ser suficiente para desaparecer mi dolor, pero por lo menos se redujo.

No esperaba que fuera tan duro ver cómo me echaba a mí de su departamento para mantener esa tipa.

Fue humillante.

Pero ya no importa. Al final, fue ella la que se fue.

Él tampoco será feliz.

Doy un último vistazo a ese edificio. Porque, aun cuando Daniel recapacitara y me buscara para pedirme perdón, no se lo daré. Ha sido demasiado lo que me ha pisoteado como para que lo perdone alguna vez.

Así que voy a mi auto, más que lista para largarme y dejar todo este episodio atrás, cuando de nuevo veo a esa chica. Justo en la acera de enfrente.

Me la he estado topando demasiadas veces como para que sea casualidad. Me pone nerviosa. No sé por qué demonios me sigue.

Y luego está el hecho de que cada vez que me le quedo viendo, ésta, en lugar de verse apenada porque la atrapa, parece burlarse de mí.

Otras veces sólo me daba la vuelta y la dejaba atrás, pero ahora me siento tan fuerte después de lo que he logrado, que ya es hora de enfrentarla y exigirle que me deje tranquila.

No queriendo esperar ni un momento más, voy directo a ella. Sólo espero que no se le ocurra huir antes de que la alcance.

La suerte parece estar de mi lado, ya que el semáforo cambia de color tan pronto me acerco al borde, para que pueda cruzar.

No la pierdo de vista. No voy a irme sin antes hablar con ella.

La muy idiota sigue sonriéndome. Estoy más que dispuesta a borrarla de la cara ahora que por fin estoy frente a ella.

No se había movido ni un centímetro desde que la vi al otro lado. Y no me importa si se siente muy segura. Yo soy la que le va a decir unas cuantas cosas.

Apenas abro la boca, una serie de imágenes cruzan por mi mente sin poder controlarlo, hasta que de repente estoy de nuevo frente a ella, pero a la vez no se veía igual que hace unos segundos. Ahora tenía el rostro húmedo por lágrimas recién derramadas, que habían quedado marcadas en esa cara sucia.

Estaba sentada en el suelo de una cueva o foso, había tierra en todos lados, y la luz era muy pobre. Ya no usaba esa vestimenta hippie, en su lugar, lleva un bonito vestido blanco.

En sus ojos había una pesadez y resignación, como si supiera que no habría nada más para ella, que era difícil no sentir pena.

La chica aprieta la medalla que lleva en el cuello. Me toma un momento darme cuenta que se trata realmente de un relicario, el cual vuelve a cerrar atrayéndole más lágrimas.

Ésta levanta la cara y parece verme por fin. Que aunque sólo fue un instante, es lo suficiente para que me sienta aterrada. Casi puedo leerlo en su cara. Es el final.

Ella se levanta y se me acerca con tanta determinación que hace que cierre los ojos por el miedo. Luego, cuando los vuelvo abrir, sólo veo los pies balanceándose frente a mí.

La tipa se había ahorcado con su propia ropa.

Ahora entiendo. Esa mujer no puede ser nadie más que la gitana de la maldición. Sólo que, ¿por qué está aquí? ¿Qué tiene que ver conmigo? Si hay alguien a quien debería buscar es a la zorra de Ángela. ¿Por qué me sigue a mí?

Retrocedo para alejarme de esa bruja. No quiero verla más.

No.

Sus ojos verdes son todo lo que veo antes de oír una bocina y que todo se vuelva negro.

Estoy esperando por cualquier noticia. No me he movido del pasillo desde que entraron al quirófano con Ángela, a pesar de que más de una enfermera me habían dicho que fuera a la sala de espera, pero simplemente estaba reacio a alejarme. Es lo más cerca que lograré estar en sus últimos momentos, lo sé.

Algo dentro de mí me dice que la maldición se ha cumplido. No sabría cómo explicarlo, sólo lo sé.

Así que ahora me siento derrotado. Cualquiera que me viera lo puede adivinar. No es como si estar sentado en el suelo, con las rodillas dobladas frente a mí, y mi cabeza apenas sostenida por mis manos, dijeran lo contrario.

Lo que más me duele es la manera en que finalizaron las cosas.

No se suponía que ella moriría odiándome, sabiendo lo que le había hecho sin siquiera poder explicarle. Claro que eso tampoco me habría garantizado que al hacerlo obtendría su perdón. Pero había querido esa oportunidad de decirle que, aunque en un principio no lo hice, la amo. Sólo a ella.

Escucho que alguien se acerca. Como lo más seguro es que sea alguna enfermera, o si tengo suerte el doctor, decido levantar la cabeza, aunque no del todo, porque no quiero leer en su cara lo que ya sé.

—Tuvimos que hacerle una cesárea de emergencia antes de poder tratarla —así que era el doctor—. Afortunadamente ningún golpe los afectó. Ella sólo presenta una fractura en el radio izquierdo y algunos pequeños hematomas. Nada serio. El golpe en la cabeza fue superficial. Le hicimos resonancias y no hay de qué preocuparse...

Trato de procesar la información, pero sigo sin entender. Lo que dice no tiene sentido. Así que decido ser valiente, y afrontarlo, levantándome y dando la cara.

—Espere —frunzo el ceño—. ¿Está hablando de Ángela? —lo tomo de los brazos como si con esto puedo obligarlo a decirme lo contrario—. ¿Mi esposa está viva?

No quiero sentir esperanza, sería más duro cuando me confirme que había escuchado mal, pero estaba siendo difícil no agarrarme a ello.

—Sí —asiente el doctor casi tan desconcertado como yo—. Como le dije, sólo presenta algunas lesiones, pero nada de lo cual preocuparse.

—¿Y mi hijo?

La única posibilidad de que ella sobreviviera sería que nuestro hijo no lo hizo, me pareció captar en su explicación la palabra cesárea. Tal vez mi teoría de que siempre el bebé nacía mientras que la mamá moría estaba equivocada, y que lo que pasó en el caso de los que intentaron abortar sólo fue casualidad.

—Él también está bien. Pero debido a que fue prematuro, estará en la incubadora.

O tal vez sólo me estaban regalando algo más de tiempo.

—¿Puedo ver a mi esposa? —pregunto con urgencia. Necesito ver con mis propios ojos que se encuentra bien. Que está viva.

—Ahora mismo está siendo trasladada a su habitación, pero aún sigue inconsciente por el sedante.

No tardo más tiempo y voy a buscarla.

Tenía que verla.

## Capítulo 29

—No lo entiendo.

Todo es demasiado extraño.

Había pensado que era el fin, que no volvería a ver a Ángela jamás. Y ahora aquí estaba, observando a mi hijo, mientras que mi mujer descansa en su habitación.

Sólo el hecho de querer conocerlo me había hecho apartarme de ella, aunque fuera por unos minutos.

Parece un milagro. Pero era tan inesperado que sigo sin poder creerlo.

Sigo temiendo que en cualquier momento surja alguna complicación y la pierda definitivamente. Por eso es tan difícil estar apartado de cualquiera de las dos personas que ahora son mi mundo.

—¿Crees que de alguna manera haya terminado la maldición? —pregunta mi padre a mi lado.

Había llegado un poco después de que Ángela fuera trasladada a su cuarto. Así que después de asegurarme que estuviera bien y cómoda, lo traje a que conozca a su nieto.

—No lo sé.

—Lo importante es que están bien —pone una mano sobre mi hombro, reiterándome su apoyo.

—¿Y si no ha terminado aún? —le expreso mis mayores temores—. Es que todo parece tan perfecto que no puedo creerlo. Temo que en el momento en que baje la guardia las cosas vayan mal.

—Entonces como te dije en un principio, sólo te queda disfrutarlo el mayor tiempo posible.

—Tienes razón. Al menos podría tener la oportunidad de pedirle perdón —mi padre sólo asiente—. Regresaré con ella.

—Yo me quedaré un poco más con mi nieto.

—De acuerdo.

Pero antes, necesito un poco de cafeína, recuerdo haber visto una maquina cerca de la sala de espera, pero en vez de eso, a quien encuentro es a Vicky.

No queriendo perder más tiempo con alguna explicación de porqué están ahí los dos, trato de irme antes de que me vea.

—¿Daniel? —dice Vicky.

—¿Vicky? —así que después de todo si hablarían.

—Ya te enteraste —dice intentando dejar de llorar.

—Eh, no. ¿Qué pasó? —no me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que habló—. Vicky, ¿Qué pasa?

—Maite murió.

—¡Qué!

—Fue arrollada por un autobús. Hace como una hora. No puedo creer que no esté —me abraza.

—Lo siento. No lo sabía.

La consuelo por un rato antes de indicarle que debía irme.

Ángela sigue dormida. Así que me siento en el sofá que está por un lado.

Todavía no puedo creer que Maite murió, cuando hace unas horas estábamos discutiendo.

Claro que siento su pérdida. No como lo que sentí cuando creí que Ángela había muerto, pero era triste saber que había sido su final.

Es extraño cómo es ella la que muere y Ángela sobrevivió al parto, cuando se suponía debía ser lo contrario.

Porque... No, no puede ser.

*Las palabras fueron muy específicas. Todo es en base a ello. Recuerdo lo que dijo Gustav.*

No puede haber una relación entre ambos sucesos.

¿Qué dijo mi abuelo? ¿Cuáles fueron las palabras de esa gitana?

*¡Tanto tú como todos tus descendientes quedan malditos! ¡Te maldigo a ti y a toda tu estirpe! La primera mujer que encuentren digna de desposar, después de nacer el primogénito, morirá.*

Es eso. Ángela es mi esposa, por lo consiguiente, la que morirá. Lo de Maite es un caso aparte.

La observo desde mi lugar. Ella sigue tranquila, estable.

Pero, ¿por qué algo en este asunto sigue inquietándome?

Me casé con Ángela, nuestro hijo ya nació. Maite no cuadra en esto, porque como dije, a quien desposé fue

a Ángela. Es la primera mujer a la que encontré digna de desposar.

Sólo que eso no es del todo verdad.

*Tè juro que me encantaría casarme contigo*, había dicho.

Y no a Ángela, sino a Maite.

Yo quería casarme con Maite. A ella es a quien había encontrado digna de desposar, en un principio.

Gustav tenía razón. Las palabras fueron específicas.

Ángela no va a morir.

Es tan difícil de creer, pero todo encaja. Ni siquiera la culpa por lo que le pasó a Maite puede quitarme esta felicidad de que no la perderé.

Ángela vivirá.

Y nuestro hijo.

Ahora sólo falta esperar que me perdone.

Sé que ni siquiera debería esperar algo como eso, pero haré todo lo que esté en mis manos para lograrlo. No perderé a mi familia sin pelear. Menos ahora que sé que puedo tenerla aun en contra de todas las estadísticas.

## Capítulo 30

Sergio está cerca de cumplir los ocho meses. Es lindo y a la vez triste, debido a que se suponía que llegaría a una familia unida, eso es lo que había querido que tuviera, no las visitas que su padre le hacía mientras que yo no estaba presente porque no quería verlo.

Daniel había sido la primera persona que vi después del accidente, que también fue el día en que me convertí en madre.

Tan pronto se dio cuenta que estaba despierta, comenzó a abrazarme y repetirme una y otra vez que me quería.

Se sentía tan bien escucharlo, claro que eso cesó en el momento que tomo consciencia de todo lo ocurrido, recordándome lo mentiroso y manipulador que era.

Desde entonces lo evadía.

Apenas me dieron de alta me mudé con mis padres. Mi madre había sido de gran ayuda con Sergio, tanto en atenderlo porque había cosas que no podía hacer debido a

la férula, como con las visitas que Daniel le hacía, en las cuales no estoy presente.

A excepción de cuando lo registramos, no volví a hablar con él.

Es muy pronto para mí.

Claro que decidí dejarle el nombre de su abuelo, pero no fue por él, sino que no podía pensar en mi hijo de otra forma. Le había nombrado tantas veces así cuando lo llevaba en mi vientre, que sería extraño llamarlo de otra manera.

Más de una vez había intentado interceptarme mientras salía de la casa, pero jamás me quedé a escucharlo. No había nada de lo que tuviera que decirme que me interesara.

Tengo que encontrar la fuerza en algún momento para permanecer en la misma habitación que él, por mi hijo. Me convenzo viendo la carita de Sergio mientras lo estoy alimentando.

Es grato no tener que usar más la férula y así poder hacerlo.

—Te ves cansada —dice mi madre desde la puerta de mi habitación.

—Estoy bien —contesto sin dejar de ver a mi hijo.

Sé qué cara tengo en estos momentos, así que no pienso darle más razones para que se preocupe por mí.

Por supuesto ellos no sabían toda la historia, sólo les dije que teníamos nuestras diferencias, y no habíamos sido capaces de sobrellevarlas. Incluso, le había advertido a Daniel que no se atreviera a hacer uno de sus intentos en presencia de mis padres.

Hasta el momento, eso sí había cumplido.

—Necesitas relajarte un poco —se acerca—. Yo podría encargarme de mi nieto.

Al parecer, ninguno de mis intentos por aparentar normalidad, había convencido a mi madre. Ella siempre sabía cuándo las cosas no estaban bien.

—No tienes por qué hacerlo —insisto, sintiendo que es demasiado lo que ha hecho por nosotros, aunque en el fondo me gustaría aceptar su oferta.

—Vamos —estira los brazos para que se lo entregue—. Ve a dar un paseo.

Suspiro resignada y aliviada a la vez.

—Sí señora—se lo entrego.

—Si hicieras caso tan fácilmente para otras cosas...

Río un poco antes de dejar la habitación, y buscar las llaves de la camioneta de mi padre.

Conduzco por la carretera, con los vidrios abajo, para sentir la briza en mi cara. Ayudaba a despejarme la cabeza.

Sabía que era una locura ir a ese lugar, pero no se me ocurría otro lugar igual de tranquilo al cual ir. Es el lugar ideal para pasar un tiempo sola, conmigo misma.

Estaciono la camioneta lo más cerca que puedo dejarla del mar. Me quito las balerinas antes de bajar, queriendo sentir la arena entre los dedos.

Levanto la cabeza y cierro mis ojos, disfrutando de todo. El día estaba algo nublado, así que no había sol que pudiera llegar a molestarme en determinado momento.

Decido sentarme en la arena, más cerca del mar, para que el movimiento de las olas me arrullaran y calmaran mis pensamientos.

No es hasta que veo una sombra cerca de mí, que me doy cuenta que ya no sigo estando sola.

Suspiro por la pérdida de la tranquilidad.

—Ángela —dice Daniel casi como si temiera que no fuera real.

Así que me levanto sacudiéndome el short antes de caminar de vuelta a la camioneta.

Sé que me prometí soportar su presencia, pero ni este era el momento, y debido a que no estaba mi hijo, tampoco existía la necesidad.

—Espera —el maldito hoza sujetarme el brazo.

—¡No me toques! —le grito antes de sacudírmelo de encima.

—Ángela por favor, escúchame.

*Estúpida. Estúpida. Estúpida.*

Sólo a mí se me ocurre venir a este lugar cuando fue él quien me lo enseñó.

No quiero escuchar nada. No quiero saber nada más del asunto. Había sido suficiente con lo que Maite había dicho ese día. Y yo tan tonta no había creído ni una palabra hasta que vi su cara, donde se podía leer que todo era cierto.

Fui tan estúpida. Algo me decía que todo había pasado demasiado rápido. Primero, la petición de matrimonio, la boda en poco tiempo, y luego el querer tener hijos. De hecho era sólo un hijo el que necesitaba para deshacerse de mí y poder estar con la tipa esa.

¿Y qué había con todos esos momentos, que había sentido especiales? Sólo lo fueron para mí, él nada más esperaba la oportunidad de salir en busca de la otra.

Y cuando me dijo que le diera un tiempo, que porque estaría demasiado ocupado y sólo me pedía un poco de paciencia. Sus llegadas tardes. Todo. Seguro se la pasaba demasiado bien con la otra que ni energía tenía para cumplir con su esposa, ni siquiera para el asunto del embarazo.

Era todo tan horrible. Me había destrozado el corazón.

—Por favor —sigue suplicando evitando que suba al vehículo.

—¡Déjame en paz!

*¿Cómo se atrevía a suplicarme después de todo lo que me había hecho?*

—Ángela.

Había logrado llegar a la puerta, pero antes de que la abriera, él se interpone, impidiéndomelo.

—No te voy a dejar hasta que me escuches.

Intenta sujetarme por los brazos pero retrocedo logrando que desista.

No me gusta ver esa expresión en su cara, como si de alguna manera fuera él el lastimado. Tengo todo el derecho de negarme. Él me había dado ese derecho.

—¿Qué? —le digo recordándole que a quien le habían hecho daño era a mí, no a él—. ¿Acaso vas a explicarme cómo planearon las cosas? ¿Cómo te burlaste de mí?

—No, yo...

—¿Cómo cada vez que decías que tenías que trabajar hasta tarde era para irte con ella? No puedo creer que te revolcaras con ella y luego te metías a la cama conmigo —digo con repulsión.

—No es así...

—¿No? ¿Me vas a decir que nunca te acostaste con ella en el tiempo que estuvimos juntos?

Él intenta hablar pero luego cierra la boca, dejando muy clara su respuesta.

—Eres un cerdo —digo con toda la rabia que llevo dentro.

Pero lo peor es que a pesar de todo, lo sigo queriendo.

Ahora sólo necesito alejarme antes que empiece a llorar. No permitiría que él me viera derrotada.

Así que hago otro intento por meterme en la camioneta, pero él seguía sin quitarse de en medio.

Es frustrante.

—Sí —dice en lugar de hacerse a un lado para que pueda abrir la puerta—. Se suponía que me casaría contigo para que tuviéramos un hijo, y así cuando... la maldición se cumpliera, pudiera estar con ella.

No podía seguir escuchándolo.

—Pero eso fue en un principio —esta vez no se detiene para tomarme de los brazos—. Te conocí y me enamoré de ti. Tú eres a quien realmente amo, sólo que lo entendí tarde. Tú ya estabas de encargo, y no te imaginas todo lo que pasé al saber que te perdería.

No puedo verlo a la cara, así que prefiero ver a cualquier parte menos a él, sólo que como todo lo que ha estado haciendo, no me lo deja tan fácil, ya que busca mi mirada.

—Todo ese tiempo que llegaba tarde era porque buscaba la forma de romper la maldición, de evitar que te fueras.

—Si es así —cedo, necesitando ver cómo podría mentirme de frente—, ¿en qué momento estabas con ella? ¿Cómo le hacías para ocuparte de las tres cosas a la vez?

—Para entonces yo ya había terminado mi relación con ella —respira profundamente como si con ello pudiera encontrar las palabras que necesita—. Mira, al principio sí estuve con ella.

Claro que me sacudo sus manos de encima. No quería que me tocara, al igual que lo había hecho con esa mujer. No quería sus manos sobre mí.

—Pero sólo fue por poco tiempo.

Eso no hacía ninguna diferencia.

—Sé que eso no hace que sea menos lo que hice, pero sólo quiero explicarte cómo sucedieron las cosas. Teníamos poco de casados y yo me sentía cada vez más atraído por ti. Contigo me sentía yo mismo. Más feliz.

Se pasa las manos por el pelo con frustración.

—Cuando te pedí tiempo, ya no estaba con ella. Tenía tantas dudas sobre todo. Sobre lo que sentía. Pero me di cuenta que era contigo con quien quería estar.

—Deseabas mi muerte. ¿Cómo quieres que olvide eso?

—No espero que lo olvides. Pero sí quiero la oportunidad de enmendarme, de ganarme tu perdón, tu confianza, tu amor. Sé que no es excusa, pero jamás lo quise en verdad, y cuando me di cuenta que podría perderte, intenté todas las formas de evitarlo.

—Es difícil perdonarte después de todo lo que pasó —niego con la cabeza—. Al final sólo me salvé por una cuestión técnica.

—Lo sé. Y siento que pasaras por todo esto —da un paso hacia mí—. Perdóname. Vuelve conmigo. No puedo estar sin ti —toma mi cara entre sus manos, animado con el hecho de que no hubiera retrocedido esta vez—. Dame otra oportunidad. Te juro que esta vez no te fallaré.

Lo quiero. Aún con todo, lo quiero. Pero cómo olvidar todo lo que me había hecho.

—No puedo. Ya no puedo confiar en ti.

—Entonces déjame ganarme tu confianza —junta su frente con la mía—. Por favor, al menos deja que lo intente.

No puedo sacar las palabras debido al nudo que tengo en la garganta, así que sólo asiento.

—Gracias —me besa la frente, y cuando logro ver su cara, me doy cuenta de lo ilusionado que está.

—No te aseguro nada —le advierto.

—Sólo con que me des la oportunidad me basta por ahora —siento como sus pulgares me acariciaban los costados de la cara—. Te prometo que no la desaprovecharé.

—Eso espero.

Intenta besarme pero es demasiado pronto, no me sentía a gusto con ello, así que me giro, haciendo que termine por dármele en la mejilla.

—Poco a poco, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

## ÍNDICE

|                   |     |
|-------------------|-----|
| Prólogo .....     | 11  |
| Capítulo 1 .....  | 21  |
| Capítulo 2 .....  | 29  |
| Capítulo 3 .....  | 37  |
| Capítulo 4 .....  | 43  |
| Capítulo 5 .....  | 49  |
| Capítulo 6 .....  | 53  |
| Capítulo 7 .....  | 57  |
| Capítulo 8 .....  | 65  |
| Capítulo 9 .....  | 69  |
| Capítulo 10 ..... | 75  |
| Capítulo 11 ..... | 85  |
| Capítulo 12 ..... | 91  |
| Capítulo 13 ..... | 97  |
| Capítulo 14 ..... | 101 |
| Capítulo 15 ..... | 109 |
| Capítulo 16 ..... | 117 |
| Capítulo 17 ..... | 123 |
| Capítulo 18 ..... | 129 |
| Capítulo 19 ..... | 137 |
| Capítulo 20 ..... | 143 |
| Capítulo 21 ..... | 147 |
| Capítulo 22 ..... | 151 |
| Capítulo 23 ..... | 161 |
| Capítulo 24 ..... | 167 |
| Capítulo 25 ..... | 177 |

|                   |     |
|-------------------|-----|
| Capítulo 26 ..... | 185 |
| Capítulo 27 ..... | 191 |
| Capítulo 28 ..... | 199 |
| Capítulo 29 ..... | 205 |
| Capítulo 30 ..... | 209 |



*El Legado*

Lizeth Mansur

Este libro se terminó de imprimir el 27 de febrero de 2019, se utilizó ipo de letra de la familia Adobe Caslon Pro en 12 y 14 puntos. Se imprimió en papel cultural. Su tiraje fue de 500 ejemplares.



La familia Montreal vive en la desgracia debido a una maldición que ha mantenido por generaciones, pero Daniel no se encuentra dispuesto a correr la misma suerte que sus antepasados, por lo que está convencido a ser el último de su linaje.

Todo surge como quiere.

No compromisos. No riesgos.

Sin embargo, el destino parece tener otros planes.

La tentación es demasiado grande como para cuestionarse sus decisiones. Incluso sus convicciones.

La pregunta es, ¿cuánto es capaz de hacer por una mujer?